





MI
TONTTO
ANSIOSO
EQUIVOCADO
YO



JOAQUÍN SÁNCHEZ MARÍÑO

MI
TONTTO
ANSIOSO
EQUIVOCADO
YO



LETRAS DEL SUR
editora

LETRAS DEL SUR

Sánchez Mariño, Joaquín

Mi tonto ansioso equivocado yo / Joaquín Sánchez Mariño ; edición literaria a cargo de Nora Fabiana Galia. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Letras del Sur Editora, 2014.

146 p. ; 21x14 cm.

ISBN 978-987-45249-4-2

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Galia, Nora Fabiana, ed. lit. II. Título
CDD A863

2014 © Letras del Sur Editora
Niceto Vega 4616- CABA
Tel. (054) (011) 4776-7957
info@letrasdelsureditora.com.ar
www.letrasdelsureditora.com.ar



ISBN: 978-987-45249-4-2

2014 © by Joaquín Sánchez Mariño
Editora literaria: Nora Galia
Corrección: Aníbal Yuchak
Foto portada: Andrés Mut
Diseño: Silvina Prats

Impreso por TecnoOffset | Noviembre 2014

Todos los hechos y las personas mencionadas son de exclusiva responsabilidad del autor

Hecho el depósito que marca la ley N° 11723

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibido, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

IMPRESO EN LA ARGENTINA/PRINTED IN ARGENTINA

Para Abuela y Tata



*Me largo de este verso igual que vine
Desnudo : fulgurante : icárico : atroz*

MARIO SANTIAGO



/ uno /
dos
tres



La moza explica qué contiene cada pieza. Atún, palta, filadelfia, salmón. Papá la mira. Busca sus palitos y los separa. Se los acomoda entre los dedos y trata de emular una pinza. Con la izquierda sirve un poco de salsa de soja en el pocillo blanco y va en busca de la primera presa. El salmón se le resbala de los palitos. Papá pelea, trata de aplicar suficiente presión, pero la pieza ahora se rompe, arrojando el arroz por un lado y el pescado por el otro. No se rinde, ni siquiera putea. Junta las dos maderitas y atraviesa con ellas el pescado como si fuera una brochette. Cuando finalmente lo tiene dominado, vuelve a tomar la salsa de soja y la rocía sobre su bocado. Entonces sí, levanta su brazo y lleva la comida a la boca, perdiendo en el camino un trozo que va a parar, soja y todo, a la parte más blanca de su camisa.

Extrañamente, no se enoja. Mira para abajo y ve la mancha negra con resignación. Sólo cuando termina de tragar me dice que no tiene sentido comer en un lugar así, que es carísimo, incómodo, y ni siquiera le gusta mucho. Le explico, aunque ya lo sabe, que estamos acá porque lo elegí yo, porque los dos acordamos que me tocaba a mí seleccionar el restaurante para nuestro almuerzo semanal, que el martes pasado fuimos a su cantinita amiga y comimos arroz con albóndigas a pesar de los treinta y cinco grados y no me quejé. Me mira y me dice que elegir sushi es como quejarse, que lo hice sabiendo perfectamente que tarde o temprano iba a usar el argumento de las albóndigas. Le digo que no, que me gusta el sushi, qué le voy a hacer, me da culpa, sí, pero me gusta.

—Bueno, tampoco culpa. No exageres. ¿Después nos clavamos un heladito?

La pelea termina ahí, como siempre, después del segundo bocado, y la charla vuelve a empezar desde donde quedó la semana anterior. Le pregunto:

—¿Y? ¿Te dieron los resultados de los análisis?

—Sí, un embole.

—¿Qué?

—Los análisis.

—Ya sé que los análisis. Pero qué dicen.

—Al parecer soy diabético.

—¿En serio? ¿Y cómo se confirma?

—No, no. Soy diabético, ya está confirmado. Clase dos.

—Ah... como dijiste al parecer.

—Es una forma de decir, mijo...

—Claro, una forma de decir que se suele usar para decir que existe la posibilidad de que...

—Existe la posibilidad, y esa posibilidad está confirmada. Lo dije como me salió, qué sé yo.

—Bueno, es lo de menos cómo lo dijiste, viejo, tampoco vamos a discutir boludeces.

—Vos discutiste eso... ¿Esta pieza es buena? ¿Qué tiene?

—No sé, mucho no me gusta, tiene mango o algo así; te cagan el combo esas piezas...

—Uh, mango no sé si puedo.

—¿Por?

—La diabetes mijo...

—Ah, bueno, igual te digo que no es muy buena esa pieza. ¿Y para qué me decís de tomar helado si no podés?

—Los *light* sí puedo.

—Ah, no te cambia nada entonces...

Papá levanta la mano y llama a la moza. Mira una vez más el menú y le pide que le traiga un arroz con pollo o algo así. La camarera lo mira, sonríe y le ofrece el *tataki misuyima*, un wok con vegetales, brotes, arroz y pollo. Papá acepta. Cuando me devuelve los ojos lo repite. Era tan obvio que lo iba a repetir, siempre hace lo mismo. “¿*Tataki misuyima?*”. Nos reímos, y sabemos perfectamente que no es una complicidad demasiado particular, que hay montones de argentinos piolas que se ríen de las nuevas formas de nombrar la comida en los restaurantes modernos, pero no nos molesta no ser excepcionales. Creo que en esto, sólo en esto, no nos molesta casi nada.

Papá vuelve a hablar de los análisis. Me explica que no es insulín dependiente. Eso es bueno, aclara, y después me da dos o tres nombres de medicamentos que no conozco, pero asumo que de acá a un año van a ser tan familiares como las palabras *sashimi* o *nouvelle*, como todos esos elementos irrelevantes que se van volviendo familia en tu cerebro, o muebles, o canciones, ítems minúsculos pero inamovibles de la conciencia de cada uno. Se lo ve más triste de lo habitual, o no más triste, más asustado, más niño. Me pregunta cómo ando. Asume, como de costumbre, que en lo general ando bien pero en lo particular mal. Mucho no se equivoca: siempre que el almuerzo semanal se lleva a cabo, los dos sabemos que tragedia-tragedia no hubo ninguna. Yo le cuento que estoy bien, que me dejé de ver con Clara, que sí, que estaba entusiasmado, pero bueno, tampoco es la primera vez.

—Si no va, no va, mijo... —dice.

—Y no, si no va no va.

La cosa se pone silenciosa, incómoda. Me mira y me dice que él sufrió mucho cuando se separó de mi madre (usa esos términos:

mi madre), pero que era distinto, que él había armado una familia, tenía un proyecto, un plan; que era otra cosa. Que soy muy joven para hacerme mala sangre. Le doy la razón, porque la tiene, pero agregó que la mala sangre me la hago igual, y que la juventud no tiene mucho que ver, que cuando él se separó tenía apenas unos años más que yo, ¿seis?, ¿siete?, que es lo de menos, ya lo sé, pero tampoco puedo evitar notarlo.

—No es la edad, es lo que formaste —dice.

Lo miro. Me molestan sus sentencias. Trato de armar un contra-ataque rápido y respondo.

—Eso es como decir que un tipo de treinta años que arma una empresa, se hace millonario, prueba el éxito, y después lo pierde y tiene que empezar de nuevo, sufre más que un tipo fracasado que a los treinta no logró armar ni un pijama party con los amigos. Es absurdo.

—Pero claro que sufre más mi chino, sufre más intensamente. El otro cuanto menos debiera estar acostumbrado a esa vida pederria que tiene.

—Ah, bueno... Gracias por lo que me toca viejo.

—Pero no lo digo por vos, mijo... no lo digo por vos.

Otra vez el silencio. Sin decir una palabra nos vamos enojando más y más hasta llegar a la cresta en donde la bronca pierde sentido. Nuestros dientes despedazando el sushi y el *tataki misushima* que acaba de llegar sonorizan el ambiente. Yo repaso mi analogía y pienso si papá no tendrá razón, si no sufre más el que probó el éxito. Puede ser. Tendría que armar una familia y perderla, pienso, así al menos podría discutir en igualdad de condiciones. Me río internamente, soy de los tipos que más gracia se da a sí mismo, eso es un poco tonto, sin dudas, pero creo que todos somos aficionados al propio humor; si no, no lo expresaríamos nunca. O sí, con total

resignación, como esas personas que saben que no son graciosas y cuando arriesgan un chiste lo dicen como disculpándose por la incomodidad que va a venir. Como sea, mi mal humor cede. El de papá, a fuerza de arroz con pollo, parece que también. Toma un vaso de agua y empieza.

—Uno siempre cree que está atrás de la presa final mijo; si no fuera así sería imposible avanzar, pero el camino es largo y las presas finales son muchísimas. Si no miralo a Ulises.

—Ahí vamos de nuevo, que Ulises...

—Es que es el ejemplo más claro. Ulises se pasa la vida marchando a Ítaca, y cuando llega ahí está Penélope esperándolo. El hombre superó sus pruebas, mostró su valía y ahí está, en su paraíso.

—Ese es el verso que les dicen a ustedes los militares para que no se caguen las patas en la guerra.

—Pero no mijo, es la historia del hombre. Todos nos pasamos la vida demostrando lo que valemos, y todos lo hacemos para merecer el amor de una mujer.

—Vos demostraste tu hombría en la guerra y después te divorciaste viejo, no tiene sentido lo que decís...

—Bueno... A mí me costó mucho superar ese golpe, claro. También hay muchas cosas caprichosas en la vida. Qué sé yo, me pasé los años cuidándome con lo que comía y ahora me agarra diabetes, hay cosas que no manejamos.

—Eso es lo que digo: ¿cómo sabemos cuál es una prueba y cuál uno de esos caprichos? Porque podemos entender por prueba un capricho y estamos perdidos, no lo superamos nunca. Y si vemos capricho donde hay prueba nos pasamos la vida fracasando, porque ni lo intentamos. No hay modo de encontrarle la vuelta, ¿entendés viejo? Entonces no tiene sentido que me digas que no sufra por una

mina con la que apenas estuve un tiempo, porque no voy a poder saber nunca si fue una pérdida más, un capricho menor de la vida, o si era la gran guerra que tenía que ganar. ¿Se entiende?

—Se entiende. Pero...

—Digo: ¿y si Ulises, al llegar a Ítaca, no encontrara a Penélope? ¿Si al dejar el bolso en la casa saliera al jardín casi temblando de ansiedad y no la viera? Ahí está el gran hombre desesperándose de a poco. Ya lo veo: por instinto desenvaina la espada y adopta pose de guerrero, levemente agachado para atacar con ventaja en caso de ser necesario. Imagina esa ausencia de Penélope como una prueba más, la última prueba que llega siempre después de la última. Inspecciona cada rincón de su isla, los campos verdes, las colinas. Trep a cada árbol y vuelve finalmente al mar. En silencio va recordando los tritones y las ninfas del pasado. Recupera el vértigo en la búsqueda. Pero no, la prueba no es tal. Ulises empieza a pensar que ha fallado, que ha llegado tarde, que Penélope ya no está ni ahí ni en ningún lado, ha muerto, y grita maldiciendo al cielo. ¿Te imaginas? Su coraje no sirvió para vencer al tiempo. Deja caer la espada a un costado y con las manos en su cara se echa a llorar de rodillas. Vuelve tambaleándose hasta la casa y ahí, en el suspiro que antecede al suicidio, Ulises ve una carta que no había visto antes. La letra, a pesar de los años, sigue siendo reconocible para él. Penélope. Es la letra de Penélope. Abre la carta y en dos párrafos comprende que su búsqueda llegó a su fin. En pocas líneas ella le explica lo mucho que lo amó, le expone cada elemento de su enorme admiración y lo llama héroe, Héroe, como el tema de Mariah Carey. No obstante, dice, ella también tiene una vida, no puede solamente dedicarse a esperar. Lo esperó durante un año o dos, pero las necesidades del cuerpo y del alma la dispusieron a mirar el mundo a su alrededor. Se enamoró de un pescador entusiasta que llegó hasta su orilla a ofrecerle algo de comida. No era un guerrero pero su barca desven-

cijada le ofrecía mil veces más aventuras que su espera, y ese vaivén de las olas la enamoró, se lo confiesa y todo. Sobre el final, se anima incluso a aleccionarlo: *“Si llegas finalmente a buscarme, porque sé que algún día llegarás, por favor escucha mi consejo: ya no busques, acuéstate en la hamaca y descansa. Te dejé comida en la heladera”*.

—Ahí te salió el machista...

—Ulises está en llamas. Quiere encontrar a Penélope pero ahora para matarla. De algún modo, la flema le muestra el camino de su propia misión. Y ahí va Ulises otra vez. Abandona Ítaca y dedica el resto de su vida a encontrar y matar a Penélope. Por supuesto, en el primer firmamento se le pierde el rastro, pero podemos imaginar por su reputación que tarde o temprano se las ingeniará para encontrarla. Algunos más pesimistas dicen que la ira le nubló el juicio completamente y aun hoy, en su inmortalidad adquirida por el mito, sigue buscando ya no sabe a quién, ni dónde, ni para qué. Su alma, en eterna pena, nunca más volverá a Ítaca, porque Ítaca, verde y humilde, desapareció tras los pasos de Penélope.

—Mijo, ¿por qué mejor no escribís sobre cosas que sabés?

/ 1 /

Digamos que el chico lleva varias horas seguidas mirando el Muro. No sabe muy bien por qué lo hace pero tampoco sabe —mucho menos sabe— cómo dejar de hacerlo. En el Muro por supuesto pasan cosas, no es que el chico sea un autista o un esquizoide programático, lejos de eso, de hecho el chico es una persona más bien normalita, pelo castaño, metro setenta y pico, pero tiene esta manía de mirar el Muro y el problema —en estos términos lo entiende él— de que no disfruta lo que está haciendo. La mayoría de la gente

mira el Muro y se divierte, curiosear, agranda su espíritu por lo que piensa que ve o por lo que no ve. Pero el chico, al contrario, sólo mira y se pregunta por qué no puede dejar de mirar. Ahora por ejemplo está concentrado en una manchita en forma de pulgar que indica –tal es el lenguaje del Muro– que cierta persona (o el retrato de esa persona) es aceptable. El chico se alegra de ver esa manchita, lo toma como un éxito personal, y algo en su vanidad se regocija. Sin embargo, automáticamente después viene la culpa por esa mínima satisfacción y se pregunta, el chico, por qué pone tanto valor en una mancha. Y le gustaría preguntárselo con mayor profundidad, estudiar filosofía y poder desarrollar una teoría al respecto, con más recursos que la obvia alegoría de la caverna. Pero se lo pregunta igual y se da cuenta de que en esa manchita él no sólo ve la aceptación en general sino la de alguien en particular. (Es universalmente conocido que las manchas no llegan solas a los Muros). Entonces se entusiasma más todavía, está hace muchas horas ahí sentado y se entusiasma fácil, aunque con la misma facilidad se desentusiasma y piensa que no puede permitirse ser feliz por asociar el nombre de alguien a una mancha, una mancha que no apareció de prepo en su Muro, es cierto, una mancha que nadie obligó a esa persona a poner ahí pero que está, por algún motivo está. Y el chico sabe que así como él no habita la frase o la foto que inspiró la mancha (el Muro está lleno de fotitos), ella tampoco está ahí, en esa señal de aceptación. Sin embargo, hace tiempo ya que el chico se aferra a esos gestos meramente mecánicos, simbólicos y efímeros, y poco a poco los va convirtiendo en el anverso absoluto de esa enumeración. Es como si depositara en esos micro-acercamientos virtuales la única posibilidad de cercanía, como si ahí la tuviera atada, registrada, firme aunque ella no lo quiera. Y sabe que es menor, no es idiota, pero como todo suicida ve un ovillo en cada mínima fracción de hilo.

Habría que decir, llegados a este punto, que el chico no es estrictamente un suicida, aunque bien podría llegar a serlo. Es, de todas formas, un tipo con una fijación. En los últimos meses, mientras él viajaba por el mundo, se envió decenas de cartas con una chica y se enamoró. Eso cree. Volvió al país por ella y salieron algunas veces, las suficientes para que él reafirmara lo que sentía y que por buen gusto no vamos a repetir. Ella, lejisimos de eso, lo deja de la peor manera posible: proponiéndole una amistad. Ahí él se pone a pensar. Sospecha que puede haber sido por el entusiasmo desmedido que le puso, por la catarsis nerviosa que volcó en la pocas sesiones de sexo que tuvieron, o porque simplemente lo conoció mejor. No es, sin embargo, esta posibilidad lo que más le preocupa. Como sea, la chica lo deja y el chico se abre un Muro y se encierra en su departamento durante muchos días y muchas noches y sólo se dedica a mirar ese Muro como un adolescente lleno de granos que no se anima a salir del cuarto. No quiere seguir por este camino, sabe que de la infinidad de herramientas que hay para reinsertarse en la sociedad la del Muro es la peor, pero no puede evitarlo. Mira las fotitos congelado y piensa cómo puede ser que un desamor más, ni siquiera uno muy extraordinario, lo haya dejado así, sedentario, unilateral y solo. Y entiende que no puede ser sólo eso, que tiene que haber algo detrás y que únicamente yendo a la búsqueda de ese elemento va a poder salir adelante. Y se dispone a encontrarlo, se viste de detective (en verdad no se viste siquiera, sigue con el mismo uniforme de siempre: el jogging manchado de tuco, alpargatas, una remera militar y la bata de polar bordó), se sienta frente al Muro y, en un arranque de coraje, lo minimiza. Hace un esfuerzo enorme por concentrarse. Cierra los ojos. Se pregunta qué carajo hace encerrado hace tantos días. Se pregunta qué tiene de diferente esta separación, y se pregunta si es una separación realmente. Se pregunta qué es lo que le gustaba tanto de ella, la risa exagerada, la pasión más exagerada aún por la música, el casi analfabetismo

de sus conocimientos literarios, las tetas, mucho más suaves sobre su cara de lo que él imaginaba en las cartas... O las cartas en sí, tal vez extraña eso, piensa, la relación íntima que se puede tener con alguien a pesar de no existir en el campo real del otro, la posibilidad de materializarse imperfectamente sobre cualquier superficie. No sabe, y se pone un poco torpe a la hora de narrarse a sí mismo pensando. Entonces cierra una vez más los ojos y abre el Muro. Una foto de su madre cuando tenía dieciocho lo hace sonreír, y automáticamente se dispone a preguntárselo todo, o no todo, pero sí al menos dónde nació tanta incapacidad para salir adelante después de una ruptura.

/ 2 /

Creería que fue cinco años después del divorcio en aquel gimnasio de Palermo. Palermo no era top en ese entonces, era tan sólo un barrio venido a menos. Mi viejo recién volvía de una misión de paz en los Balcanes y hacía todo tipo de cursos para dejar de fumar y para dejar atrás la guerra, los cascos azules y, sobre todo, el divorcio. Me lo acuerdo todavía acostándome a la hora de dormir y abrazándome, sin darse cuenta en su desesperación, que sus brazos lo único que hacían era mantenerme despierto.

La separación de mis padres nunca fue burocráticamente dolorosa, eso era lo peor. Fue civilizada, siempre bajo el marco de una amistad entre dos personas que se quisieron mucho pero ya no. Fue amable, muy cuidadosa respecto de nosotros, los hijos, los chicos de cinco, siete y nueve años que tenían que vivir en un entorno de amor y tranquilidad para poder desarrollarse en sus vidas posteriores. Muchas veces pienso en esa época y pongo ahí el germen de lo

que sucedió después. Creo que el peor día fue cinco años después del divorcio en aquel gimnasio en el que mi viejo tenía un grupo de contención o algo por el estilo. No hacía fierros, era una clase distinta, una especie de terapia. No supe bien de qué se trataba hasta que llegó el momento de la clase abierta. Papá nos invitó a los tres a verla. Una enorme puesta en escena de gente corriendo alrededor de una cancha de básquet con suelo de madera en donde cada tanto armaban rondas y se miraban entre ellos. Nada demasiado particular hasta el final, cuando el director de orquesta los hizo ponerse en una posición especial y como en coro, así en forma de gran concierto de cámara, cada uno de los cuarenta tipos –mi viejo incluido–, se empezaron a golpear el pecho con la mano izquierda mientras gritaban “yo” con furia, “Yo, Yo, Yo...” y lo repetían sin aire entre palabras, un gran loop patético de autoconfirmación que en su momento me pareció un simple rito raro, muy ruidoso, pero no lo nombré rito, no tenía la palabra tan palpada ni la imaginación con la orientación sectaria que tengo ahora. No. En su momento era un puñado de tipos que por algún motivo habían convencido a mi viejo de gritar Yo como un idiota mientras se pegaba en el pecho. Yo, yo, yo... cada vez más fuerte. Yo. Yo. E iba creciendo la marea, el flujo sublimado de dolor, el ruido de las manos en los pechos y el quejido ahogado que salía a contratiempo de las gargantas de los más flacos. Creo que fue ahí, ese día, en ese *grand finale* sanador que interpretó mi viejo junto a su club de divorciados recientes. Era eso y lo sabía, aun entonces lo sabía, un coro de divorciados jugando a curarse, una resistencia de tipos tristes que, lejos de resignarse a su desdicha, se reafirmaban en ella al tratar de expulsarla. Y era doloroso. Era doloroso porque mi viejo estaba ahí y mi viejo, por más que lo viera llorando cada tanto, o despertarse gritando como si aún lo atacaran en Malvinas, mi viejo era la persona que había llegado lo suficientemente lejos como para tenerme. Y el tenerme, ahora que descubría su dolor, de pronto no guardaba ningún sen-

tido, no lo salvaba a él de ninguna tragedia ni me hacía a mí sentir como un ser importante. Los hijos, entonces, yo, nos convertíamos sólo en testigos del sufrimiento que ellos, los padres, no habían podido evitar. Los hijos, digo, yo, nos dábamos cuenta de que el mecanismo de la reproducción y del amor servía a nuestros padres para traernos al mundo y completar su modelo de felicidad, de trascendencia y de familia; pero no servía –y esto lo comprobaba en ese gimnasio viejo de Palermo– para ayudarlos a ellos a sobrevivir al quiebre inevitable que tendrían, más tarde o más temprano, las paredes de ese espejismo llamado matrimonio.

/ 3 /

Mientras vuelve una y otra vez sobre el Muro, el chico recuerda que tiene que comer. La sola idea de levantarse y poner el cuerpo en acción le da miedo, le hace acordar a Luciano, que se divorció de su mujer y nunca más volvió a ver a sus hijos por ser demasiado activo. Una historia triste, sin dudas. Durante años su mujer lo acusó de estar siempre haciendo cosas por ella y por sus hijos con la sola intención de refregarle en la cara cuánto mayor era su aporte a la familia. La verdad es que se equivocaba en el análisis, Luciano es un tipo con mucha energía y no sólo llegaba de su trabajo con ganas de cocinar, sino que además lo disfrutaba. Como fuera, ella estaba convencida de que eso que todos veían como bondad era tan sólo una farsa mezquina para hacerla sentir miserable. Y mientras más lo acusaba, más se esforzaba él por demostrarle que lo hacía por amor, aunque el método –basado en consentirla cada vez más y más– era ciertamente contraproducente. Se separaron, y aunque nadie se sorprendió, todos terminaron de convencerse de que Lu-

ciano era un idiota cuando su mujer aseguró en el juicio de tenencia que ella era claramente mejor que él para llevar adelante la crianza de los hijos.

Por eso a nuestro chico ahora le da miedo levantarse y hacer algo. Siente que por más que ese algo sea poner agua para los fideos o prepararse un mate, cualquier tipo de movimiento puede ser usado en su contra. Entonces busca el nombre de su amigo Ignacio en el Muro y con un mensaje lo invita a comer con él. Ignacio está mal, se lo hace saber, y a los pocos minutos suena un teléfono.

–Vamos a una fiesta, tengo una fiesta– le dice Ignacio.

–No. Ni loco. ¿Una fiesta?– responde el chico.

–Sí, una fiesta. Minitas– insiste Ignacio.

–¿Minitas? No... Minitas no. Venite a casa, pedimos una pizza.

–¿Y qué hacemos?

–No sé. Tomamos algo. Hoy no estoy para minitas.

–No, yo tampoco. Voy para allá.

Inmediatamente después el chico entra en una especie de ola de optimismo y se va a bañar. Mientras el agua cae por su espalda piensa que por el día ya miró bastante el Muro y que le va a hacer bien distraerse. Se mira la pija y se le ocurre masturbarse, y antes de empezar piensa que todo el mundo cuenta su vida entera en el Muro pero nadie cuenta que se masturbó en la ducha. Y es curioso, cree, porque eso que en el Muro no está bien visto (o no está habitualmente visto), en la literatura es una especie de valor automático, una manera más bien facilita de hacerse el políticamente incorrecto. Y si bien piensa y piensa y piensa, e incluso demora la paja por esos pensamientos, no termina de entender del todo cuál debiera ser el puente para que aquello que es salvajismo cool en la literatura no sea exhibicionismo obsceno en el Muro. Porque para

él el Muro no es simplemente un lugar de evasión, o el Muro en este entonces particular de su vida. Para él ahí está todo lo que antes solía estar en la calle o en los bares o en las plazas, o incluso en los baños, ahí está lo que solía ser su vida y necesita que se asemeje lo más posible, que se terminen de reemplazar completamente y que ya no tenga que angustiarse en dos lugares distintos a la vez. Pero eso va a llegar más adelante, por el momento se está bañando en su ducha y ahora que ya no piensa se vuelve a mirar la pija y en poquísimos minutos, ¿dos?, ¿tres?, empieza y termina el trámite para evacuar los fluidos de su ira. Está agitado. Pone los antebrazos contra el azulejo y, tratando de darle el color cinematográfico a la escena, se pone a llorar debajo de la ducha. ¿Llora por la soledad que supone la masturbación? ¿Llora por el bien del guión que está imaginando? No, la verdad que el chico llora porque recuerda que antes la masturbación le duraba más, el ejercicio y la sensación de placer posterior, pero ahora tan sólo es un trámite de contados ida y vuelta y un escupitajo decadente que ni siquiera se aleja demasiado de su cuerpo en remate. Es posible también que el chico asocie toda esa brevedad a la manera fugaz en que Clara pasó por su vida, y a la manera en que también pasó el sexo entre ellos dos. Y ya no llora, eso es un mal síntoma. Apaga la ducha y lo entiende –las epifanías se le dan siempre después de alguna acción doméstica–: mientras él buscaba algo así como el alma en el cuerpo de ella, Clara buscaba coger. Y entiende también que si se sentía inexperto frente a ella no es porque estuviera recorriendo una experiencia inédita, sino porque el enamorado es siempre más inexperto y torpe que el que no lo está. Y aunque esa inexperiencia conjuga perfectamente con la inexperiencia del otro si el encuentro lo comparten dos enamorados, cuando la relación es asimétrica no hay manera de salvar ese abismo. Si quería seguir con Clara, se da cuenta, sólo debía querer cogérsela. ¿Pero se puede, por amor, querer menos a una persona?

Es raro cómo avanza y crece el dolor. Es raro el dolor. De chico me daba miedo que alguien me pegara en la cara, que un auto nos chocara de frente en la ruta o que me atropellaran. Me daba miedo que a algún familiar le pasara algo mientras yo no estaba ahí y me daba miedo la muerte. Me asustaba la guerra y la posible desaparición fortuita de mi padre en manos de esa guerra. Me daba miedo quedarme solo pero no por la soledad que eso implicaba, me daba miedo quedarme solo porque si me quedaba solo, literalmente solo, significaba que todos los otros habían muerto. Nadie me iba a abandonar por falta de amor, ése fue un trauma ausente que reemplacé –sin saberlo– por el temor a una improbable y repentina orfandad. El dolor, allá en la infancia, era básicamente el miedo a todo lo que pudiera ocurrir, pero nunca el resultado de lo que sucedía. Había dolor físico, sí, cuando mi hermano me tiraba los guantes de box y me decía vamos a pelear, y yo le decía que no, y entonces él cerraba la puerta y me decía que no iba a poder salir del cuarto a menos que peleáramos, y yo que no, que no iba a pelear, que no, hasta que me daba cuenta de que aunque más no fuera desde la intransigencia ya estaba peleando, entonces decía qué va, o decía a la mierda, y me ponía los guantes y peleaba. Mi hermano era más grande. Sigue siéndolo pero en ese momento se notaba, eran dos años de abismo entre uno y otro. Y yo me ponía los guantes y me cubría, me dejaba pegar (vertiente neurológica del dolor), hasta que acumulaba suficiente bronca como para dejar de lado el miedo a un golpe más fuerte y descuidaba la defensa en pos de alcanzar su puta cara con el guante de mi mano derecha. Una vez lo tiré. Me acorraló contra la puerta y empezó a darme. Yo no me movía, no me animaba,

sentía sus piñas moderadas en los brazos y las costillas y me quedaba duro. Sabía que no me estaba dando con todo, sabía que él estaba de algún modo jugando al boxeo por culpa de la serie pedorra que veíamos con Osvaldo Laport, pero no me consolaba que no estuviera usando toda su fuerza, al contrario, me hacía sentir todavía más chiquito, tan chiquito y tan pelotudo que no era capaz siquiera de irme de mi propio cuarto sin enfrentar una falsa pelea de box con mi hermano. Y ese día exploté. Me pegó bastante. Me escondí en mi rincón del cuarto y lo sentí jugar alrededor mío, un golpe sí, otro no, un amague, una especie de chirlo en la cabeza. Hasta que fue suficiente. Me di vuelta lo más rápido que pude y con toda la ira contenida en la derecha le lancé un *uppercut* cruzado que se estrelló directo en su pera y lo tiró al piso. Pum. Palo y a la bolsa, la única vez que lo logré en mi vida. Palo y a la bolsa. Y en el instante en que lo veo caer le grito que no quería pelear y abro la puerta del cuarto y me voy corriendo, me voy de la casa, no me acuerdo a dónde, me escapo, como si fuera la única posibilidad de seguir vivo. Las próximas horas las paso dando vueltas por algún lugar de Buenos Aires con miedo a la venganza que pudiera llegar a la noche. Miedo y sí, tal vez, dolor. Dolor en forma de miedo, dolor en forma de amenaza, una vez más, dolor que se fundamentaba a sí mismo en mi incapacidad para moverme por la vida sin estar pensando en qué me iba a suceder después. Porque lo que me iba a suceder después, y este fatalismo nunca pude saber de dónde viene, indefectiblemente iba a ser triste. Y yo calculo, de vuelta, que todo empezó después del divorcio.

/ 5 /

¿Qué es estar solo? Mientras espera a su amigo Ignacio, el chico se pone a divagar sobre lo primero que le viene a la mente y espera

que así, aunque errando las respuestas, se mantengan alejados los vértigos de la masturbación y del Muro, o al menos se interrumpa un rato el vaivén autista que forman ambos intercalándose entre sí. Entonces se pregunta qué es estar solo y se imagina un barco, chiquito, un velero pongamos por caso, un velero que navega en alta mar y no ve ni tierra firme a lo lejos ni otros barcos con los que interactuar. No sabe de todas formas si se interactúa entre barcos. El caso es que el velerito va solo por ahí y es navegado, lógicamente, por un capitán ermitaño. Ahora, lejos de la estructura habitual del cuadro, en este caso el capitán ermitaño tiene a su disposición todos los medios de comunicación posibles. Tiene celular, internet, redes sociales... todo lo que se puede tener. No lo usa, claro, porque además de ser eminentemente ermitaño, sabe que lo es y se jacta. No sabe ante quién se jacta, pero lo hace, por las noches abre botellas de vino y mira a la luna como sobrador, ninguneando la condición poética de un elemento luminoso que a él, básicamente, le importa un bledo.

Ahora, un día el capitán ermitaño se aburre de su forma de ser. Ve lúcidamente que está entrando en la locura y no quiere. No quiere seguir estando solo pero no puede direccionar a estribor y buscar la Isla Mujeres porque no hay timón en su barco y porque el mar en el que navega ese barco es un mar falso, un mar inventado por el chico a través de la palabra mar y en el que no hay Islas Mujeres alrededor, ni islas Hawai ni continentes. Es un mar que es sólo mar. Un mar sin orillas. Un mar sin orillas en el que navega un solo barco con un solo tipo adentro que no puede encontrarse con nadie pero puede –y en este detalle se desnuda la total crueldad del autor– buscar compañía en los infinitos medios de comunicación que tiene a disposición.

Finalmente cede. El capitán ermitaño agarra el celular y le manda mensaje a un amigo. Sabe lo que es un amigo porque no ha nacido en el barco y porque antes de servirle al chico ha tenido una vida.

Entonces toma el aparato y escribe un mensajito simple. ¿Cómo estás?, dice. O simplemente ¿estás? Y después se sienta a esperar. Por un rato no pasa nada. Sin embargo, algo en el corazón del capitán ermitaño se encendió. Está nervioso. Trata de hacer como si ajustara las velas pero cada dos minutos vuelve al celular en busca de su respuesta, que no llega. El capitán se decepciona. Piensa que su amigo habrá cambiado el número, o que está en el trabajo, o que duerme la siesta. Y se enoja, porque si cambió el número podría haberle avisado, si está en el trabajo podría dedicarle un momento, y si está durmiendo la siesta es un haragán despreciable. Por supuesto, hay infinidad de posibilidades más, pero el capitán se encierra en su perspectiva y termina por concluir, irritadísimo, que ha perdido para siempre a un amigo. Y agarra el celular y borra el contacto, así, como un nene adolescente que es puro estímulo y que todavía no vivió lo suficiente como para darse cuenta de que esas reacciones tan nobles y tan espontáneas nunca sirven para nada. Como sea, el capitán ermitaño que ya no quiere serlo tanto vuelve a escribir un mensaje pero ahora se lo manda a ella, a esa noviecita que dejó en un puerto aquella vez y, se ilusiona, debe pensar seguido en él. Le escribe lo mismo, que cómo está o si está. Y el corazón ahora se le sale. Hace tiempo no estaba tan nervioso, la última vez fue cuando le mandó un mensaje al ex amigo aquel que nunca respondió, pero eso es tiempo pasado –no importa cuánto– y ahora las cosas son distintas. Sufre, transpira, y la respuesta, al menos en los cinco minutos iniciales, no llega.

Se da cuenta el capitán de que el tiempo antes era más tranquilo y pasaba, a fuerza de acostumbramiento, a un ritmo más soportable. Lento, sí, pero constante. No como ahora, que es más lento aún, cada vez más lento, se va condensando y volviendo turbio, porque no sólo trae tiempo, porque no sólo está hecho de minutos estirados que se desploman en el piso de su barco y en el mar, no, sino porque

el tiempo, ahora que espera algo de él, le va trayendo fantasmas, miedos, mínimas confirmaciones que antes sólo suponía. Antes, cuando se jactaba de una soledad que creía poder romper a piacere, cuando ninguneaba a la luna porque no la necesitaba. Y sin embargo... el tiempo se le empieza a acumular en la frente, lo llena de preguntas, y aunque la adrenalina y el vértigo son sentimientos nuevos en los que podría distraerse, la contundencia de la soledad lo destruye. Su aliado es quien lo destruye, su salvavidas del mundo, que lo demuele hasta dejarlo hecho una hormiga con un lápiz en la mano que se pregunta, antes de lanzarse al mar, qué carajo es estar solo.

/ 6 /

Fue entonces después del divorcio. La sentencia, en este caso, opera como combustible. Porque avanzamos, de algún modo, a conceptos, a fuerza de teorías improbables no sobre lo que nos pasó sino sobre lo que creemos que pasó, o ni siquiera, sobre lo que interpretamos de aquello que creemos que nos pasó. Y en esa interpretación, ahora que voy cerrando ventanas, creo que mucho de todo esto comenzó a partir del desmoronamiento del matrimonio de mis viejos. ¿Cuánto lleva que una pareja entre en crisis, trate de taparlo, recuperen levemente el amor y finalmente vuelva la crisis de manera permanente? ¿Dos, tres, cuatro años? Es decir que nací de un matrimonio en crisis, o de uno que estaba a punto de entrar en una. Y al poco tiempo se separaron y yo, inconsciente de la farsa, me ponía a rezar (inconsciente de esa otra farsa también), para pedir que perdurara una relación que nunca vi, que nunca existió desde que yo existí. Y esa farsa, la que construyó mi cerebro de cuatro años, se fundamentaba a sí misma cada vez que veía sufrir a al-

guno de mis viejos. El dolor para ellos era provocado por aquello que se había terminado, y para mí por la confirmación de lo que podía volver a suceder. A mí no me dolía que ya no hubiera aquello, aquello casi ni lo recordaba, lo que me dolía es que la felicidad se configuró de golpe alrededor de un evento imposible. Sufría por lo que no iba a suceder. El retorno. La oportunidad de hacer todo una vez más, igual de bien e igual de mal, pero con la posibilidad de que el hijo menor, yo, el que lloraba y creía que no se daban cuenta, pudiera verlo todo, pudiera entenderlo y quizás, sólo quizás, pudiera solucionar los problemas que –sin saberlo– vendrían más tarde por culpa de esa imposibilidad.

Después crecí y la cosa se fue encerrando en estos conceptos y en otros. El sufrimiento dispar de mis viejos fue pasándose de uno a otro. Los dos tuvieron distintas terapias, algunas más tristes, otras más ridículas. Con los años dejé de rezar. Las cosas siguieron pasando. Y ahí, en el abatimiento de uno y la recomposición del otro, se conformó el primero de los mitos de mi adolescencia, que no era un mito sino más bien una sentencia, una suerte de epifanía que escribí en un papel y a la cual me aferré como si fuera una respuesta a algo, una frase sin mucho rigor que decía que el mundo se divide entre los que abandonan y los que son abandonados.

Pero claro, uno después sale a la calle y se da cuenta de que la cartografía personal de mitos no sirve para guiso, como decía Trifina, que no solía decir mucho pero esa frase la repetía una vez al día. No sirve para guiso, y después se ponía a cocinar polenta o chipá guazú, o fideos con bolognesa, y me dejaba la comida, me obligaba a comer y se iba a limpiar mi cuarto aunque yo le pidiera que no limpiara, que no ordenara, si total iba a empezar a ensuciar apenas terminara de almorzar, pero si no lo ordenaba entonces el desorden no iba a volver a empezar, no iba a empezar nunca más, y por eso limpiar y ordenar no servía para guiso, y ella se reía, no entendía

mucho pero se reía, y después se iba mareada a limpiar el caos de mi cuarto y yo me quedaba almorzando y pensando si tenía algún sentido lo que le decía o si sólo estaba tratando de forzar razonamientos raros con tal de sentirme inteligente.

Me llevó muchos años terminar con ese mito, dejar de pensar que uno de mis padres era víctima y el otro victimario, dejar de verme a mí como el continuador de una tradición solitaria que, o bien está destinado a golpearse el pecho en un gimnasio oscuro de Palermo, o bien va a cargar siempre con la culpa de sentir que destruyó la familia de su hijo. Y aunque el yugo de tanta autoconmiseración cristalizó más tarde en entendimiento, las figuras que construí como hijo quedaron varadas en algún tipo de limbo. Digo, cuando somos hombres y nos reímos de esos tiempos de chicos, hay algo del chiste revisionista que pincha, algo que dura, y a la primera que nos topamos con un escenario parecido al pasado, el teatro de nuestra adultez se desploma y otra vez, una vez más, de nuevo, el sufrimiento dispar de mis viejos, el rezo ingenuo de cada noche, y el karma de haberme inventado un destino, o un karma.

/ 7 /

Cuando ya son demasiados los minutos sin noticias de su amigo Ignacio, el chico entra en una espiral paranoica y resuelve llevar a cabo dos acciones de lógica cuestionable. Primero entra al Muro y busca el perfil de su amigo. Ahí debajo de su foto escribe en pocos segundos la siguiente frase:

“¿Dónde estás, hijo de puta?”

Después emprende la segunda acción sin lógica, aunque bien mirado toda acción es una acción sin estricta lógica, o al menos

muchas de las que sin estar concatenadas en el hilo natural del día parecen salidas de un arrebato más que de alguna causa anterior. Es decir, quién es tan prolijo y tan amante del ritmo como para llevar a cabo una vida métrica, una rutina rimada compuesta de pasos coreográficos que nos depositan, como en una escalera horizontal, siempre en el escalón siguiente. El chico fantasea con esa idea, pero no sabe bailar y sospecha que si hubiera un director detrás de sus actos, ese director tampoco sabría bailar ni medio. Entonces se resigna a su naturaleza arrítmica y va en busca de un cuaderno de notas para escribir en él los tres o cuatro ítems de lo que será, imagina, su gran invento maestro. Después vuelve al Muro a ver si su amigo recibió el mensaje. Su amigo, ahora sí lógicamente, no recibió nada. El Muro funciona así: uno escribe, el otro lee, uno muestra, el otro ve. El Muro de hecho no es tan sólo un Muro. El Muro, digámoslo de una vez, es el Facebook, pero el chico tiene pudor de usar esa palabra, siente que es una traición de estilo, un bastardeo total a su amor por la literatura, y aunque de hecho también tiene pudor de sentir ese pudor porque cree que es snob, le parece que hay ciertas taras que no se discuten, y entonces lo dice una vez –lo está diciendo exactamente en estas líneas: Facebook–, pero ya no lo va a repetir más, y ahí, en ese acto corajudo de nombrar lo horrible y lo verdadero en un solo aliento, ahí radica toda la honestidad intelectual de la que es capaz. Porque tampoco es cuestión de exigirle al chico más de lo que puede dar.

El amigo dijimos no leyó el mensaje, sin embargo sucede que ahora el celular del chico suena y el nombre de Ignacio aparece en la pantalla. Atiende.

–Che, me retrasé.

–Ya me di cuenta, te puse un mensaje en el Muro.

–¿En el Facebook?

- Sí ahí, si sabés.
- Qué boludo.
- ¿Y entonces? ¿Dónde estás?
- Me demoré. Me fui hasta el kiosquito del San Bernardo a comprar Huang He y no tenían. Al pedo.
- ¿Seguís tomando esa mierda?
- Es natural, puro Ginseng.
- Pero es para coger eso. Vos no querés coger, ¿para qué lo tomás?
- No es para coger, es para querer coger. Yo quiero querer coger, lo que no quiero es coger.
- Es absurdo, ¿para qué vas a querer hacer lo que no querés hacer?
- Justamente, si el problema es que no me quiero coger a nadie, la solución es querer cogerme a todas. O a algunas, qué sé yo.
- Eso es cambiar un problema por otro.
- No, eso es cambiar un problema grave por un problema normal.
- Vos sos un pelotudo.
- ¿Por qué? ¿Porque no me quiero coger a nadie?

El chico y su amigo siguen discutiendo hasta que uno de los dos llega al quid de la cuestión, que no es por qué se retrasó Ignacio sino por qué llama para avisar que se retrasó. Y la verdad, lo confiesa, es que llama porque no consigue Huang He y está realmente triste, aunque no por el Huang He, y sabe que si se encuentra con el chico difícilmente va a dejar de estar triste, todo lo contrario, probablemente lo va a estar mucho más, y si bien la compañía es ciertamente un consuelo, justo en ese momento Ignacio no se siente en condiciones de aumentar la lástima que se da a sí mismo. Ignacio, habría que ser justos, también acaba de terminar una relación –una relación larga, de varios años y varias vacaciones juntos–, y aunque

en un principio él eligió terminarla, ese momento introductorio de convicción se disolvió a las pocas semanas cuando descubrió que las mujeres, o su mujer en particular, eran mucho mejores que él para salir adelante de la separación. El chico trata de consolarlo y le insiste en que se junten. Sabe que los tipos que se sienten solos suelen evitar encontrarse para no herir la versión dolorosa pero pintoresca que construyeron de ellos mismos, pero ahora juzga que su amigo Ignacio está realmente mal y debería ayudarlo. O no, la realidad es que mucho no le preocupa el estado de su amigo Ignacio sino su propio estado, su incapacidad para dejar de mirar el Muro y el miedo a que esa compulsión ceda de manera inminente ante la tentación de mirar qué está haciendo Clara de su vida.

Mientras el chico piensa todo esto, al otro lado de la línea Ignacio sigue hablando de la separación. El chico piensa que ésta es la mejor y la peor versión de su amigo, que si bien ahora se pregunta algunas cosas interesantes que antes no, la inseguridad y el tono categórico de todo lo que dice le sientan bastante mal. Y también él pone ese tono en todo lo que dice; eso lo asusta. Ignacio por supuesto no escucha ninguno de estos pensamientos, al contrario, sigue hablando como si el otro lo escuchara a él. Siente que la separación sucedió mucho antes de consumarse, que venía arrastrando problemas personales y que nunca supo llevar las relaciones al margen de sus crisis, que por otro lado son constantes. Ella se lo venía advirtiendo, la cosa no va bien, fíjate, nosotros, vos, etcétera, etcétera, etcétera, y un día finalmente *plop*. El chico piensa específicamente en esa expresión, *plop*, ese ruidito breve y ridículo en que terminaban siempre las situaciones absurdas de Condorito, la descripción sonora de las caídas más predecibles, y además, por otro lado, la viñeta que daba sentido a toda la historia. De pronto el chico cree que encuentra una respuesta a algo y lo hace saber. Le dice a Ignacio que el error es suyo, que debió saber de antemano que las relaciones

llevan en sí mismas el germen de todo, absolutamente todo lo que van a ser en el futuro: las tardes felices, los amigos compartidos, las noches de cine y teatro, los vinos baratos y los caros, el sexo desarrollado en capítulos cada vez más efectivos, el ascenso compartido del trabajo aquel, la enfermedad de alguno de los dos, la muerte de un padre, de un amigo, los altibajos demasiado frecuentes, la larga temporada en la rutina, el resurgir remoto del amor, el veraneo en Mar Chiquita y en La Quiaca, el viaje a Europa, la comida con los padres, la pelea por los hijos, o los hijos o no, las dudas sembradas por la infinidad de otros y de otras, los cursitos que terminan demasiado tarde, la asfixia, el temor por lo inminente, la aceptación, la pelea, el sexo ya no tan efectivo como arma de reconciliación, el amanecer asqueado, el café en soledad, los olvidos, la última pelea por la negación mutua, la resignación, el silencio, ese último instante de amor nacido en la convicción del final, el dolor, el dolor de dejarlo todo, el dolor de mudarse o de ver mudarse al otro, el dolor de ya no poder ni llamar, el dolor de sentir la libertad más absoluta y hasta la dicha, el dolor de madurarlo, de guardarlo en un cajón y finalmente, la tarde de un domingo cualquiera, el dolor de olvidarlo completamente. Que hay que saber que toda relación lleva, indefectiblemente, el germen del fracaso que será. Y que la separación es como el *plop* que toda historia necesita para valer la pena, la viñeta que lo justifica todo.

—¿Ves que sos un hijo de puta? —interrumpe Ignacio.

—¿Por? Te digo lo que pienso...

—Ni siquiera lo pensás. Cuando te agarran las ideítas a vos te importa un carajo lo que le pase al que te escucha. Sos un hijo de puta, lo sabés, siempre lo fuiste. Te encanta ridiculizar a la gente.

El chico se ríe como si hubiera descubierto la clave que les tenía reservada la conversación y arranca de vuelta con su tesis. Le dice que

de eso se trata, de ridiculizar el sufrimiento. ¿O no?, le pregunta. ¿O hay acaso una manera más sana de salir adelante que relativizando y burlando? El chico cree que no, que se pueden pasar horas tratando de encontrar la esencia última del amor y darle vueltas a la modalidad líquida en que se empapa todo a su alrededor, que se puede llorar, poemizar y filosofar durante muchos días, y que incluso uno puede convencerse a sí mismo y hasta convencer a sus amigos de que el amor que acaba de irse de sus vidas era el único que valía la pena. ¿Pero entonces? ¿Cómo se olvida una convicción tan fuerte si no es pensando todo como un *plop* más de la tira cómica que deberíamos estar escribiendo?

Ignacio respira en silencio. Lo putea un vez más y le dice que en un rato está por ahí.

/ 8 /

De hecho, tal vez haya sido mucho antes del divorcio. Tal vez incluso el divorcio sea una parte mínima en todo esto, un detalle en el que me embarro porque todavía no viví lo suficiente y siento que tengo que fundar traumas que me justifiquen. Capaz me la agarro con una simple separación más porque me sirve de resumen, a mí, que no soy bueno resumiendo. Pero la verdad, es muy posible que haya empezado antes, cuando yo no existía y mi abuela se divorciaba de mi abuelo y años más tarde lo invitaba a vivir en la azotea de su departamento porque mi abuelo no tenía un peso y mi abuela sí, y además se había casado por segunda vez con otro señor que también tenía un peso, o más, y que más tarde se convirtió para mí en mi abuelo mucho más que mi otro abuelo. Capaz empezó ahí, en ese divorcio moderno. O en el de mi tía y su marido, que se habrán

casado bajo el efecto de la droga, y sólo bajo el efecto de la vejez y la nostalgia por las viejas drogas se volvieron a juntar ya cerca de los sesenta. Tal vez empezó en el divorcio anterior al de mi abuela, en el de mi bisabuelo y mi bisabuela, en la figura huidiza de Néstor Ibarra y la presencia angustiante de la mujer que dejó viviendo en Buenos Aires mientras jugaba a ser intelectual en París, y lo era, además, un intelectual insoportable del que alardeo cuando tengo que presentar credenciales y siento –muy sesudamente– que con las mías no alcanza.

Tal vez fue aun antes, en la cronología siempre regular de los divorcios de la familia Ibarra, y tal vez no tan lejos, no tan afuera de mi propia vida. A veces pienso que empezó en el año 82. Papá es convocado a las siete de la mañana en Campo de Mayo. Vestido de uniforme llega a tiempo. Yo todavía no existo. Se encuentra con sus compañeros y guarda bajo el chaleco de piloto el rosario que le entrega el Ejército. Los siguientes dos meses los pasará lejos de casa, volando de acá para allá por el cielo de Malvinas. Un día antes de partir para las islas, instalado en Comodoro Rivadavia, su compañero Fazzio es apurado para ir de misión a Caleta Olivia, donde supuestamente desembarcan comandos ingleses. Fazzio se niega, dice que hay demasiada niebla y que volar en esas condiciones es imposible. Lo acusan de cagón. Es el enemigo, le dicen, y es la patria. Y Fazzio compra. Carga a los soldados en su UH1H y pocas horas después se lleva puesto el mar, escondido tras un manto de neblina. Mueren. Mi padre pasa a ser, automáticamente, el piloto con menos horas de vuelo dentro del Ejército. Y van para Malvinas al día siguiente, previa cagada a pedos ejemplar y aclaración de que sólo el piloto puede decidir si se vuela o no, que no debe ser tan cagón de dejarse tratar de cagón. Que esto es la guerra, carajo.

Y la guerra sucede. Cuarenta y cinco días de campaña en los que mi viejo lleva tropas de acá para allá, busca caídos tras las líneas,

es atacado por Harriers, aplica el protocolo, ve aparecerse la cara de Fazzio en la parte de atrás del helicóptero como en una escena subdesarrollada de *Star Wars*, piensa que está loco, piensa que si no lo está en cualquier momento lo va a estar, aplica el protocolo, los Harriers atrás, *elegir punto para aterrizar, mantener trayectoria, bajar paso colectivo*, sobrevive, mira desde atrás de una roca la balacera que baña su helicóptero, vuelve al campamento, se baña un día en la ducha de un coronel, lee una carta de mi vieja, regresa a Puerto Argentino, le anuncian la rendición, se deprime, se siente culpable, se siente menos que Fazzio, y se sube a un avión que se le parece al infierno y vuelve al continente con la cola entre las patas. Un día después de la rendición aterriza con su tropa en El Palomar; cada uno se va a su casa vestido de uniforme. No hay familia ni amigos. No hay anuncio. Mi viejo camina hasta la estación de tren pretendiendo hacer como que nada pasa. Al llegar al andén, al mismo andén en el que estuvo cientos de veces durante el Colegio Militar, mi viejo se confunde y se va para el lado de provincia. Con el tren en movimiento se da cuenta del error y se baja de un salto. Cruza la vía y espera. Más tarde llega a Puente Pacífico y se toma un taxi que no sabe cómo va a pagar. El taxista está escuchando la radio. En la radio anuncian detalles de la rendición y hablan, por supuesto, del fracaso de Malvinas. El taxista putea a los militares de arriba abajo. El taxista dice que los soldados son unos cagones. El taxista dice que además esos soldados son unos hijos de puta. Y que son unos cagones, insiste, unos regala patria. Mi viejo no dice nada, sigue vestido de uniforme. Se pregunta si no decir nada es de cagón, pero sólo el piloto decide cuándo hay que volar. Finalmente llega a su casa, que por entonces es la misma casa en la que mi abuela vive con mi nuevo abuelo y el anterior en la azotea. El nuevo abuelo, al que yo todavía no conozco porque no nací, baja a recibir a mi padre y paga el taxi. En la casa lo esperan mi mamá, mi abuela, mis tíos y mi hermano mayor, bebé, que al verlo se pone a llorar. Y lo rechaza,

casi como si le dijera que los soldados son unos hijos de puta, y mi viejo piensa que es natural, que ya se le va a pasar, o no, pero no le da muchas vueltas al asunto y le pide a mi abuela un café, un café real, y mi abuela se lo da, mi abuela nunca creería nada malo de un militar y lo hace sentir bien, aunque años después lo pueda hacer sentir mal no por militar sino porque sí, en ese entonces lo hace sentir bien, y al café lo sucede un baño caliente en tremenda bañadera. Y la guerra, otra vez, sigue pasando.

Al año se mudan a la calle Báez y algunas noches mi viejo escucha el sonido de los aviones y se despierta exaltado y se tira de un salto debajo de la cama hasta que se da cuenta de que la cama no es una trinchera y que el avión es uno de Austral o de Aerolíneas camino al aeropuerto. Y por más que lo asimila y que las siguientes noches sabe que el ruido no supone peligro, le sigue sucediendo que se despierta de un salto y se tira debajo de la cama. O que se levanta sonámbulo y va hasta la ventana a mirar la nada, los edificios de enfrente que se le muestran como niebla o como caritas que no reconoce porque está sonámbulo y poco sabe lo que está pasando. Van a seguir pasando los años y va a seguir sintiéndose culpable, sufriendo lo que más tarde le definirán como el síndrome del sobreviviente, la culpa del que no murió, y va a seguir pensando en Fazzio siempre como el pibe de veintipico que se mató junto a otros doce para no ser tildado de cagón. Van a seguir pasando los años y mi viejo, que me ve nacer en agosto del 85, empieza de a poco a convertir sus heridas –o su falta de heridas– en algo parecido al amor. Pero entonces sucede que el matrimonio empieza a declinar y que sus hijos lloran, y algunos de sus viejos camaradas se suicidan, y la vida sigue su curso con tanta menos adrenalina que en ese entonces, mayo del 82 a bordo de un helicóptero, que de pronto el relato de lo que debiera ser la vida se trastoca. Y crezco viendo que la gran hazaña de mi padre fue haber sobrevivido a la

cornisa, haberse expuesto a tanto riesgo de que todo se termine y haber salido indemne, indemne para tener otro hijo y enseñarle, sin querer, que todo siempre se puede terminar de un día para el otro, y que si no querés ser un cagón, un verdadero cagón, tenés que forzar ese peligro en cada gesto.

/ 9 /

¿Qué es estar solo? Ahora el chico, que sigue esperando a Ignacio, deja de pensar en el capitán ermitaño y se imagina a otro chico, uno como él, un muchacho que recién empieza a ser adulto o al menos que así se ve a sí mismo, como un pibe que está pasando lentamente por la transición a tipo, a señor digamos. Bueno, este tipo resulta que conoce a una tal Clara en un casamiento y se divierte. Le intriga la edad de la chica, y se la pregunta, pero ella se la esconde, le dice que responderla es como ponerse un rótulo, entonces se la esconde y lo obliga a pensar que bien puede tener treinta o lo mismo veinte. De aquel encuentro no hace falta destacar mucho más, pero al tipo parece que le cala hondo porque durante los siguientes tres años se mandará mails con esta chica con la que nunca logra salir, porque ella no quiere, porque tiene otras relaciones y porque al parecer se siente muy cómoda con esa dinámica epistolar. Él ciertamente también disfruta las cartas, las escribe con dedicación de artesano y a veces hasta de artista, pero quiere salir del casillero, quiere verla, atravesar ese espacio que no entiende cómo creció tan abstractamente. Quiere ir y agarrarla por los brazos bruscamente para darle un beso, decirle oh nena o algo así, algo menos neutro, o tal vez sólo quiere invitarle una cerveza y seducirla con gestos tradicionales, sin necesidad de tanta violencia y tanta pompa. Pero esa posibilidad

no se le presenta, e incluso se le niega en varias ocasiones. El tipo no entiende por qué. Durante esa noche en que se conocieron todo funcionó perfecto, hasta caminaron por al lado de un río hablando de música y de piratas, y ni siquiera les importó que el río tan romántico no era un río sino un lago artificial de country. Pero aun así no se ven, no pasan a mayores, ni a menores, ni a nada. El tipo trata de analizar cómo se llegó a eso. Piensa y recuerda. Pocos días después de conocerse alguno de los dos se iba de viaje y se pasaron los mails. Ella le dijo que después le mandaba el disco ése del que tanto le había hablado, y él contestó que dale, que ya que hablaban de piratas se lo iba a bajar por internet, y ella se rió y le dijo ¿qué tenés con los piratas?, y él no supo qué contestar porque no es que tenga algo en particular con los piratas, simplemente le gustan y los mete en cualquier charla, no hay mucha ciencia. De todas formas algo habrá contestado.

A los pocos días llegó el primer mail y la cosa, de una respuesta a otra, empezó a fluir. No así los encuentros, éstos nunca, al principio por desavenencias prácticas y después por decisiones personales que nadie explica. El tiempo sigue pasando y ella se enamora de un tipo –otro tipo– y él sigue haciendo de la suyas, aunque es consciente de que el término hacer de las suyas en su caso es bastante aburrido, un hacer de las suyas que se basa en no lavar el baño tantas veces como alguien querría o en dejar la cama sin hacer durante días, pero no mucho más que eso, quizás emborracharse en exceso en cierta ocasión y bailar unos segundos arriba de la barra de un boliche hasta que con total justicia el barman le toca el pie diciéndole qué hacés flaco y él baja en el acto completamente arrepentido y pidiendo perdón. La cosa es que el tipo está distrayéndose con su vida y cada tanto, y acá sí pone real empeño, le escribe una carta a Clara y se la manda. Después espera. De a poco le va conociendo el pulso: a veces tarda un mes en responder, a veces siete días, a veces

hasta dos meses; pero las respuestas siempre llegan, respuestas en las que adivina el mismo entusiasmo y la misma dedicación que pone él, y eso lo hace feliz.

Al cabo de dos años tienen lo que se dice una relación profunda. No obstante él sigue preguntándose, o se lo preguntará después, cuando toda esta historia ya haya pasado y él ya no sea él sino otro chico que escribe sobre él, si habrá manera, por más complicada que sea, de saber qué carajo es estar solo. Pero para ese entonces el chico, el imaginado y el imaginante, ya habrá caído en el vicio del Muro y todas las preguntas, por más fundamentales que sean, terminarán siempre en el légamo de lo irrespondible. Y así, anestesiado por sus propios laberintos, el chico se queda dormido.

uno
/ dos /
tres



Mira en el horizonte el paso de los autos. La Panamericana, a la altura del country, es siempre fluida. Un firmamento compuesto por cadenas de comida rápida y colegios con nombres en inglés decoran la escena. Papá pone las manos en la cintura y respira profundo, como si a la vera de una autopista pudiera respirarse aire puro. Es un movimiento que repite desde que se fue a vivir a Pilar, trata de compensar en cada inspiración la culpa por haberse alejado setenta kilómetros de sus hijos mayores. Entonces toma aire y lo larga, y con el sonido a válvula se expulsan sus demonios. Pilar ahora, su nuevo hogar, lo hace sentir *new age*.

—Contame un poco cómo anda tu hermano —dice de pronto, después de terminar su helado apto diabéticos.

—¿Rodrigo?

—Sí, Rodrigo.

—Ah, bien anda. Se casa, ¿sabías?

—Dejate de embromar hijo, cómo anda con todo el tema del casamiento te digo, si sabés...

—Preguntame cómo anda con el casamiento entonces, hacémela fácil.

—Hacémela fácil vos a mí, ¿querés? Soy diabético.

—Ahí ya le encontraste la veta a la enfermedad. Cagamos.

Yo sigo comiendo mi helado. Dulce de leche y mascarpone con frutos del bosque. Papá dice que cuando era chico yo no sabía comer helado, que me tenían que pedir el vasito de plástico porque

me encastraba todo. No sé por qué me da bronca la falencia, no haber sabido comer helado sin mancharme. Pero como siempre, trato de acomodar el defecto a mi favor y le digo que lo hacía a propósito, que era una forma de ir entendiendo que hasta el helado, quintaesencia de lo dulce, puede convertirse en una incomodidad y llegar a doler incluso si tenés dientes sensibles. Y ni hablemos de las caries... Le digo que desde chico sé que no hay que dejarse convencer por un buen momento. Papá insiste con que me deje de embromar y vuelve a preguntar por Rodrigo.

—Bien anda, sobrepasado, como siempre, pero creo que va a salir todo bien.

—¿Podés creer que no me deja invitar a mi camada de Malvinas? Es una locura.

—Es que quiere un casamiento chico, lo sabemos desde el principio.

—Pero son quince tipos mijo, ¿qué te cambia?

—Quince y sus mujeres, o sea treinta. Más los que ya invitás. No sé viejo, es su casamiento, tema suyo.

—¿Pero cómo tema suyo, mi chino? Es mi hijo, ¿cómo no voy a poder invitar a mis oficiales por ejemplo? Además los pago yo.

—Pero estás retirado viejo, si estuvieras en actividad te lo tomo, ¿pero qué te importa que vengan tus oficiales? Si ya ni tuyos son... Además ninguno conoce a Rodrigo.

—No se trata de eso mijo, es un disparate. ¿Y la ropa? Quiere usar una camisa celeste. ¡No es un casamiento si usa camisa celeste! Blanca. Tiene que ser blanca. Y usar corbata celeste y traje azul oscuro. Hay cosas que no se pueden hacer así nomás...

—Me da lo mismo viejo. Esperá al casorio de Juan Cruz que seguro te da todos los gustos.

–Vos no entendés. En mi casamiento con tu madre tu abuela materna me pidió la lista de invitados y no me cuestionó nada, y lo pagaba todo ella. ¡Les puso una limusina a mis viejos para que los buscara y les alquiló *jaqué* a mis hermanos! ¿Y mi hijo no me deja invitar a mis camaradas de Malvinas? Es una locura.

–Ni cree en Dios tu hijo, ni en la guerra, ni en el Ejército. Qué te importa el protocolo si lo que quiere es empedarse y celebrar con amigos íntimos.

–Pero ni barra de tragos quiere poner, una locura.

–Bueno, eso sí, ahí la pifia mal. Sin barra de tragos no es un casamiento.

–Por eso...

Rodrigo, que durante años aseguró que no pensaba casarse ni por Civil ni por Iglesia, primero pasó por el Registro para hacer la unión civil, una especie de salida legal *light*. Pero al tiempo le fue agarrando culpa o vaya a saber qué y decidió –decidieron con su mujer–, hacer todo de manera tradicional. Un día se casaron por Civil y hubo una fiestita. Otro día se casaron por Iglesia y hubo fiestita. Y para otro día dejaron el gran casamiento, la gran fiesta, so pretexto de que fuera algo chiquito. La familia, papá sobre todo, depositó ahí el montón de ideas que supongo se van desarrollando en la cabeza de un padre cuando ve crecer al hijo e imagina que un día puede llegar a casarse. Mamá no chilló tanto. Papá en cambio se volvió un tipo extrañísimo. Durante los días previos cualquier charla desembocaba con una facilidad asombrosa –como ahora– en la lista de disparates que estaba cometiendo Rodrigo. La única manera de salir indemne era cambiando de tema. Pero a mí siempre me divirtió el barro.

–Viejo, lo asombroso es que te retiraste del Ejército hace unos años y estás más conservador que cuando eras milico en actividad.

—Puede ser, no sé. Papá es un boludo, como decías siempre cuando eras chico.

—No, un boludo no, viejo. Un facho a lo sumo.

—Claro, un facho. Papá es un facho. Y a vos la literatura te gusta porque sí. Y tu educación tan progresista la encontraste solo, caminando por la calle...

—No viejo, no digo eso, digo que cuando me diste esta educación eras más abierto. Con el tiempo te fuiste poniendo facho.

—Me fui poniendo viejo. Decir facho es un eufemismo que, en todo caso, te agradezco.

—Sí, facho no, es cierto.

—Papá es un boludo, debe ser eso.

—Bueno, no te pongas en víctima viejo, es una joda.

—Pero sabés que es un tema de mierda el retiro mijo, y me decís esas cosas.

—Es que estoy comiendo helado, no puedo no enchastrar todo. Vos lo dijiste.

—Claro...

—Igual no entiendo cómo puede ser que el casorio de tu hijo o el retiro te conflictúen más que la actividad militar. Parece que te estresa más todo esto que la guerra.

—Sí, vos nomás sabés...

—Ahí te salió el correntino.

—Soy correntino. Y vos, aunque estés tan orgulloso de ser porteño, te aviso que sos mitad correntino también eh...

—Pero si no reniego...

—No... vos nomás sabés.

Termino el helado y vamos juntos a buscar su auto, que quedó escondido en algún lugar del enorme estacionamiento pilarense. Mientras pasamos por la sección colibrí, zorzal y carbonero, le digo a papá que es gracioso, que los espacios públicos en los barrios en los que no hay mayores problemas económicos están siempre divididos con nombres de aves pintorescas. Papá está ofendido porque cree que desprecio su correntinidad y ni me contesta. Le explico una vez más que me encanta Corrientes, y que no hay nada que quisiera más que hacer un sapucay digno, pero que en materia de garganta soy definitivamente porteño. Ahí un poco afloja, y recuerdo que en un rato nos vamos a despedir y me lanzo a contarle un sueño reciente para ver si retomamos la tregua.

—Ponele que te dormís pero apenas se te cierran los ojos, es decir, apenas-amenas, sin vigilia de por medio, sentís que caés de lleno en medio de un sueño. ¿Entendés? Como si fuera un pase de dimensión.

—Como en *Viaje a las estrellas*...

—¿En *Viaje a las estrellas* pasaba eso?

—Sí. ¿O no? ¿O era *El túnel del tiempo*? Seguramente era *El túnel del tiempo*.

—Bueno, es lo de menos, ponele que como en *El túnel del tiempo*. Cierro los ojos y de pronto estoy sentado a la mesa en el comedor diario contigo a una cocina enorme. Hay un mueble viejo manchado de grasa y un ventanal alto que llena todo de luz. Creo que estoy solo, pero de pronto escucho voces interrumpiéndose constantemente y el sonido de una tele que se apaga y se prende. ¿Me seguís?

—Sí, una tele que se apaga y se prende.

—Bueno, abro bien los ojos y veo alrededor de la mesa a mamá, a su papá, y a un pibe que no conozco pero que se parece bastante

a mí aunque más morochón, como si fuera yo de chiquito o una proyección de un hijo que no tengo. Me paro, apago la tele de un golpazo y vuelvo a sentarme. Hay mucha luz, demasiada. Ninguno habla pero todos nos miramos. Al más chiquito se le nota miedo en los ojos, un miedo profundo, sentido, no es miedo a que le peguen un cachetazo o a perderse en la plaza ponele, es otro miedo, más fuerte, trascendental, miedo a algún acontecimiento que, de suceder, cambiaría todo para siempre. Yo le hago caras para relajarlo pero no sirve. Mamá lee un libro y su papá la espía. De golpe el chiquito crece como veinte años y desaparece, no llego a ver en qué se convierte. Ahí entra ella por la puerta.

—¿Ella quién?

—Al principio no la descubro, estamos todos medio encandilados por la luz, pero por su silueta queda claro que es una mujer. Mamá deja el libro en la mesa, mueve la cabeza hacia ella, la mira, la inspecciona, y aunque se le caen dos o tres lágrimas, su expresión no se perturba en lo más mínimo. Su padre, o sea abuelo, se queda mirando el libro que dejó mamá en la mesa. No lo agarra, sólo lo mira con esa intriga menor que nos mantiene levemente atentos pero no afecta al cuerpo, no lo modifica. No se da cuenta de que la situación está tensa. Es decir, a simple vista no habría por qué suponerlo, pero es obvio, algo en el silencio lo denota. Además está el hecho de la desaparición sospechosa del chiquito convertido en hombre... Entonces ella avanza un poco y corta la luz diagonal del ventanal. Un haz intenso se refleja en el marco de sus anteojos y va a parar en mis ojos. Pestañeo, y cuando levanto la cabeza veo que estamos todos mirándola: mamá, abuelo, el chiquito/hombre que volvió a aparecer, y yo. Ella sonríe y avanza otro metro, extiende su mano, nos la ofrece. Nadie acciona. Dudo durante unos segundos y veo que mamá, ya sin lágrimas, le

palmea la espalda a su papá y se va de la sala como una autómatas. Abuelo agarra el libro de la mesa y se desintegra lentamente; casi que puedo ver cómo su piel se va convirtiendo en partículas flotantes, va volviéndose humo hasta que queda ahí en forma de espejismo difuso. Paso la mano por su cuerpo, lo que era su cuerpo, y barro su reflejo con la palma. Lo empujo hacia la ventana. Soplo, casi que lo escupo. Ya no hay abuelo y descubro en la cara del nene/hombre los rasgos de Rodrigo, que lentamente se transforma en perro. Le hablo y no me contesta, no me escucha. Le grito, desembucho a toda velocidad las mil conversaciones que tenemos pendientes y nada, ni me mira. Casi rendido le suplico, le recuerdo que habíamos quedado en tal o cual cosa y que aún nos falta tanto cine, tantos libros, tantas series. Pero es en vano. Se acerca a la mujer y le lame la mano con devoción. Sólo entonces, cuando veo los restos humanos en los ojos caninos, descubro que el chiquito/hombre/hermanomayor la conoce... Ella le pone una cadena y lo da vuelta, ni me mira, sale de la cocina y se lo lleva despacio. Mientras se van alejando, la espalda de ella se encorva, le salen pelos a través de la ropa y de pronto es otro perro al lado de mi perro-hermano, y la cadena que antes llevaba en la mano ahora cuelga de su cuello y lo une a él. Me quedo solo en medio de la cocina pensando en esa mujer, en Rodrigo y en la sogas que los une. Me pregunto si volverán y espero. No sucede. Cada tanto los escucho ladrarse, es un sonido lejano y gutural, un ladrido más de esclavo que de perro, o no de esclavo, de prisionero, un ladrido de prisionero que se va apagando débilmente hasta convertirse en el recuerdo lejano de las discusiones que no tuve con ninguno de los dos y que ya no voy a tener porque ahora –tal es la entelequia– no existe ninguno de los dos, ni tampoco existo yo. ¿Entendés?

–Claro que entiendo mijo, claro que entiendo...

Cuando el chico se despierta de su siesta involuntaria se da cuenta de que los sueños son siempre una metáfora demasiado burda de las muchas maneras en que uno trata de contarse y entenderse a sí mismo. Y no le gusta que sea entre símbolos no elegidos por él donde se jueguen ciertas despedidas; entonces se dispone a la acción por más que no le guste y decide salir a la calle. Va al chino de la vuelta y compra un jabón, un detergente y dos boludeces más, así de prosaica es su vida cada tanto. Paga con 50 y cuando le dan el vuelto el chico dice *shieshie*. *Shieshie* es gracias en chino. La cajera se queda mirando. No sabe si se están burlando o si el cliente habla chino. Como sea, el chico se va poniéndole cara de bueno, para que sepa que no era una burla. En la calle se topa con un pibe que le pide un mango para la birra. ¿Un mango? –le pregunta–, y le dice que un mango no le sirve para nada. El pibe se descoloca. “*Y bueno loco, si me das más, todo piola*”, dice.

Ahí el chico rinde un culto a sus épocas de viajero, o a los viajes a secas que quiere recordar como época, y hace lo que hubiera hecho si le pasaba en Birmania. Entra al chino otra vez y compra una cerveza de las buenas. Cuando la va a pagar se da cuenta de que le falta un peso. Y lo mira, al amigo, al pibe, y le pregunta si no tiene un mango para la birra. Se caga de risa. Se acerca, le da el peso y ahí ve la cerveza. “*Eh loco, ¡vos sos alto careta!*”, le dice. Obvio gordo, qué te pensás... –le responde el chico, convertido en cheto–, y el pibe se vuelve a cagar de risa. Ahí se descubre su cualidad: todo lo hace cagar de risa. Es decir, todo lo que le causa gracia se convierte

indefectiblemente en carcajada, no tiene puntos medios: o es una piedra o se revuelca en el piso sin importar que el chiste sea más bien normalito.

Como sea, salen y el chico abre la cerveza con la botellita del detergente. El gesto impresiona al amigo, al pibe, y un poco enva-lentonado el chico lo invita a que se sienten en el cordón.

El pibe le cuenta sobre su vida. Ex cartonero. Actual desempleado. Veinticuatro años. Alguna vez estuvo adentro. El chico le pregunta por la vida en la cárcel, cómo pasaba el tiempo. “*Uy*”, dice, “*se demora un montón*”.

La frase queda sonando. “*El tiempo se demora un montón*”. Una frase normal, puede ser, pero pronunciada así, por la voz de ese pibe... El periodismo o la literatura, piensa, es un poco eso: saber escuchar las voces de la gente, estar atento a cuando aparece la imagen poética. No importa quién habla, la sabiduría, el arte, la poesía siempre aparecen si se las sabe buscar. Pero esto no se lo dice, primero porque el discurso le parece un poco cursi y segundo porque el tipo bien podría mandarlo a la mierda por convertir en verso su descripción del tiempo adentro.

La cosa sigue fluyendo. Le cuenta cómo fue la primera vez que lo apuraron a pelear, que desde el primer día estaba esperando que lo fueran a buscar. “*Y me tenía que plantar. Si no te plantás ahí, sos el juguete de ellos*”.

No pasa mucho más. La cerveza se termina y el chico ya no tiene plata. El pibe propone que vayan por otra, que se las fíen. Pero la china no les fía. Entonces el pibe le dice al chico que es obvio que es por su culpa, que así vestido él no le confiaría ni el saludo. El chico se mira a sí mismo, parece un linyera, lo hace feliz parecer un linyera, la barba larga, el pelo para arriba, caspa. Y se ríe y manda al pibe a cagar, con humor, le dice que vuelva a las canchas, que se

junte unos cartones por la calle e invite la próxima. Ahí le viene la carcajada.

—No loco, yo ya dejé. Yo ya no trabajo, ¿para qué?

—Para invitar una birra, lacra.

—No guacho. Para eso estás vos.

Se ríen los dos y se hace de noche. El chico dice que se va para la casa y se despiden. Cuando llega a la computadora se da cuenta de que tiene más caspa que hace mucho tiempo, el teclado está bañado de blanco, como nevado. Se toca el pelo, realmente parece un linyera, o un linyera al tacto. Y piensa que puede seguir escribiendo sin culpa, que finalmente logró despojarse del amor propio que aleja la sinceridad, porque cuando nos queremos demasiado —piensa— nos protegemos, nos vestimos bien, nos mostramos lo más perfectos posible, para que la insatisfacción sea íntima. Pero cuando de pronto salís a la calle porque estás encerrado hace horas mirando para atrás en una pantalla, y te encontrás con que todavía pasan cosas, cosas que no dependen de tu relativa prolijidad o de tu sagacidad para interpretarlas, entonces la realidad cambia completamente. Esas mismas calles se vuelven una aventura, una montaña rusa en la que un simple encuentro con una cajera china puede derivar en epifanía. Y salís más todavía. Más, porque hay algo que no viviste y estás capacitado para hacerlo. Y necesitás contarlo, como ahora, como en este instante en que frente a la computadora se olvida de bañarse o de mirar qué hacen los otros y recupera este encuentro, esa cerveza compartida con un tipo que de algún modo se convierte en su reverso: alguien que vivió lo suficiente como para no tener que contarlo, que creció sin mediar palabra. Y se pregunta si no habrá desaprovechado la oportunidad, si no tendrá que salir a buscarlo y preguntarle cómo hizo. Porque el tiempo, ahí adentro, también suele demorarse un montón.

Lo curioso es que nunca antes había pensado en la figura del divorcio como el suceso en el que la madre se separa del padre. Para mí siempre fue el momento en el que mi papá se tuvo que ir de casa y nosotros empezamos a vivir solos con mamá mientras mi viejo se las rebuscaba entre una casita de alquiler y otra, o era de pronto destinado a una misión de paz en los Balcanes. Recién ahora puedo pensar con cierto equilibrio. Cuando mi viejo se fue a Malvinas mi mamá, veinteañera caprichosa con un hijo de un año en la cuna, sentía que no era una obligación la de ir a las islas sino una elección, una decisión pensada y meditada a través de la cual mi papá –que todavía no lo era– elegía meterse en la guerra y dejar a su mujer y su hijo solos. Claro que mi vieja no había hecho demasiado en su vida más que vivir unos meses en Comodoro Rivadavia y bancarse a una hermana demasiado rockera y consumidora que, de algún modo, representaba el único vértice oscuro de su vida. Durante los años anteriores al casamiento estudiaba psicología en la UBA, viajaba a Europa con amigas y salía cada tanto a las discotecas de moda. Andaba siempre con un número de teléfono en la cartera y si la detenían los milicos por algo en particular, ella les daba ese número (de un amigo de mi abuela), y los militares probablemente la dejarían ir sin demora. Yo no sé si alguna vez tuvo tiempo de replantearse ese privilegio, o si alguna vez llegó a discutirse la concepción de tranquilidad, porque en ese entonces su vida era tranquila. Claro que el tiempo pasó, ella se enamoró de un milico que resultó ser mi viejo y a los pocos años de la fiesta él tuvo que irse, o eligió irse, o tuvo que irse aunque

igual lo hubiera elegido, a Palomar, para subirse a un avión y despegar hacia Malvinas.

La cosa es que mi vieja se quedó sola y enojada, y aunque le hizo una bufanda de regalo y le dio, calculo, muchos besos y muchos abrazos y le habrá deseado toda la suerte del mundo mientras lloraba, la verdad es que un par de años después, ya pasados no sólo los bombardeos sino también los traumas, ella de pronto descubriría que había sido demasiado infantil y demasiado ingenua, y que el no haber sabido nada de la vida la hizo, tal vez, actuar como todas las personas tontas de este mundo: queriendo siempre al hombre que el compromiso asumido dice que hay que querer. Yo, en ese entonces de lucidez de mi vieja, ya había nacido y, si bien dudo haber tenido algo que ver en el descubrimiento, sí creo que aporté bastante a acrecentar la culpa que esa misma revelación le dio. Y una vez más, como siempre, no sé si esto fue así o si son mis sentencias las que vienen a fundar la historia. Sé, sí, que mamá quiso mucho a papá. Sé que durante años estuvo casada con un tipo que había vuelto de la guerra y que tenía demasiados traumas como para dormir sin el temor de que los aviones de Austral o de Aerolíneas le tiraran encima las bombas que no acertaron los ingleses. Sé que papá transpiraba demasiado en la noche y que hablaba solo o vaya uno a saber con quién, que su sonambulismo tenía color de trinchera y que un par de esquiras y pedazos de helicóptero eran su salvavidas del mundo, su pequeño tesoro nefasto que guardaba como el oro dentro de una cajita de cartón. Sé que mamá habrá intentado enamorarse una y otra vez del héroe que tenía al lado, pero sé también que los héroes son unos seres insoportables que no están destinados a la tenue felicidad familiar.

Papá tardó años en aprender a ser un tipo normal, y entre medio mamá dejó de quererlo. Se divorciaron porque alguno de los dos fue lo suficientemente lúcido para ver lo que estaba pasando. ¿Qué

estaba pasando? La verdad es que no lo sé, pero voy en reversa y no encuentro otro orden posible de acontecimientos. ¿Es la separación un acontecimiento? ¿O es tan sólo un desencadenante? A los pocos meses de recuperar su soltería, papá fue enviado nuevamente a la guerra, aunque esta vez era una guerra ajena, una guerra a la que sí decidió ir.

/ 12 /

Hay dos caminos, dice Ignacio, que ya llegó a la casa del chico. Uno, el del caballero inexistente, que a fuerza de voluntad logra ser, aunque bien sabe que no es. Ese sería yo, que quiero salir delante de mi separación creyendo que puedo y dándole entidad a lo que estoy dejando atrás, por más que no sea la gran cosa. El otro camino es el tuyo, que es también el del escudero: hacer como que no son, como que no existen, tanto que realmente llegan a olvidarse de que sí son. ¿Entendés? Se convencen de la inexistencia, si no de la de ustedes, de lo que los rodea.

El chico lo escucha con cierta distancia, porque conoce los vicios de su amigo Ignacio: cada vez que lee un libro nuevo trata de adaptar la realidad, cualquiera sea, a lo que él interpretó de ese libro. De todas formas le sigue la corriente porque acaba de llegar y sabe que si se pone firme de entrada lo pierde, es decir, lo empaqueta y es como si no estuviera. Tampoco sabe si quiere que esté, pero tardó tanto en llegar que supone que sí. Así que le sigue la corriente y le dice que él también es como el caballero inexistente, en todo caso porque intenta, a fuerza de voluntad, ser algo que sabe que no es. Que en realidad los dos personajes son el mismo, lo que cambia es la manera de escribirlos. Ignacio le dice que no, que cómo puede ser

lo mismo un tipo que es que uno que no es, y el chico dice que da lo mismo porque a la larga ninguno de los dos es, que las únicas personas que son, son las que son. Pero Ignacio no se convence. Está confundido, eso no lo niega, pero sigue sosteniendo que sostiene lo que sostuvo al principio. El chico se divierte. No tiene la más puta idea si lo que dijo es coherente o no, pero sabe que Ignacio es de esos que se pierden más en la construcción de las frases que en su contenido, y siempre tiene la mitad de las discusiones ganadas.

Al rato le pregunta cómo está.

—Bien, qué se yo. Viste...

—Sí, es duro.

—Sí.

Los dos se quedan callados e Ignacio propone ir a comprar algo para comer. El chico acepta y se viste. Salen. En la calle hay unos faroles rotos que de todas formas, en parte por la luna y en parte por el eco del sol, no son del todo necesarios para iluminar la ciudad. Ignacio propone comprar una pizza en un bar. En el camino al chico le suena el teléfono. En la pantalla ve un globito titilante que prefiere ignorar. No sabe quién le escribe pero teme, con muchísima inteligencia, que nada bueno puede venir de un globito titilante. Ignacio insiste en que mire de quién es el mensaje. El chico le dice que es una notificación del Muro, que ahora también le manda mensajes al celular. Ignacio le dice qué moderno. El chico asiente con pesar, porque sabe que es moderno, eso es innegable, pero a su vez no le cae bien de sí mismo ese *aggiornamento* total que tiene con la tecnología. Ignacio vuelve a insistir.

—Fijate de quién es.

—¿Para qué?

—Para saber de quién es, para qué va a ser.

–Pero no quiero saber de quién es, si no, me hubiera fijado, eso es obvio. Si no me fijo ¿por qué va a ser?

–Porque querés saber de quién es pero querés saberlo lento, como si alargar la espera fuera alargar el resultado.

–No, no quiero saberlo.

–¡Ves! A fin de cuentas sos como el escudero.

–Y vos para ser un caballero inexistente sos bastante hincha pelotas.

Los dos se ríen un poco y entran a la pizzería con la idea de pedir una mitad napolitana, mitad provolone, como siempre hacen para democratizar las preferencias. Ahí sucede un hecho luminoso: a Ignacio se le ocurre que mientras él espera, el chico puede ir a comprar una coca y unos cigarrillos al kiosco. El chico acepta y le dice que lo espera en la casa porque seguro la pizza va a tardar más. Ignacio dice que no, que compre y vuelva, pero el chico ya decidió que lo va a esperar en la casa. Va al kiosco. El hecho luminoso llega recién ahora. Mientras pide la coca cola y el paquete de cigarrillos, el chico ve acercarse a una mujer hermosa. Su total falta de realismo de los últimos meses lo hace mirar rápido al kiosquero y pedirle que cambie los cigarrillos por cigarros. Nadie sabrá nunca si hubo matemática en la maniobra. La chica se pone al lado suyo y pide unos chicles. El chico piensa que si tuviera la potestad de elegir el nombre de ese personaje la bautizaría “la chica más linda del mundo”. Sabe por supuesto que esa chica no es la más linda del mundo, ni siquiera es la más linda del país o del barrio, o eso es poco probable al menos (y además ni sabe de qué barrio es, pero eso es otro tema), la cosa es que le gustaría bautizarla así para convencerse, primero por vanidad, después por lógica y finalmente por conveniencia, de que esa chica llegó a su vida para sacarlo del conflicto. No pasan sin embargo más de tres minutos que el conflicto ya está de nuevo ahí,

materializado esta vez en una mujer hermosa, es cierto, pero igual o tan lejana como la anterior. Esa chica, *la chica más linda del mundo*, le regala una sonrisa al chico, sí, le responde con cordialidad ante el piropo torpe que ensaya, también, pero después le dice algo de un novio que la espera y se retira. Es maravilloso cómo se retira: hace dos pasos y se esfuma en el aire, así, como en una película, uno, dos y chau. El chico vuelve a quedar solo en la calle y se da cuenta de que todo el optimismo del que es capaz no sirve ni para sopa ni para cuento, apenas le es práctico –y hasta ahí– para tener la sensación de que la felicidad puede amagar con entrar como por arte de magia de la mano de un personaje sorpresivo. Pero su optimismo –todo el optimismo del que es capaz, dijimos–, no supera siquiera el párrafo. Ahora, sin ir más lejos, ya ha perdido ese aliento fresco.

Vuelve a su casa y se sienta a esperar a su amigo. Busca la bolsa del kiosco y se prende un puro por pura pose. Lo hace, además, para obligar la cacofonía, que ni siquiera es tal. Vuelve a la máquina. El Muro ahí. El mensajito titilante de la chica, Clara, la foto perversa en la que sale más linda de lo que es, como si supiera que así tergiversa la memoria del chico, que la recuerda sumamente imperfecta pero prefiere quedarse con esa versión lomo film que le resalta las pestañas. Los duelos, cuando suceden en el Muro, se parecen bastante a los duelos de las comedias románticas: mientras uno la recuerda aparece la foto perfecta de aquella tarde, mientras uno piensa en qué andará la chica ella lo cuenta en simultáneo, mientras uno la imagina cantando el blues que no llegó a ser de los dos pero podría haberlo sido, ella lo sube en forma de video para que todos, sin distinción de jerarquías, vean cuán de nadie es ese tema. Y es que lo que hace años se curaba con ausencia hoy se resuelve con empacho. La resignación es más importante que el olvido, el chico lo sabe, y piensa en lo olvidado del olvido, corrido del lugar preponderante que tenía en las relaciones de antaño. ¿Cómo

dejamos de querer aquello que nunca se pierde de vista? El chico piensa que no hay salida y se pone a escribir frases en una hoja. Con los minutos esas frases se convierten en párrafos. Vuelve al Muro. La gente suele escribir ahí lo que piensa. Pero nota, en los últimos tiempos, que además hay un grupo grande de personas que, aunque conocedoras al extremo de las reglas del Muro, ha desarrollado un curioso sistema de señales por ausencia. Es decir, conforme la gente se fue exponiendo más y más, contándolo todo y también el resto, esta otra gente se va reclusando. Siguen ahí, por supuesto, pero su valor –porque sobre todo son muy valorados– reside en que ya no dicen nada. Ya estuvieron ahí, ya lo dijeron todo, lo mostraron todo, lo comentaron todo; ahora no. Ahora crecen hacia el cielo empujados por el viento celestial del silencio. Le causa gracia al chico, porque es todo muy contradictorio, pero se pregunta si no será una evolución de la especie. Y se pone a fantasear. Piensa y piensa y piensa mientras la gente, del otro lado del Muro, se distrae diciendo. Y cita de memoria: el pensamiento no empieza en la boca. Pero no lo escribe, se lo guarda. ¿Y si todos hicieran lo mismo? ¿Si citaran infinitamente las oraciones necesarias y se las guardaran en la intimidad? Es decir, si las citaran sólo como un susurro inaudible que no tiene ningún sentido, como las frases que releemos en voz baja para fijar en la memoria. ¿No sería, acaso, más lógico? Un Muro como de espejos que nos recuerda quiénes somos pero no se lo muestra al mundo, porque si lo mostrara sería corregido, adaptado a un avatar perfecto. Y la adaptación es el karma. El chico de pronto está embalado: uno tal vez nazca para tejer telarañas, pero con seguridad no lo hace para escapar de ellas. Y piensa que ese pensamiento, que no nació en la boca pero sí, tal vez, muera en la boca, es un pensamiento de lo más lógico, un pensamiento que va a ir inundando las cabezas una a una hasta que todos, de pronto, se cansen de la exposición y decidan recluirse en una red social donde se pueda contar lo que se hace con la única condición de que na-

die se entere. Algo así como un diario íntimo, o exactamente eso, un Muro con las condiciones del Muro pero al que nadie accede. El valor entonces va a ser tener deseos, secretos, fotos, ideas y sentimientos que nadie va a poder ver. Claro que habría tan sólo un problema: ¿cómo distinguir, entre tanto silencio, quiénes deben ser populares y quiénes no?

El chico resuelve que no hay respuesta, o que no la hay hasta el momento, o que si la hay a él sinceramente poco le importa porque la verdad, la verdad la verdad, está pensando en todas esas cosas porque no quiere pensar en el mensaje titilante que, como una promesa inequívoca de tempestad, sigue latiendo en la pantalla del Muro.

/ 13 /

Es probablemente el único recuerdo traumático de mi infancia que nada tiene que ver con el divorcio. Fue antes de mis diez pero después de mis ocho. No sé por qué me recuerdo en vacaciones. Mamá no estaba en casa y yo, como siempre que podía, miraba tele en su cuarto. Me sentía poderoso cada vez que la única cama grande de la casa estaba libre. Mirar tele desde ahí era como ser grande. Y ser grande era, a su vez, tener derecho a dormir en cama doble. Algunos fines de semana mamá no estaba y con mi hermano nos disputábamos el trono. Queríamos dormir ahí, en la misma habitación en la que había fracasado el matrimonio. Y ese día, a mis nueve supongamos, yo estaba ahí comiendo y mirando tele. Hacía pocos días mamá había aparecido con un perfume nuevo que venía en un envase como de cristal. Algo *como de cristal* era para mí algo de cristal, la quintaesencia de lo valioso.

No me acuerdo la maniobra. Habré bajado de la cama de manera torpe y golpeé la cómoda. Habré querido abrir la ventana, pude haber estado buscando plata, no recuerdo. La cosa es que mi mano por algún motivo sacudió el perfume y el cristal, en carrera veloz al suelo, se partió en varias decenas de pedazos.

No hubo mucho que pensar. Nadie me vio ni me escuchó. Me puse una pantufla y fui barriendo con el pie los pedazos. Prolijamente los escondí atrás de la cómoda. Me fui a mi cuarto y seguí jugando como si nada. Pocas cosas en la vida me dan más vergüenza que ésta.

A los pocos días escucho a mamá preguntándole a Cristina por su perfume. Cristina no trabajaba siempre en casa, venía cada tanto y hacía suplencias. No debería tener más de veintitrés años. Mamá vuelve a preguntar por el paradero de su perfume. Cristina le dice que no sabe. Mamá le dice dónde lo había dejado, Cristina insiste en que no lo vio. Comienza el operativo y mi vieja encuentra atrás de la cómoda los restos de vidrio. Se la ve realmente triste. No me puedo acordar bien qué era esa especie de cristal que destruí, no estoy seguro de que fuera un perfume. Cristina dice qué lástima, señora. Mamá la mira. Nos llama a los tres hijos y nos pregunta si nosotros habíamos roto el coso ése. Juan Cruz niega. Rodrigo niega. Yo también niego. Mamá mira a Cristina, le dice que por qué no le dijo, que un accidente podía pasarle a cualquiera. Cristina niega, le dice que ella no, señora, que ella no. Mamá le dice que somos los únicos que estuvimos en la casa, que no va a desconfiar de sus hijos. Cristina dice que puede haber caído con el viento, con la ventana, con el perro, pero que ella no tuvo nada que ver. Mamá no toma medidas al respecto, pero le expresa claramente –se lo expresa delante nuestro, se lo expresa mirándola a los ojos– que no le cree, que la considera culpable y que le indigna que además no lo confiese. Cristina se mantiene firme en su verdad, pero no se indigna.

No me puedo acordar la cara porque no me animé a mirarla, pero sé que no se indigna, que lo acepta de algún modo como parte de su oficio, la apropiación de la sospecha, pero sostiene a rajatabla que ella no fue. Creo que al final se va llorando de la habitación. Yo me quedo mudo. Durante todo el día pienso en decirle a mi vieja que fui yo. No lo hago, por miedo y por vergüenza. Con el correr de los días la posibilidad de confesión se volvió cada vez más peligrosa. El tema había crecido y los comentarios de mis hermanos me hacían pensar que si confesaba no sólo el crimen sino el silencio ante la injusticia los iba a decepcionar para siempre. No podía, aunque quería confesarlo no podía. Cristina terminó su suplencia unos días antes. Se despidió de mí cariñosamente, como si fuéramos amigos. Se fue sin que pudiera pedirle perdón. Mamá se alegró de que no trabajara más en casa. Cada tanto volvía a hacer comentarios rencorosos. Yo seguía callado. Y después crecí. Durante algunos años logré vestir el recuerdo de travesura. Sabía sin embargo el peso que estaba teniendo sobre mí. Muchas veces, a los doce, a los quince, a los dieciocho, a los veintidós, muchas veces quise juntar a la familia y contarles que había sido yo. Quiero hacerlo todavía hoy. No creo que vaya a sanar nada. No creo que mi purga le haga llegar las disculpas a Cristina. Siento de todas formas la necesidad de confesarlo. Es la primera vez que lo escribo, y esta confesión antecede a la confesión real que no sé todavía si me voy a animar a hacer. La vergüenza y la culpa fueron creciendo exponencialmente. A veces pienso que por ese trance que le impuse a Cristina es que me impongo a mí mismo ciertos dolores que no me corresponden. Es una exageración típica de los que hablan de psicoanálisis sin saber nada al respecto. Lo justo sería decir que aprendí a vivir con la culpa y no sólo eso, aprendí a borrar esa culpa y hacer como si nada, como si no supiera que por mi carita de nene y condición de hijo encaminé a mi vieja a un acto de discriminación profundo, no basado en sus prejuicios hacia Cristina sino en su total confianza en su hijo. Yo y mis amigos, y los otros nenes bien

que no conozco de mi generación y de las otras, todos sin excepción cargamos sobre otros las culpas de nuestras deficiencias o travesuras. Y el precio, aunque nadie repare en pensarlo, es un sistema establecido de condenas sin juicio. Es tarde ahora para salvar a Cristina de la bronca que habrá sentido. Ese es el problema hoy por hoy: que el pasado cuando se pierde no ofrece revisiones más que en la conciencia. Como si la conciencia, mi conciencia, valiera algo. Por otro lado sí creo que contar lo que pasó es como crecer, dejar de esconderme en esa escoria circunstancial y someterme al reinicio de la vida, a la adultez. Porque la adultez es como una semilla que se planta en el momento en que nos damos cuenta –y se lo decimos a nuestras madres– de que los hijos también mentimos. Y esas mentiras, mínimas pero infinitas, son las que un día nos hacen sentir solos, mudos, demasiado miserables y demasiado esclavos de unas pocas decisiones mal tomadas o cobardes.

/ 14 /

Ahora el tipo se da cuenta de que una vez más está esperando a Ignacio, que o bien llega siempre tarde o bien él lo espera siempre demasiado temprano, sobre todo cuando tiene que llegar con la pizza. De todas formas poco le importa. Aprovecha el silencio nuevamente y, para evitar el Muro, para evitar el mensaje titilante, se detiene a pensar por qué encuentra en ella, o en la ausencia de ella, una vinculación tan evidente con la soledad. Se da cuenta de que las cosas tienen distintas medidas y que si bien a veces se convierten en historias reales, en sucesos que indiscutidamente pueden quedar en la memoria para siempre, otras veces no, otras veces son simples hechos aislados cuya trascendencia depende puramente de la interpretación. Siempre supo, además, que el amor es psicológico y que

mientras algunas biografías funcionan por densidad, por el peso específico de ciertos sucesos, otras lo hacen por cantidad. La suya, claro, es de éstas. Y piensa que tiene toda la lógica preguntarse qué es estar solo por el mero hecho de no estar, de no lograr estar, con una chica a la que apenas conoce. Y por momentos cree que asumirlo así es madurar, y por momentos que cuando realmente madure va a mirar para atrás y se va a reír de estos días y estos pensamientos.

Sin embargo, y a esto no puede escaparle, vuelve a recapitular los pocos incidentes que lo dejaron así. Al cabo de dos años tienen lo que se dice una relación profunda –o lo que eso suponga–, pero a él no le alcanza y decide patear el tablero. Se compra un pasaje a Europa y se va, bien lejos, como hacen los hombres verdaderamente espontáneos. Piensa que debe ser uno de éstos para merecerla, hacerse hombre y ganar, a fuerza de autoconfianza, la espontaneidad de los idiotas. Y cree también que debe hacerse hombre para tener deseos más reales. O que debe hacerse hombre a secas y recién entonces, cuando vea de qué trata todo eso, ponerse a pensar alternativas.

Alternativas, repite para sí, y mira los muebles de su casa, la quietud en que éstos esperan las resoluciones, el desorden algo salvaje y algo violento hacia lo que fue mutando su propia insatisfacción. Y sigue recordando los eventos, pero ya no les ve la lógica con la que los llevó a cabo en su momento. Ahora recapitula y piensa que en verdad era un chico aburrido de Buenos Aires que quería tener algo que contar y se fue de viaje, que ese vuelo *espontáneo* a Europa no tuvo nada que ver con ella ni con su propia hombría, aunque sí tal vez con la situación de privilegio en la que creció y a partir de la cual, justamente, se pudo empezar a permitir ciertas tribulaciones. La insatisfacción espiritual, cree, de pronto lo cree muy firmemente, es el placebo de los que nacen sin problemas. Mientras que su opuesto, la fe, la religión, la convicción, son el único remedio de los desesperados. ¿Pero él no está desesperado? ¿Yo no estoy desespe-

rado?, se pregunta. Y vuelve al ejercicio de la memoria, porque su única desesperación, honestamente, es que las horas sigan pasando.

Durante un tiempo, apenas arranca el viaje, deja de escribirle. Ella tampoco lo hace. Recorre Alemania, Polonia, los países bálticos, Finlandia. Al mes llega a Rusia y se siente muy feliz e invencible. Vuelve al hotel después de una excursión por los lugares importantes en la vida de Pushkin y le escribe una carta a ella contándoselo. Con el tiempo la relación epistolar vuelve a la misma frecuencia que antes. El sigue de viaje, ella transita los últimos meses de un noviazgo. Se van haciendo grandes a la distancia, ajenos el uno al otro. El viaja en el transiberiano y conforme se adentra en la Siberia va sintiéndose más hombre, finalmente, más invencible todavía. Después conocerá Mongolia, China, Birmania. Muchos países y muchas ciudades. En un momento se llega a convencer de que conoce el mundo entero, y sabe que es una tontería pensar eso, pero lo siente. Habla con extraños y ya no le da miedo que lo maten. Sí la muerte, que está siempre ahí, pero no que lo maten. Ella trata en Buenos Aires de convertirse en artista, pero la condición mínima de sus conflictos atenta contra su inspiración. Se pelea con el novio, a quien sigue queriendo como el primer día. Una vez por mes o dos le escribe una carta a él, que sigue recibíendolas con la misma alegría de siempre, pero sin especulaciones.

Una vez ella le cuenta una anécdota muy simple de la que él nunca se olvida. Iba a la facultad y, mientras bajaba las escaleras del subte, vio que el tren ya estaba en la estación. Aunque no estaba apurada, le pareció que era fundamental tomar ese tren y no esperar el próximo, que una falta de sincronización tan mínima como ésa podía condicionar todo el día, y entonces bajó corriendo, salteándose escalones para llegar más rápido. Lo logra. Entra al vagón con el aliento contenido, pensando que en el mismo instante en que finalmente esté adentro, las puertas se iban a cerrar con tal justeza

que, otra que Indiana Jones, todos los pasajeros la iban a aplaudir admirados. Pero no sucede, claro. Ella entra al tren de un salto pero las puertas siguen abiertas de par en par, el transporte no se mueve, no suena la chicharra, nada. Y pasan los segundos, los minutos, y ella siente que los otros pasajeros la miran, sí, pero no con admiración sino con cierta pena, una pena menor, sin dudas, más bien recargada de gracia, porque eso que estuvo por convertirse en hazaña terminó siendo comedia. Y toda mutación involuntaria es un tanto patética. El relato no ahorra detalles. Le dice que se quedó ahí parada sintiéndose una idiota, que podría haber bajado de lo más tranquila y entrar como cualquier hijo de vecino, pero el apuro, el vértigo, o vaya a saber uno qué, la hizo lanzarse al escándalo. Y le dice que pensándolo bien es culpa suya, que de tanta aventura por el mundo que le cuenta la obligó a ponerse a la par en Buenos Aires.

El chico lee la carta desencajado de la risa. No sabe si realmente corresponde tanto entusiasmo, si es o no desopilante, pero lo mismo da. Lee y responde. Le cuenta que él también pasó por eso, quién no, y le dice que entrar corriendo a un subte que no está por irse es como esperar a alguien que no está por llegar: no tiene sentido pero es inevitable, nadie sabe cuál tren está por salir y cuál no. Y ella, que suele hacer caso omiso a las constantes indirectas de él en busca de complicidad, esta vez no lo esquivo: *“Pero uno sí sabe, inequívocamente, cuál tren está por llegar. ¿O no? ¿O vos no ves las luces que vienen de frente?”*.

/ 15 /

Ninguno de mi curso recibía cartas en ese entonces. Esos sobres eran, o bien los contenedores de papeles que esclavizaban y amargaban a los adultos, o bien un recurso lerdo para decirse cosas sin

interrupciones. O un mero gesto, algo vedado al imaginario de la infancia. Nadie recibía correspondencia. Salvo, claro, ciertas veces, yo. Papá estaba en la guerra de los Balcanes con Naciones Unidas y no podía, por cuestión de logística y tiempos, llamarnos muy a menudo. En cambio nos escribía cartas que mandaba a nuestro colegio porque siempre había alguien para recibirlas. La primera vez que entró la secretaria y dijo que tenía una carta de mi padre para mí me dio vergüenza, me parecía que más tarde o más temprano eso se iba a convertir en un elemento de burla insoslayable. Pasó todo lo contrario: recibir una carta me cubrió de respeto, me hizo ver más grande ante tanto chiquito desprovisto. Con el tiempo logré tener más o menos calculado el tiempo entre carta y carta. Sabía cuándo estaban por llegar. Esas semanas eran de una ansiedad tremenda: cada vez que entraba un preceptor al aula yo me ilusionaba pensando que venía a darme la carta. Eran más las veces que me desilusionaba que las que acertaba, pero cuando finalmente decían que tenían algo para mí, y atravesaban el curso para dármela delante de todos mis compañeros, era mágico. Durante años la cosa siguió igual: nadie recibía cartas pero yo sí, y en ellas había un montón de aventuras y promesas de regalos. Desde ese entonces a hoy esos pequeños sobres que van de acá para allá cruzando el mundo son como mi pequeño secreto, el único lugar en el que el ruido no me atora. Pero claro, todas las alegrías de la infancia con el tiempo se van volviendo nostalgia. Durante toda mi adolescencia buscaba excusas para mandar cartas. No tenía ni a quién ni por qué. Apenas cuando íbamos de vacaciones asomaban algunas excusas, pero se desvanecieron pronto con la llegada de los mails. Mandar una carta se volvió tonto incluso para mí, que no buscaba comunicarme sino sólo utilizar la herramienta.

Pasé años buscando la manera de que la necesidad epistolar tuviera lógica en mi vida. Buscando destinatarios dignos y alejando-

me de ellos para verlos crecer en la distancia, para desenmascararlos con mi fuga y retenerlos después con epístolas teatrales que me muestren hombre, que me muestren valiente, que me muestren sensible, loco o deforme. Las cartas se volvieron la excusa de una compulsión a viajar y el método perfecto para no terminar de ser nunca alguien definido.

Cuando conocí a Clara ella venía de un viaje y yo estaba planeando el mío. Éramos, aunque me di cuenta después, dos pretextos perfectos el uno para el otro. Yo le ofrecía continuar su inercia, verse reflejada en mis aventuras, sentir el movimiento como propio. Ella era el puerto, el motivo necesario no sólo para mandar las cartas sino para atravesar el mundo entero y reconquistarla.

Poco tiempo después, anclado sin darme cuenta, empecé un viaje por el mundo. Me cuesta aceptar el viaje como un síntoma. A cierta edad y en cierta posición social, pareciera que las respuestas originales para los problemas más variados son siempre las mismas, una moda. La aventura iniciática es una de ellas. Los motivos cada uno los acomoda como más le parezca, pero la solución –como el jean elástico o el corte de pelo rapado a los costados y largo al centro–, es sistemáticamente la fuga en busca de la verdadera revelación. Una moda. Los chicos crecen –crecemos– a merced de una moda. Como sea, ya enamorado de mi propia imagen de Kerouac o de Marco Polo, subí a un avión y aterricé en Europa. Pensaba en Clara, en la manera en que a ella le gustaría que decodificara mis impresiones, pensaba en los bares *hipsters* de Berlín que le encantarían y que yo, consciente del total desagrado que me provocaban, recorría para poder contárselo, porque tengo la manía de ver un sentido profundo en aquello que es valorado por los otros antes que por mí.

Después de recorrer Alemania y Polonia llegué a Lituania, con la única expectativa de poder hablarle de un país que por seguro

ella ni sabía que existía. Me instalé en un hotel moderno de Vilna y me puse a escribirle la primera carta. Estaba de nuevo en el ruedo de lo que se dice a la distancia, jugando con posibilidades de palabras que tal vez, si eran las correctas, podían modificar algo de la realidad. Ahí con mi birome mirando una hoja gastada en donde depositarlo todo, porque siempre creí que la única posibilidad real de enamorar a alguien es por medio de una carta. Mister Darcy le confiesa a Lizzy Bennet que no es el monstruo que parece. Werther no es sino la pasión que derrama en las cartas. El amor de Florentino Ariza vive porque de un lado a otro las otras cartas siguen fluyendo incluso en los tiempos del cólera. Y yo, con Clara en la cabeza y perdido en Lituania, por primera vez no sabía qué decirle. Me esperaban muchos meses de viaje y todavía no llegaba esa experiencia reveladora que me autorizara a volver renovado. Era absurdo, miraba para adelante y planeaba cada cosa que debía suceder: primero tal exceso, después tal aventura, acá un trauma, una decepción, a los seis meses dudas, un país budista que acomode las jerarquías, empezar a pensar la vuelta, empezar a pensar el tipo de cartas de la etapa en la que empiezo a pensar la vuelta, entregarme a lo que sea que acontece, conquistarla en una última carta definitiva y ahí, con las cicatrices de las ninfas en la espalda –yo también–, encontrarla en algún punto del mundo y ser feliz. Porque todo se trataba de ser feliz. Pero ahí, en Lituania, con la birome en mano y el papel gastado, con Clara en la cabeza y el itinerario perfecto de todo lo que vendría, ahí todavía no tenía nada que decir. Guardé el papel y salí a caminar con la esperanza de que esa ciudad llena de viejos tuviera aunque más no fuera un mural con graffitis o un parque rodeado por un río donde jugar a ser poeta. Caminé cerca de tres horas y sentado a la sombra de un árbol, en medio de un parque y con los pies en un río, volví a tomar el papel y escribí cualquier cosa. Nuestras cartas, pensaba, tenían que empezar marcando las distancias.

Clara:

En Lituania un hombre estaciona hábilmente marcha atrás y un loco lo mira fijo. Yo camino por la calle Sodu y veo que la capital está llena de borrachos pasados de rosca, psicópatas mudos que amagan al encuentro como si fuera lo más normal del mundo. En Lituania entro a un restaurante argentino llamado El Gaucho Bueno y trato de entrevistar a su dueño, que resulta ser un lituano que no habla una palabra de español. En Lituania venden pan frito y no encuentro el jugo Cappy. En Lituania me enamoro falsamente de una chica que, sentada a la vera del río, toma cerveza ilegalmente. Le pido una foto, compartimos la cerveza. En Lituania descubro que el supermercado Iki tiene pocos lácteos. Vuelvo a comer un helado de leche condensada pero no es lo mismo que aquel de Brasil, año noventa y nueve... En Lituania duermo en un hostel al lado de un local de lápidas (las hay desde 200 litvias, una ganga), y me acuerdo de mi abuelo, que se irá –espero– con más lujos a la otra vida.

En Lituania festejo los goles de San Lorenzo por amor a un amigo y pienso que Julián, otro amigo, estaría orgulloso. En Lituania viajo media hora en colectivo a Trakai, la antigua capital, y entro a un castillo centenario a hacer videos en joda que le faltan el respeto a la historia. En Lituania decido retirarme de la historia un poco más. En Lituania voy por una cuadra recostada de amarillo y veo a una mujer que trabaja en su jardín. Sale un cuervo de un tacho de basura. Entro a una iglesia y pienso, mientras miro los cuerpos de tres mártires tapados con verde, que la iglesia debería renovar sus santos, o las imágenes de ellos en sus templos.

En Lituania me excedo en el supermercado comprando boludeces que después tengo que tirar porque no hay heladera. Y paso dos noches y tres días y me siento bastante a gusto. Dudo del nombre de la capital, que es Vilna pero antes fue Trakai, y después Kaunas... En Lituania estoy demasiado poco como para desentrañar algo. Todo se me ofrece

superficial y dulce, así, tan así como ahora, tan simplemente que suaviza. ¿Algo así decía tu canción?

En Lituania miro un lago y le escribo una carta a mi abuela y pienso que mi mamá me extraña y que los viajes son bendiciones en cámara lenta. En Lituania me siento frente a un río y pergeño un texto corto que dice que en Lituania, mientras la vida parece ser así de idiota, mi armonía encuentra su forma imponderable.

Sincerely yours

Yo.

/ 16 /

El chico sigue recordando el viaje y tratando de entender los lamparazos en los que ve a Clara. Le da pena que el amor lo haya volcado al apuro, haber pasado de la hazaña íntima al ridículo, ver cómo, en manos de la concreción, se pierde una y otra vez el sabor de la inminencia. Porque nada es más perfecto que lo que está por suceder. El chico siempre lo supo. Mientras se seducían a fuerza de palabras, fue entrenándose para soportar la rotura de cualquier cosa (nunca pensó en su corazón, claro, los chicos modernos no se permiten esas cursilerías). Ahora está solo y piensa. Sigue el patrón habitual: la recuerda, le viene la Puerta del Sol a la cabeza, se siente injusto consigo mismo y se obliga a recordar alguna que otra aventura. Por caso, busca guiños en el Muro y descubre una foto de él mismo con un bigote horrible entrando por la frontera norte de Rusia camino de Helsinki a San Petersburgo. Se ve haciéndose un cortecito soviético horrible y se ve buscando hospedaje en una casa turbia en las afueras de la ciudad. Bloques de cemento de la era Jrushov decoran la escena. Camina por un patio hacia una puerta y lo recibe una tal Tanya a la

que contactó por Internet. No lo espanta tanto el sudor, que le cae de a gotas por la frente, ni su gordura, prima hermana del sudor. No. Lo que le preocupa es la risa nerviosa con que maneja la escena. Se saludan amablemente y ella lo guía a través de pasillos oscuros hasta el departamento 23 del piso dos. Entran a la casa de Tanya, que explica en inglés trabajoso que recibe extranjeros en el departamento porque siempre soñó con vivir por el mundo y por el momento es lo más parecido que puede alcanzar. Ríe de nuevo. Amabilísima, pone muy nervioso al chico, que ya viene inquieto porque está a más de cuarenta minutos del centro de San Petersburgo y no le divierte demasiado, pero toma aire, recuerda que es una preocupación más bien burguesa (o en el peor de los casos el precio por estar durmiendo gratis en Rusia), y se calma. Tanya sigue entusiasmada. Le dice que a la noche van a ir a tomar algo con amigos. El chico dice que está cansado pero ella, sin ningún prurito, lo ignora. Ríe un poco más y le dice que se acomode, que a las siete salen.

El chico busca una toalla en el bolso y, con permiso de su anfitriona, entra a bañarse. Mientras el agua fría le recorre la espalda (no se anima a preguntarle cómo accionar el calefón, o la caldera, o lo que fuera), piensa de pronto en Clara. Le gustaría dedicarle una paja, masturbarse pensando no en su cara pero sí, tal vez, en las expresiones que adoptaría esa cara de estar metida entre sus piernas, o piensa —otra vez, otra vez, y otra vez—, en la suavidad de sus tetas. Y su mano, como un remolino automático que busca el centro de gravedad, se estrella contra su pija en construcción, o en crecimiento, y los movimientos van de nuevo hacia la danza habitual. El agua, tímidamente tibia, apenas, comienza a golpear con mayor precisión, y sus pies chapotean sobre la pequeña laguna que se forma en el centro de la bañera. La cara de Clara, extrañamente, se empieza a volver difusa y el chico no sabe si corresponde a la proximidad del golpe y a la culpa que siente por dedicarle un acto meramente mecánico —por extraer

el romance que, en teoría, los une tan profundamente—, o si sucede simplemente porque todas las caras se vuelven difusas cuando adviene el placer, como si no hubiera rostro capaz de provocar semejante estallido de felicidad, y si lo hubiera, acaso ese rostro correspondería a Dios, y nada menos decoroso que acabarle en la cara.

Como fuera, en el instante final, la puerta del baño se abre y luego de dos pasos plomizos también se abre la cortina y aparece, aun más nerviosa, aun más enloquecida, la figura desnuda de Tanya. El chico detiene a tiempo la explosión y de un movimiento logra esquivar el embiste de su anfitriona, que se golpea la cabeza contra el sostenedor de jabón y cae al suelo. Mientras se recupera e insulta en ruso, el chico busca la toalla y se refugia en el cuarto, donde no sólo se viste sino que agarra un pequeño cuchillo que guarda en el bolsillo lateral de la mochila.

Tanya aparece nuevamente. Está más calmada, le pregunta por qué se fue del baño, le dice que ella escuchó los movimientos, el sonido de la masturbación, y pensó que era una especie de invitación. Le pide perdón. Se pone una bata. Le pide perdón de nuevo. Le dice que igual ella es soltera, que no hay pecado en entregarse. *"We are young, we have to enjoy"*, le dice, con tono cada vez más soviético, como si estuviera detenida en ese departamento desde el octubre rojo y sólo ahora, liberada por un sudamericano perdido, pudiera romper el encantamiento y volver a la vida. *"We have to enjoy"*, insiste, y las haches y las jotitas del inglés suenan trabajosas. El chico le explica que no se hacen así las cosas, que él busca amigos por el mundo —o no es que los busque, sino que acepta encontrarlos—, pero que de ninguna forma busca sexo, o un sexo tan inusual como el que podría haberse dado en ese baño si él estuviera lo suficientemente desesperado. Todo eso, claro, no se lo dice, simplemente le explica que no está buscando sexo. *"No sex, no sex"*. Y ella que *we have to enjoy*, y él que no, que *enjoy* las pelotas, y la discusión

se va extendiendo por los pasillos del edificio y luego por la calle, adonde el chico, ya con el cuchillo guardado en el bolso, busca un taxi para escaparse de ahí.

Pocos segundos después, cuando el taxi aparezca y la situación pase de peligrosa a absurda, el chico va a ver cómo Tanya, volviéndose chiquita a la distancia, se da vuelta y vuelve hacia su departamento pateando las piedras como quien maldice que una vez más, acaso por su apuro, acaso por su torpeza, una vez más se le escapó la oportunidad de ser feliz un rato.

El chico por su parte se instala en un hotel en el centro de la ciudad y durante unos días hace vida de turista. Un día, después de un tour literario por el que paga más dinero que por una noche de hotel, le escribe aquella carta a Clara en la que le cuenta sobre Pushkin. Omite el altercado con Tanya, en parte porque contarlos verazmente supondría confesar que estaba a punto de masturbarse pensando en ella, y en parte porque le parece astuto guardarse la aventura para algún momento del futuro, tenerla bajo el brazo de su memoria para desenvainarla de prepo en el momento propicio. Se dedica entonces a seguir con su viaje y a acumular la mayor cantidad de aventuras posibles. Clara, por su parte, corresponde al mail describiendo el circo de sus personalidades zodiacas.

El viaje por Rusia sigue su curso conforme el entramado de las líneas del tren. Aborda el Transiberiano y piensa que por fin es un hombre, o un chico/hombre, que adentrándose en las lejanías más profundas va a encontrar por fin lo que nunca encontró en casa. ¿Qué? Ni puta idea tiene, y hasta sospecha que es una total tontería pensarlo así, pero es víctima, como todos, de las películas de iniciación en las que uno tiene que quedarse solo para entender el mundo. El chico piensa en sus amigos, en los viajes de sus amigos, en los viajes de otros no tan amigos pero sí conocidos, en los viajes de todos sus compañeros de generación que necesitan un vuelo

transatlántico para crecer. Sabe que su incompletud es su fortuna, que sólo siendo hijo de la abundancia es capaz de enfrentarse con ciertos dilemas, y que también sólo siendo hijo de la abundancia puede llegar a justificarse diciendo que a cada uno le toca el propio trauma. El chico es hijo de la abundancia y se siente culpable, y por eso viaja, porque entre sentirse culpable siempre en el mismo barrio de Buenos Aires o hacerlo en el medio de la Siberia, él se queda con la segunda. Y viaja en el Transiberiano y habla con una viejita. Ni ella habla inglés ni él ruso, pero durante cerca de una hora conversan de lo más animado. Al rato ella se acuesta a dormir una siesta y el chico queda preguntándose de qué habrán hablado. Mira la regularidad con que se suceden los árboles ahí afuera, en la inmensidad más absoluta. El sonido regular combinado con el transcurrir del bosque lo calman. Acuesta su cabeza y, feliz de no estar pensando en Clara, se queda dormido.

Se levanta al día siguiente con el grito de la *provodnitsa*, la encargada del vagón, que anuncia la llegada a Ekaterimburgo. El chico baja tras despedirse de la viejita, que le regala un chocolate y una lata de hebras de té. El chico agradece, la besa como si fuera su propia abuela rusa, y salta al andén.

Ya en la calle se toma el primer colectivo que aparece, sin saber a dónde lo llevará. Cada vez más adentro, piensa, cada vez más perdido, y una expresión de satisfacción un poco idiota se le dibuja en la cara. Media hora después baja en los suburbios de una ciudad que apenas conoce. Hay puros edificios soviéticos del estilo monoblock. Le parecen feos. Pregunta a la gente alrededor cómo puede llegar al centro de la ciudad, pero nadie habla inglés. Se sienta en una parada de colectivos a esperar. Al rato aparece un borracho con la cara deforme. Se le para al lado. El chico lo mira y le sonríe, trata de apaciguar una violencia que imagina, una violencia que, en verdad, sólo se expresa en su cara de cagazo, que no se la ve pero la intuye. El borracho le dice

algo que no entiende. “*Argentino*”, dice el chico, es decir, le explica que es argentino pero se lo dice nombrando al país nomás, argentino. Se quedan un rato callados. “¿*No amerikanski?*”, pregunta el borracho, convencido de que era amerikanski, o sea, yanqui. Pero le repite que argentino, que amerikanski no, para nada, y el conjuro funciona porque el tipo, ya convertido en un borracho simpático, empieza a sonreír. El chico se regodea unos segundos en la veloz esgrima de su nacionalidad pero el borracho, aunque simpático, no se va y sigue pidiendo algo que no se entiende qué es, aunque seguramente plata. Entonces bajan de un colectivo dos tipos en cuero y ven la situación. Se acercan al borracho y lo echan a empujones. Cuando el chico/ahora hombre/argentino puede verlos mejor, no tan obnubilado por el agradecimiento, se da cuenta de que el remedio probablemente sea peor que la enfermedad: uno de ellos es un rubio silencioso con dientes de oro y pinta de psicópata, el otro es simplemente el cliché de tipo que da miedo: un gordo barbudo con tajos en todo el cuerpo, el cuello como cortado en dos y tatuajes hasta en las uñas. Antes de que digan nada, les stampa el *argentino*. Vuelve a funcionar, tal vez demasiado. ¿Argentino?, dice el más grandote. Expresa algo parecido a la alegría y se me sienta al lado. “*Yo Armenia*”, le dice golpeándose el pecho, yo Armenia. El chico dice que Armenia *good*, que Armenia *very good*, y se ríen juntos, como hermanos, como dos armenios que se reencuentran. El rubio mira, sigue silencioso. De pronto el armenio abraza al argentino por el cuello. Se pone dos dedos debajo de los ojos y hace un gesto como diciendo que los mantenga abiertos, a sus ojos, que por ahí pasan muchas cosas. Sí, le dice el chico, sí, y trata de que vuelvan al clima distendido dándole la mano. La situación está tranquila pero puede descontrolarse en cualquier momento, o esa impresión da la cara del rubio, que parece celoso; entonces el chico se levanta suavemente y se aleja de a poco diciendo que tiene que tomar ese colectivo, y señala un transporte cualquiera. El armenio lo frena. No, no, le dice, ése no... El chico piensa que la pudrió, y con

la mejor cara de gil le dice: ¿no?, ¿*not good*?, como si todo fuera una confusión y no un intento desesperado por escapar de dos tumberos rusos o armenios que, claramente, le da miedo conocer.

Entonces el más grandote eleva un puño cerrado y con la otra mano se señala el músculo. *Good*, dice, *strong*, y después lo señala al chico, lo señala varias veces, y dice *not good*, *not good*, mientras pone cara de malo y sugiere que se lo va a comer crudo, no importa cuántos “argentino” pueda pronunciar en un segundo. Como sea, trata de sostener la cara de gil para apaciguarlo y asiente, claro, claro, *you strong, me weak*. Y al fin llega la tregua. El tumbero armenio con tajos en la cara se tranquiliza, sonrío y le pide una birome. Se la da. Anota un número de teléfono y le da a entender que si le pasa algo lo llame, que él la tiene lunga y lo va a proteger. Otra vez esgrime el *good good* acompañado de sonrisas y le da la mano. El armenio lo lleva hasta otro colectivo y lo hace subir. Antes de irse, con ese típico andar de los dueños del barrio, se acerca al conductor y le dice algo así como que el chico es argentino, que lo cuide porque es amigo suyo, y que lo va a estar vigilando. El conductor, sumiso, más sumiso que el chico incluso, le dice que sí, que sí, que por supuesto. Apura la marcha y se va. Todo parece alivianarse. El chico se acerca a pagar el boleto pero el conductor, cara de espanto de por medio, le dice que él viaja gratis.

/ 17 /

...; *Cara de chinchudo! Así te veo: chinchudo. ¿Será una de esas palabras como “tikismiki”, que inventó mi madre y las usé toda mi vida como si hubiesen nacido de la Real Academia Española? Por si las moscas, chinchudos se ponen los chiquitos cuando están ofendidos y*

enojados. Y ponen cara de chinchudo. La estoy haciendo, pero creo que no me ves...

Abrazo

Clara

Me molestaba demasiado que terminara todas sus cartas mandándome un abrazo, multiplicando las mitologías entre nosotros pero desmereciéndolas después mediante el recurso del saludo, esa maniobra moderna de las mujeres cuando quieren poner un freno. Yo ya llevaba varios meses de viaje y nos escribíamos con regularidad. Eran cartas largas, larguísimas, llenas de aventuras y de pensamientos. Fernando Pessoa escribió un poema que dice que todas las cartas de amor son ridículas, pero al final de la jornada más ridículo es no haber escrito nunca una. Nunca terminé de saber si Clara las consideraba de amor, tampoco me desvelaba demasiado definir el género, pero conforme avanzaba en mi viaje encontraba en ese intercambio la verdadera manera de completar la épica. Como Ulises, yo también tenía a donde llegar, aunque al final sólo fuera a recibir un abrazo. A su vez, al tiempo que avanzaban los días, la necesidad de anécdotas para contar me obligaba a vivir con más vértigo cada momento. Era un raro equilibrio: no pensaba en ella ni cuando me levantaba ni cuando me acostaba, ni siquiera pensaba en ella cuando me emborrachaba, estaba realmente conectado con los lugares que recorría, pero también sabía, de algún modo sabía, que las experiencias sólo terminaban cuando me sentaba a contárselas. Y así pasaron China, Birmania, India... Empecé a pensar que todos estamos constantemente hablándole a alguien, con mayor o menor conciencia. Todos tenemos, de a uno por vez y en constante rotación, un lector ideal que imaginamos nos está mirando. Algo así como la tortura pero

dulce, vivir para sostener una apariencia que en realidad es nuestra forma. En verdad, nunca somos lo que la sociedad espera de nosotros, sino lo que creemos que alguien en particular querría. Y esa demanda, cuando la magia se completa, es una demanda de autenticidad. Sólo entonces sucede la convergencia: somos quienes somos para alguien que espera que seamos quienes somos. Y Clara, pensaba yo, era eso: la mujer que me había descubierto. Recién cuando lo asumí pude empezar con el juego de la seducción. Le contaba sueños eróticos, describía la vida en lo salvaje, le sugería las muchas perversiones que derramaría sobre ella pero que, a falta de su cuerpo, derramaba sobre otras. Me animé a hablar de amistad, me olvidé incluso de mis planes de conquista y después, como golpe maestro, dejé el amor de lado. Mi sexo, descubrí entonces, es capaz de comprimirse hasta el minimalismo sólo porque la seducción está hecha de sutilezas. Y así, perdido en las montañas de Mongolia, me animé a proponerle que nos viéramos cuando mi viaje llegara a su fin.

Y ahora, indefectiblemente, me hacés preguntarme a mí también si algún día encontraré a la Maga. Y preguntarme si te veo, ahí poniendo carita de chinchuda. De chinchuda, claro, no sé por qué entendí conchudo, supongo que es lo que consideraba justo atribuir a mis gestos pedantes. Sé lo que significa, lo fui toda mi vida, uno tiene que conocer las palabras que lo definen.

Es de noche y casi no veo el papel en el que intento escribirte. No sé por qué encuentro más poético esto de escribir en la penumbra, como si escribiera a ciegas, no sólo sin ver sino sin controlar el resultado... Ahora ahora, con la birome en la mano, estoy en Mongolia a punto de irme a dormir en el piso del ger de una familia nómada, lo que en este país es decir una familia tipo, una familia cualquiera. Ya llevo casi un mes recorriendo Mongolia, una locura, una locura feliz, felicísima. Alquilamos junto a unos amigos de viaje una van soviética con un

conductor y salimos al interior. El país es como un parque gigante en el que uno hace lo que quiere, va por donde se le antoja porque no hay rutas. Alcanza con un mapa, norte sur este y oeste, y campo traviesa por horas y horas. Acá la vida es distinta, lo natural es levantarse en la helada y buscar bosta de vaca o de caballo para calentar el ger. Acá las casas son gers, unas carpas octogonales hechas de lonas y maderas casi siempre decoradas con alguna tira de cuero o mantas tejidas a mano. No sabés lo que es, te reciben siempre como festejando la visita, te ofrecen una suerte de té salado hecho con leche de cabra y te miran. En Mongolia me miran y yo, leyendo la fantasía de tus eventuales excesos, cierro los ojos y te veo, a vos y a las que te componen, a vos y a tu obra de teatro en derredor. ¿Y cuál es el corolario práctico de todo esto? Ninguno. Es tarde en Mongolia y quiero viajar hasta allá para charlar un rato... amiga.

En el norte de Mongolia conseguimos unos caballos e hicimos una recorrida hacia Taiga, un lugar en la montaña donde vive una comunidad indígena que cría renos. Tres días de cabalgata. Yo, por supuesto, alardeé de que ando a caballo desde los tres años, y como siempre, por hacerme el canchero, me dieron un caballo mañoso que, además de molesto, era viejo y lento. Me guardé las quejas y avanzamos. Hicimos unas carreras con resultados patéticos. Por mucho que me esforcé poniendo el cuerpo al ritmo del galope y gritando “cho cho” como un enajenado, mi caballo perdió. Perdimos, quiero decir, mi caballo y yo perdimos, pero de algún modo sentí que yo solo perdí. Fue injusto, pero otra vez hice silencio y miré la pampa que me rodeaba, sequísima, y entoné un folclore desafinado que se fue con la segunda. Terminé mi chacarera y le dije a uno de los compañeros de la travesía que me tomaría un mate, pero era una mentira atroz, más bien me hubiera tomado un frappuccino de Starbucks o una Coca Cola, pero estaba en modo gaucho... El tema es que llegamos a la región, muy linda, y compartimos los días con la gente de ahí.

Comimos verduras al fuego, caminamos por el río, y a la tarde hicimos peleas de yudo mongol. Mi ego finalmente se levantó y miró al frente, coqueteó con un ataque al corazón pero se fue invicto del ring con tres contiendas ganadas. Aunque eran amistosas... eso le quita un poco de peso a la hazaña.

Ahora ya estoy llegando a la China. ¿Hay algún Freud de por acá? Digo, alguna eminencia oriental en psicología. Alguien que diga que aun siendo lastimados podemos querer como chicos, que diga que la educación no viene con la represión sino al revés. Porque vos me decías en tu carta que los chicos quieren de manera natural porque no fueron lastimados, ¿no? Yo creo que necesitaríamos una nueva generación de hombres. Porque querer como chicos ponele que podemos, ponele que haciendo un esfuerzo llegamos a querer sin restricciones. ¿Pero el otro? Lo difícil de este sueño anti-represión es encontrar a aquellos que se dejen querer así sin más, aquellos que no se asusten porque el otro, fascinado por la libertad que da vivir en la verdad, entrega demasiado o con demasiada realidad. No sé. A veces pienso cómo será mi manera de querer a alguien, ahora que me voy conociendo y liberando, ¿cómo seré yo queriendo? Hasta ahora el amor siempre me nació en la certeza de alguna lastimadura. Nace en la llaga, se expande y reconoce en la marea inmunda de su propio dolor, toma forma de fuego y brilla y está siempre ahí, haciendo pasta los domingos y jugando a la paleta, matando el tiempo, esperando a que llegue el día en que sí, finalmente, la lastimadura se haga carne y el dolor explote con tal intensidad que algo parecido al amor tradicional pueda salir de adentro... Por eso esta manera obsesiva de respetarme, de confiar en lo que pienso. No sé, me parece que estoy delirando. ¿Nos encontramos en unos meses en la Puerta del Sol y lo charlamos?

Un abrazo

Yo

Pasa el tiempo y llega el momento en que el chico y Clara se encuentran. Lo hacen en Madrid, en la Puerta del Sol. Se miran, Clara se ríe como diciendo estás acá, y él también se ríe como diciendo estás acá, y se dan un largo abrazo que significará la última de sus coincidencias. Entonces sí: instantáneamente algo se rompe. Viajan siete días juntos. Una noche, borrachos por Sevilla después de un show de flamenco, él le pide a ella que cante *Desconfío*, la canción de Pappo, pero que lo haga en inglés, que están en la cuna del español y que no hay mejor insulto que cantar en inglés, que además todas las chetitas de su infancia la cantaban para hacerse las bluseras, y hay que vengarse. Y ella compra, poco convencida pero compra, y en dos o tres estrofas manda toda su formación rockera al carajo. *I dont know why/ I imagined/ that we were together/ And I felt better/ But here I am/ so lonely in my life/ that I better go...*

Él la escucha fascinado, creyendo que realmente es un gesto artístico descubierto a las tres de la mañana en Sevilla, sin darse cuenta de que en realidad es la imagen tonta de dos chicos haciendo ridiculeces como intentando forzar el amor, él haciéndolo genuinamente, ella porque sabe que la convención de dos personas que viajan juntas es hacer cosas ridículas que de otro modo nunca harían, pero hacerlas en pos de ese amor. Cosas ridículas que a la vez no molestan tanto, como cuando llegaron en el auto escuchando el tema de *Pulp Fiction*, de la escena de Uma Thurman y Travolta, y él decidió ponerse a bailar y ella lo siguió. Los dos sentados en el auto revoleando los brazos por encima de los hombros o destapándose

la mirada con los dedos en un movimiento ondular a la derecha y a la izquierda, los pasos orgullosos de Travolta, la insinuación perfecta de Thurman, la mujer del jefe que se te dispone en la pista de baile, pura tensión, los dos en el auto realmente compenetrados hasta que termina la canción y ella le dice *guau*, me sorprendiste, y él le dice por qué, y ella que no esperaba que bailaras. Con un gesto se lo dice todo, esperaba que fueras aburrido, que te diera miedo bailar, que te diera vergüenza. Y él se agranda, se ve que no me conocés, dice, y ella que no, que me sorprendiste, y después propone ir a tomar algo porque son las dos de la mañana en Granada y vale la pena extender la sorpresa, festejarla, y él le dice sí, vamos, y justo se encuentran con que están parados en la puerta de un bar, o una taberna, pero parece cerrada, es lunes y no hay nadie. Y ella dice eso mismo, parece cerrada, y él le dice no te preocupes, sigue en el personaje de Travolta, si está cerrada hago que la abran por nosotros. Y encara para la puerta con más pose de Travolta todavía, la mano en la campera como si ahí estuviera el arma, el arma del mafioso con la que va a apurar al camarero o tabernero o al dueño del bar para decirle que si está cerrado lo abra igual porque ellos dos van a entrar a tomar algo. Y va con total seguridad con la mano en el bolsillo de la campera como si ahí estuviera el arma del mafioso, John Travolta, y encara, y se acerca, se acerca a la puerta y cuando está llegando, uno o dos pasos, está llegando a la puerta para empujarla y decir que van a tomar algo porque él tiene la mano en la campera y eso va a asustar a cualquiera, justo en ese instante sale el dueño del bar o un mozo cualquiera con una bolsa de residuos en la mano y le dice ya estamos cerrados, y él instantáneamente dice discúlpame, o uy, perdón, discúlpame, y se vuelve de inmediato hacia donde está ella como tratando de no ofenderlo, forzando la imagen del tipo cobarde, un poco para dejar tranquilo al tabernero y otro tanto para divertirla a ella con la caricatura, exagerando la torpeza porque sabe que así es más gracioso. Y ella se ríe, no dice nada pero se ríe muchísimo, y

vuelve a poner esa cara como de me sorprendiste, me sorprendiste mucho, y él que se queda mirándola pensando que esa sorpresa, tal vez, ese gesto, esa palabra, esa confesión de sorpresa quizás signifique algo, y quién le dice, más tarde, en una situación más real que ese oasis de siete días por España... Y se ilusiona. Se alegra y se ilusiona. Pero no sabe el tipo que hay una instancia a la que todavía no ha llegado y a la que desgraciadamente no va a llegar nunca, porque si lo hiciera estas palabras no existirían, y estas palabras, por lo demás, son lo único que existen. Una instancia íntima en la que ella se da cuenta de que mientras él está jugando al amor verdaderamente, ella lo está impostando. Y esa instancia a la que él no va a llegar es una instancia en que las cosas suceden o no suceden. Y hay algo que no sucede. Esa instancia es la que va a hacer que después, cuando vuelvan a Buenos Aires, ella concluya que ha sido un lindo viaje y le diga que no, que no, que ya no, y lo deje solo una vez más. Él, lógicamente, lo va a entender y se va a alejar. Durante un tiempo se dedica sólo a machacarse con las pocas cosas que tienen forma de recuerdo. La caminata por la Alhambra, la única foto juntos en la que están riéndose y que sacó ese tipo al que le pidieron el favor, que después se las mostró para ver si estaba bien, la foto, y él, en un arranque descarado del que todavía se felicita, le dice más o menos, medio pelo. El tipo se queda descolocado, pero él automáticamente se ríe y le dice que es un chiste... Se queda pensando en esa foto. Y en el *kebab* vegetariano, la charla con las viejas en la confitería de Córdoba, el sexo torpe que no pudieron convertir en costumbre ni en fascinación. Se encierra durante días pensando qué debiera preguntarse para salir adelante, aunque después de todo sabe que va a salir adelante igual, que es cuestión de tiempo, y ni siquiera de mucho, pero las proporciones lo marean. Y así como conclusión, conclusión circular a la que llega cada noche, se dice que estar solo es eso, escribir historias que tienen tan poco contenido real que hay que inventarles detalles e interpretaciones para darles sustento.

Esto: escribir una novela en la que un personaje, después de una vaga lista de recuerdos, se pregunta constantemente qué es estar solo y ni siquiera sabe si lo está.

Pocos minutos más tarde, semi-dormido pero aún mirando la pantalla, el chico se distraerá con un sonido titilante que reconoce de inmediato. Frente suyo, el mensajito del Muro insiste en que alguien lo lea.

/ 19 /

No es fácil terminar un viaje que se forma en tu cabeza como la gran aventura de tu vida. Me acuerdo que los últimos tres o cuatro trayectos en tren fueron de una nostalgia insoportable. Ya empezaba a extrañar lo que todavía no, adelantaba la crisis con la esperanza de agotarla antes de llegar. Las cartas por otro lado habían llegado a su fin: ahora que ya nos habíamos visto no tenía sentido alimentar el amor, ahora los símbolos eran reales, las complicidades se habían formado no sólo de retórica sino de experiencias, de noches juntos, de chistes estúpidos y de largas caminatas por el mundo, o por España, lo mismo daba. Escribirle una carta hubiera sido defraudar la forma perfecta en que se había dado todo, aunque yo percibiera que la perfección no nos iba a llevar a ningún lado. Volvía de mi viaje con una felicidad desconfiada, porque sólo los chicos que no fueron lastimados pueden querer sin miedos. Llegué a Frankfurt a la madrugada. Hacía ocho meses había empezado ahí mi viaje. Todo era distinto. Ahora la calle estaba nevada, no se veían candados en el puente y nadie iba por ahí riéndose de nada. En la plaza donde antes había un campamento de protesta, ahora no había más que pasto y un signo de Euro gigantesco. Cuatro músicos turcos apila-

ban un bandoneón, una flauta, un tambor y una guitarra. La gente dejaba monedas y seguía su camino, apurada por el frío. La ciudad, antes prólogo, se fue volviendo letanía. Yo empecé a sentir que así como me despedía del mundo, lo hacía también de Clara, y aterrado, chiquito como un nene frente al monstruo debajo de su cama, agarré el último papel que me quedaba y escribí una carta que nunca me animé a mandar. Simplemente describía las situaciones que habíamos vivido juntos y, con cierto tono de resignación, le confesaba que me encantaría extender ese modelo de vida varios años más. La carta, enterrada en algún tacho del aeropuerto de Frankfurt, no hubiera cambiado las cosas. Lo que había pasado entre nosotros estaba destinado a pudrirse en Buenos Aires, lo sabía. Tuvieron que pasar pocas semanas para que lo confirmara. Nos encontramos en mi departamento apenas volvió ella de su viaje –que se extendió unas semanas más después de nuestro encuentro por España–, y su urgencia por saludarme e irse fue demasiado elocuente. Otra vez, cuando la entrega no está interferida por la histeria el vaso se rebalsa, porque el amor no es un trabajo en equipo sino un juego de boicots. No se trata de decir sino de callar, no de demostrar sino de ocultar. La transparencia, nunca mejor dicho, nos vuelve invisibles. Después de dos encuentros ella dijo que seguía su camino. Yo, lógicamente, la pasé mal, perdí las herramientas con las que salía al mundo. Y pensaba en ese chiste gráfico en el que un hombre se deja estar, ya no se baña, no se cambia las medias, se llena de piojos y de ojeras, y dice que el único miedo que tiene es que suene el teléfono, sea ella, y no pueda volver a enamorarla. Me reía porque el desamparo del personaje me parecía querible, y de algún modo creía que eso se podía pensar de mí, pero no veía las cosas claras. Que el enamorado es una persona alterada, sospechosamente cerca de un estado psicótico, no es ninguna novedad. ¿Pero yo estaba enamorado? ¿Por siete días en España? ¿Por un mero aunque profundo intercambio epistolar? No me gustaba aceptarlo, pero la negación

volvía absurdo el sufrimiento, y ningún dolor carece de fundamentos. Tuve que aceptarlo. Y entender que como enamorados –como supuestos enamorados al menos– vemos tras la figura de la persona amada el contorno de cosas que, si bien nunca tuvimos pruebas de que existan (y por otro lado nunca nos importó un corno que existan), ahora creemos que son lo único que dan sentido a nuestra vida. Y como enamorados no correspondidos, para peor, vemos cómo ese sentido último de las cosas desaparece dejándonos desprovistos de todo. Digo, ¿existe persona más perdida que el no correspondido? Aquel que ama a una persona que no lo quiere de regreso se convierte, lisa y llanamente, en un completo idiota. No porque sea idiota el acto involuntario de amar (Octavio Paz sostiene que el amor es algo que sucede más allá de nuestro albedrío, pero que es nuestra voluntad de aceptarlo y elegirlo lo que lo vuelve amor –*“aceptación voluntaria de una fatalidad”*, dice–), sino porque ese estado de fragilidad irreparable nos hace perder el lente con el que solemos adivinar y traducir la realidad. El enamorado no correspondido cree firmemente en los milagros. Cree en una forma de percepción más precisa y sensible de la que reina al mundo en general, pero deposita ese atributo en su persona amada. Se convence a sí mismo de que esos pequeños gestos inútiles (que él mismo consideraría inútiles en un momento normal de su vida), pueden de pronto transformar la indiferencia del otro y acercarlo, súbitamente, a nuestro lado. El que ama a una persona ausente –ausente de él– está condenado a inventarse una tragedia tras otra cada día, a rearmarse de esperanza con cada madrugada y morir de dolor en cada tarde, tras perder de nuevo la batalla contra lo inevitable. Es capaz de creer que esa carta –esta otra carta esta vez mejor escrita– tal vez sí logre insertar el virus en ese organismo extraño que, inmune, ya nos rechazó mil veces. Y escribe canciones condenadas al patetismo. Y manda regalos que inevitablemente incomodan. Y ama cada vez más, cada vez más fuerte, convencido de que a tanto

fulgor no se le puede escapar. Si no le hablo hoy, piensa, tal vez mañana ya me extrañe. Se juzga necesario en la vida del otro y se convence de que ese otro simplemente no lo sabe. Todo se trata de hacérselo saber. Y otra vez la maquinaria cruel de su esperanza. No hay persona que tome peores decisiones que el afectado por el desamor. Todos hemos sido este idiota alguna vez. Probablemente todos volvamos a serlo. Quién sabe si no escribo por el rencor de estar siéndolo, quién sabe si no trato de convencerme de que ya no tiene sentido ser ese idiota. Porque eso también le pasa al infectado: sabe de su propia enfermedad. Se ve a sí mismo actuar de una forma en la que nunca actuaría y se perdona, se excusa ante sí mismo para proceder con la locura y después, cuando se ahoga destrozado en la evidencia de un abandono persistente, vuelve a llamarse a sí mismo idiota y se va a dormir con la convicción de despertar siendo otro. Pero la mañana trae al mismo. Su primer pensamiento va hacia ella y de ahí no vuelve sino con el virus. Y emprende por enésima vez la batalla sin sentido de la conquista. Y mientras más persista, mientras más enamorado, menos posibilidad de victoria. Y lo sabe, de nuevo, la rueda se repite, la noche llega con dolor, el idiota se llama a sí mismo idiota, ve el problema, sabe que esa canción no la va a conmover y que esa carta sólo entorpeció más las cosas. Y querría retirar lo hecho, y urde una nueva carta en la que explica que querría retirar lo hecho, que ya entendió que no hay insistencia que valga, que se retira. Pero se encuentra el idiota pensando cada frase de esa resignación, y descubre con dolor que no es más que una estrategia nueva, *“tal vez si me retiro y se lo anuncio...”*. Una carta más que aun si fuera sincera –y esto no es posible– no surtiría ningún efecto. Lo sabe el enamorado y sus amigos, si es que –consciente de la idiotez– no se los oculta.

Y así sigue la rueda durante días. Meses. ¿Años? Lo largo del olvido depende de la creatividad del enamorado para inventar for-

mas de desaparición. Aquel creativo podrá urdir cientos de cartas de retiro que posterguen el final. El obtuso sólo repetirá un par de veces la misma herramienta. Como sea, el camino, sin importar cuán largo, termina siempre en la misma estación. Una noche el dolor ya está demasiado masticado como para seguir doliendo, y la espina se pierde en el cementerio de espinas. Y la mañana, clara y demorada, sorpresivamente no trae ese primer pensamiento recurrente. Trae otras cosas, tareas, pendientes, ansiedad por alguna nimiedad salvadora... lo que sea. Esa mañana el enamorado tarda unos minutos en darse cuenta de que no está pensando lo que cada día a esa hora acostumbraba a pensar. Y esa lucidez, mínima y ciertamente dolorosa (dolorosa por el alivio que conlleva), se convierte con el correr de los días en el primer síntoma de recuperación. El idiota está ya demasiado cansado para persistir. Y va muriendo, con el fracaso a cuestas. Y lee este tipo de cosas que él mismo escribe y se da vergüenza, piensa que la figura de una espina perdida en un cementerio de espinas es demasiado cursi. Pero se perdona, porque todavía está un poco convencido de que el sentimiento era real y porque no hay nada más absurdo que culpar a un loco de estar loco.

Cuando pasen los días o el tiempo que tenga que pasar, cuando el nivel de la literatura ya no opere entre lo que debe ser escrito y lo que él quiere escupir, podrá entonces el enamorado no correspondido, o el supuesto enamorado no correspondido, o el ex supuesto enamorado no correspondido, ponerse a escribir sobre aquellos sentimientos con la ilusión de que destilar cierto cinismo sobre su propia inocencia termine por convertirlo en hombre.

Era la única salida que me quedaba.

El chico se harta de estar siempre esperando sin siquiera tener ganas de que llegue eso que espera, y se dispone a leer el mensaje titilante de la pantalla del Muro. Sabe que es Clara que le escribe por alguna nimiedad, sabe que desde que volvieron de España ella se empeña en mantener a flote esa relación pero sólo bajo la forma de la amistad, o ni siquiera, de hecho esa relación que intenta extender es una relación sin forma alguna, tan sólo una colección de encuentros en los que ella sigue disfrutando los beneficios de tener a alguien sumamente enamorado mientras él va una y otra vez con la esperanza de hacerse hombre de pronto y terminar ese zigzagueo para siempre. Y piensa en su padre, si habrá cavilado tantas veces como él una vez consumado el divorcio, se pregunta si como dos ex novios cualesquiera sus padres también se encontraban furtivamente aunque más no fuera para saciar la calentura y la soledad con carne familiar. Supone que no, que su simple existencia y la de sus hermanos habrían atentado contra esos reencuentros. El chico está en una situación distinta y trata de despejarse. Va al encuentro del mensaje.

Me acompañás a buscar unas cosas. Está lindo para bici...

Una vez más, el chico se decepciona por el despojo total con que Clara, una y otra vez, le recuerda el lugar accesorio que tiene en su vida. Como sea, el chico ya entró en la telaraña y le responde que sí, que cuándo. Pone literalmente eso: “¿Sí, cuándo?”. Y ahí se queda, mirando cómo la pantalla del Muro se va actualizando segundo a segundo con miles y miles de imágenes y frases que alguien en algún recóndito lugar de la ciudad o del mundo cree lo suficiente-

mente importante para escribir o publicar. Aparece la chica aquella que conoció hace tres años y con quien sólo intercambió unas pocas frases ingeniosas de ida y vuelta junto al corolario de una indicación para encontrarse en Facebook con la esperanza nunca efectivizada de continuar ese intercambio ingenioso de palabrerío. Esa misma chica con la que nunca más habló pero a quien, al menos por los rasgos de su cara, todavía recuerda, aunque es cierto que le lleva siempre seis o siete segundos reconocerla, como ahora, que ve que publica una foto con amigas mirando a cámara, tamizada por un filtro vintage que le da impresión de Polaroid a la situación. A los pocos segundos su foto desaparece o es reemplazada por el perrito japonés de quien fuera su jefa unos pocos meses en el bar donde el chico tuvo una changa veraniega. Parece feliz el perrito, es blanco, y en el cuello apenas se reconocen las manos siempre hechas de su dueña, las uñas pintadas de rosa –siempre a tono japonés–, y el anillo en el dedo correspondiente. Una vez más la foto se va y ahora se ve a sí mismo junto a Ignacio y otros amigos más que se atolondran atrás de una mesa de madera, delante de una parrilla, y como en un viaje de egresados ponen expresión de euforia, una euforia triste, una euforia que es sólo fingida para el momento en que la placa materialice el recuerdo de ese asado, para que la foto exprese un pico de felicidad al que tal vez no se llegó más que en ese segundo del clic, pero no importa porque esa felicidad, ese retrato capturado se echará a rodar más tarde para que todos, presente y ausentes, lo recuerden como la fiesta de la juventud, el asado con amigos y los chori mariposa. La foto otra vez se va sin que el chico pueda comentar siquiera que su sonrisa es fingida. Y entonces sí, empiezan a moverse unos puntitos suspensivos que aparecen y desaparecen en el cuadro de diálogo de Clara. Está escribiendo le indica el Muro, Clara está escribiendo. Ahí la ve el chico, la imagina sin siquiera pensar qué está escribiendo, la imagina a pura espontaneidad asesinando su deseo de tensión. Poco importa. Los puntitos

suspenso dejen de aparecer en la pantalla y el mensaje de Clara se estampa en la córnea nerviosa del chico que ahora trata de recuperar la compostura y lee: “*Yo estoy lista, venite a casa y salimos*”. Vuelve a leerlo, el mensaje sigue diciendo lo mismo. Venite a casa y salimos. El descompromiso hecho compromiso. El chico se mira al espejo y no sabe si está bien o está mal, y no sabe si le conviene verse bien o verse mal, y piensa si tendrá que mostrarle a Clara la misma expresión feliz que muestra su cara en la foto del asado (foto que, por otro lado, Clara debe haber visto), o tiene que mostrar ese lado B –o lado A– que él entiende como genuino. No llega a una respuesta pero se viste lo mejor que puede y confiando a su amigo Ignacio al mismísimo infierno sale raudamente con su bicicleta en mano.

Cuando sale a la calle se dirige a la derecha y bajo un farol amarillento se lleva la primera sorpresa de la tarde. Su amigo Ignacio conversa apasionadamente, pizza en mano, con *la chica más linda del mundo*, o no con la chica más linda del mundo pero sí con la chica que se encontró en el kiosco y a la cual bautizó “*la chica más linda del mundo*”, la misma chica que, a su vez, se alejó de él camino al encuentro de su novio y que ahora, lejos de ese encuentro, conversa también apasionadamente con Ignacio, que le debe estar diciendo vaya uno a saber qué sanata acerca de Ítalo Calvino y el Caballero Inexistente. Se acerca con la bici. La chica no lo reconoce, Ignacio sí. Los presenta: “*Laura, el chico; el chico, Laura*”. Se dan un beso en la mejilla, la del chico fría, la de Laura tibia. Es linda, realmente, y el chico piensa que pocas veces se equivoca con los títulos aunque sí con los protagonistas. Les dice que se tiene que ir y le deja una copia de la llave de su departamento a su amigo Ignacio, que le asegura que en un rato sube y lo espera para tomar unos whiskys. El chico dice dale y se pone a pedalear calle abajo, a contramano del tránsito camino a la avenida Santa Fe.

Mientras mueve las piernas sobre su bicicleta piensa que el movimiento es la única manera real de evitar la ansiedad y el miedo. Nunca como cuando esquiva colectivos arriba de su Zenith Andes se siente más hombre, más temerario. Una mujer, piensa, debería verme andar en bicicleta para enamorarse de mí. Sabe con certeza que una cosa no llevaría a la otra, de hecho ha compartido travesías de ese estilo con distintas mujeres y el resultado no fue, ni por cerca, que alguna de ellas se enamorara de él. Pero igual siente esa confianza, y al tiempo que cruza en diagonal entre un 152 y un 12, que no lo llevan puesto de milagro –el chico piensa que no es milagro sino audacia–, al mismo tiempo recuerda que esa afición por llegar heroicamente rápido al encuentro de Clara va a perder todo el efecto positivo en manos del estado en el que va a llegar, no sólo por la agitación sino por el sudor y las manchas oscuras de su remera gris. Se desespera y frena a un costado de la calle. A su lado pasan raudamente no sólo el 12 y el 152, sino también los insultos para nada tímidos que le dedican sus choferes. Hijo de puta. La concha de tu hermana pelotudo. El pelotudo es dicho a la mitad, o más bien es dicho en su totalidad pero a los oídos del chico tan sólo llega un lejano *pelotuuuuu* que se pierde en la avenida Santa Fe o que se va, sin terminar de decir lo que tiene que decir, como también lo hace el 152.

Frena al costado de la avenida, dijimos. Se saca la remera, la cuelga de su cintura. Hace unos movimientos como para echarse aire en el cuerpo y vuelve a arrancar. Va sin apuro esta vez, intentando que el viento limpie no sólo el miedo sino también la transpiración. Maneja sin manos, pero no lo hace estrictamente por cancherear sino porque así siente que el cuerpo trabaja menos y, en consecuencia, también es menos el sudor. Todo, durante ese trayecto, se tratará del sudor, como si fuera el tema pendiente de un libro que nunca va a escribir por considerarlo un tema menor, pero que sabe, radicalmente, que si tuviera el prestigio suficiente para publicar

cualquier cosa, él se pondría a escribir sobre el sudor. ¿Cosa más vergonzante en este mundo que la aureola húmeda que hace nido en las camisas? El chico le teme tanto a esa imagen que ahora, ya estacionado en la casa de Clara, intenta secar todo rastro de transpiración. Recupera el ritmo cardíaco y toca timbre. El tema de la novela, drásticamente, vuelve a ser el de siempre, aunque el chico no sabría explicar sin confundas cuál es ese tema.

La voz llega sin la menor tensión dramática: ahí bajo. El chico espera. Lo siguiente sucederá, hasta cierto punto, como si se tratara de una comedia mala en la que el chico disimula con pésima actuación sus ganas de abrazar a Clara, que a su vez no disimula nada, aunque sí, tal vez, el hecho de que nota las ganas del chico de abrazarla, pero no le da el gusto porque cree que es irresponsable dar el gusto a alguien que tiene ganas tan desmedidas de recibirlo. Como sea, Clara baja y le dice qué hacés, y el chico le dice trato de ser escritor pero resulta que soy periodista, y Clara le dice qué bobo y sigue con la liviandad, en qué andás pregunta ahora. El chico va a fondo y totalmente comprometido con el segmento cómico del cuento le responde que en bicicleta, ¿que no ves? Puf, dice ella, “*puf*”, y se sube a su bici y arrancan. Te sigo, dice el chico, y no agrega lo que piensa porque le parece que abusó de los chistes, pero bien querría decir que va a ir caminando atrás suyo para no pasarla, porque al ritmo que anda Clara... Pero no se lo dice dijimos, y Clara sólo escucha el te sigo, y se sorprende, y se da vuelta y le dice: ¿y cómo vas a hacer para seguirme vos que sos tan rapidito con tu bicicleta? El chico se ríe y ahora sí: es que voy a ir caminando para no pasarte, remata. Se permiten una sonrisa levemente enternecida, casi como aceptando un pequeño segundo de seducción mutua, y arranca la bicicleteada. El chico es feliz. Piensa que ahora sí todo puede empezar de nuevo y encaminarse, y se pone a pedalear sin manos y así todo canchero pone su bici-

cleta a la par de la de Clara y le pregunta a dónde van, forzando el gesto de relajo, ostentando de eso que Clara nunca supo hacer, andar sin manos. Ella se muerde el labio como diciendo qué te hácés y acelera el paso. Al cabo de diecisiete minutos exactos están en el barrio de Monserrat parados frente a una puerta de madera antigua. Clara toca el timbre. Esperan sin hablar. El chico la mira, ella se da cuenta. Quiere decirle algo pero no se anima, y además no sabe qué le diría en caso de decirle algo, y tampoco es cuestión de decir por decir, a pesar de que está ahí por estar, que todo viene sucediendo bastante caprichosamente y que siguiendo el hilo de la situación bien podría decirle de la nada que la quiere o que le gusta o que la extrañó o que por qué carajo siempre desaparece habiéndose dedicado puntillosamente a enamorarlo. Pero no lo dice, o en verdad no llega a decirlo porque cuando está por desembuchar, justo en el instante en que abre la boca para decir una frase que nunca sabremos cuál fue, justo en ese instante se abre la puerta y sale un muchacho morenito, de baja estatura, vestido con un jean azul oscuro y una remera blanca con la cara de Michael Jackson. ¿A quién buscan?, dice, y su lengua se contrae hacia adentro, al tiempo que una voz finita sale de su boca. Al Cóndor dice Clara, y el chico ya se asusta. Clara buscando a Cóndor, Clara buscando a Cóndor, repite para sí como llamando a la torre de control, que está de asueto o en plena siesta, porque no responde ni medio. La lengua del chico morenito se desenreda hacia afuera y aún más finito dice pasen.

Atraviesan pasillo de cemento hasta el fondo. El chico cuenta las puertas que pasan y los segundos que le lleva alcanzar la puerta H, donde entran. Hace un cálculo raro en su cabeza y piensa que si tuviera que correr podría salir a la calle en tan sólo seis segundos, pero tendría que dejar atrás su bicicleta y la de Clara, que ahora son contorsionadas para entrar por el angosto marco de la puerta H.

Se sientan en un sillón que les indica el chico morenito remera Michael Jackson. El chico ya imagina. Clara tiene una sonrisa estampada en la cara. Busca en su bolsillo. Saca tres billetes de cincuenta, los mira, los vuelve a guardar. El chico está nervioso pero quiere parecer ducho.

—¿Es flor? —pregunta.

—¿Qué? —responde Clara.

—¿Si es...? ¿si acá tienen de la buena...?

—Sos un personaje...

El chico sigue creyendo que están ahí para comprar algún tipo de droga, pero la respuesta de Clara lo confunde. Ella por su parte sabe perfectamente lo que hace ahí, pero le dio tanta gracia el *acting* forzado del chico que le pareció más poético no responderle. Al rato entra el tal Cóndor. Tiene el pelo desprolijo, rapado a los costados y sucio al centro, a mitad de camino entre una rasta y una cresta. Usa musculosa gris y pantalón ancho, como de hilo. Se mueve como si estuviera demasiado cómodo. Mira alto, pierde los ojos en las esquinas y vuelve la atención de pronto. Clara se ve fascinada. El chico piensa que ese otro *acting* es tanto o más patético que el suyo, y se da cuenta de que no se trata de interpretar bien tu papel sino de elegir un personaje a la moda.

—Sabés que lo tuyo lo tengo que buscar, Clarchus —dice el Cóndor—, pero está acá nomás. Si querés vamos un toque.

—Uh, buenazo —dice Clarchus, que después mira al chico y le pregunta: ¿me bancás?

El chico claro que la banca, y su único consuelo es saber que este tipo de idioteces las hace con total conciencia de estar haciéndolas, es decir, con total conciencia de estar haciendo una idiotez.

El Cóndor y Clarchus salen en busca de lo suyo. El chico se queda sentado en el sillón mientras el morenito Michael Jackson se

acomoda a un costado y se pone a hablar de pipas y lechuzas. Dice que las pipas son la versión artesanal de las lechuzas, que si se las redujera a instrumento serían pipas, o que las pipas, transformadas en animales, serían lechuzas, o búhos, que si bien no son lo mismo, él no sabe la diferencia. Pero el chico sí la sabe y se la dice, le explica que las lechuzas suelen tener la cabeza más grande que los búhos, que son tal vez más estéticos pero menos misteriosos, o no, misteriosos son, aunque más tirando a lo fantástico, mientras que el misterio de la lechuza radica en la oscuridad de su forma, o de su cuerpo, o del conjunto que se arma entre su forma, su cuerpo, sus ojos y sus plumas. Como sea, el morenito Michael Jackson dice sí, sí, y retoma su argumento, que a todas luces no parece ser demasiado contundente pero sí, sin dudas, algo original. Las pipas son piolas eh, las pipas son piolas. Habla cada vez más bajito, cada vez más finito, y el chico ya no sabe cómo hacer para no sentirse incómodo. En eso le suena el celular y lo agarra de un movimiento rápido que delata la tensión contenida y la necesidad de escape. Es un mensaje de Clara. *“Se demoró Negri. Andá arrancando”*. Lo lee casi con incredulidad, y el casi radica en que una vez más debió esperárselo y no lo hizo. Vuelve a leer. El morenito Michael Jackson sigue hablando, hace una enumeración en voz alta de los tipos de lechuzas y pipas que conoce. Hay lechuzas gorditas, pipas multifunción, lechuzas con el plumaje sin pigmentos, pipas eléctricas, lechuzas que comen carne y otras, muy raras en su especie, que comen frutas, pipas de hueso y pipas de marfil, hay lechuzas que parecen salidas de un cuadro de Picasso. El chico lo interrumpe y le dice que se va, le cuenta del mensaje. Guarda el celular, busca la bicicleta y encara para la puerta. El morenito Michael Jackson le dice pará, ¿y esto? Señala bicicleta de Clara. No sé, dice el chico, ya la buscará. No, dice el morenito Michael Jackson, acá no queda nada eh, no es depósito esto papá. Pero ya vuelve, insiste el chico. Si ya volviera la esperarías le responde el otro. El chico no lo puede creer. Qué querés que haga, dice. Que te la llesves, le responde.

Alguien resopla, o el chico o el morenito, o tal vez los dos resoplan, o tal vez alguien que está por ahí y nunca se vio. La cosa es que el resoplido de algún modo indica resignación, y el chico saca su bicicleta y atrás saca la de Clara. El morenito Michael Jackson cierra la puerta y el chico ahora está parado en la vereda. Se sube a su bicicleta y con la mano izquierda agarra el manubrio de la de Clara. Empieza a pedalear lentamente calle abajo, que sería en dirección al río de la Plata, aunque nadie piensa la ciudad de Buenos Aires así, y ni siquiera el chico, pero en la escritura suceden esas excepciones de nombrar lo que ni existe. El pedaleo al principio es temeroso, no tanto por el equilibrio sino porque la mano derecha que lleva su propio manubrio cuenta con el freno delantero, y cualquiera sabe que frenar con la rueda de adelante es siempre más arriesgado que hacerlo con la de atrás. Pasa las primeras esquinas sin problemas y se alienta un poco a sí mismo. Empieza a acelerar y en un raptó de resentimiento (el primero que se permite en el día), piensa que si la cosa llega a ponerse complicada suelta la bicicleta de Clara a la mierda y se preocupa por su propia integridad. La cosa igual nunca llega a ponerse complicada, y el chico pedalea lentamente cerca de cuarenta cuadras camino a su casa. La imagen sería así: por el barrio de Monserrat primero, después por Recoleta y al final por Palermo, los vecinos que caminan por la vereda ven pasar a un chico calle abajo llevando dos bicicletas a la vez. Algunos llegan a pensar qué curioso, lo normal es ver a dos personas en una bicicleta, es casi un gesto de solidaridad, pero ver a uno llevando dos... nadie repara en que también puede ser un gesto de amor, o incluso el mayor de los gestos de amor posibles, el último, el más elevado de los gestos de amor que un hombre, con todo el derecho a dejar la bicicleta tirada, puede cometer. No, nadie repara ni en lo que significa eso ni en la cara del chico, que sin dudas no es de alegría ni de vértigo, o incluso de adrenalina, porque también podría haber robado esa segunda bicicleta. No, la cara es la cara de un chico que pensó que no hay expresión más sexy de sí mismo que su

cuerpo arriba de una bicicleta y que de pronto, después de imaginar que podía recuperar el amor de la chica en una maniobra osada entre colectivos, de pronto está atravesando la soledad de Monserrat a paso lento mientras los viejos desde sus casas toman pequeñísimos tragos de vino barato que, a las perspectivas actuales del chico, él nunca va a llegar siquiera a probar, y no porque no vaya a llegar a viejo o a pobre, sino porque esa tranquilidad para el sorbo, ese mirar la calle vaso en mano como si nada extraordinario pudiera suceder, es un privilegio de los hombres que ya no esperan nada. Y el chico, lo sabe, nunca va a poder dejar de esperar algo.

La bicicleta ahora empieza a hacer un ruidito gastado. Al chico le duelen la mano izquierda y la columna. Está cansado, transpirado y triste. Pero está llegando a su casa, e imagina que un whisky con su amigo Ignacio puede apaciguar las aguas, aunque no piensa contarle ni el cincuenta por ciento de la verdad. Piensa esconder por ahí la bicicleta y entrar y hacer como si nada, o contarle una parte, alguna versión libre de los hechos para que el consuelo que reciba sea un consuelo con dignidad y no con lástima, aunque bien sabe que es el tipo de consuelo que le corresponde. De todas formas la situación no llega tan lejos. El chico mete las dos bicicletas en el sótano y sube a su departamento. Gira la llave a la izquierda y abre. Un ruido regular le llega a los oídos. Algo golpea una pared. Entra al living, ve su computadora sola, piensa que más tarde va a mirar el Muro y va a poner una frase triste. El ruido es claramente de golpes. Viene de su cuarto. Se acerca casi en puntas de pie, no sea cosa que descubra a un asesino cortándole la cabeza a Ignacio y, peor aún, que ese asesino lo descubra a él. Se asoma a la habitación. Empuja la puerta y lo ve. El culo de Ignacio va y viene hacia adelante con violencia. Adelante suyo, en cuatro patas, o en cuatro a secas, una chica desnuda recibe los impactos. El cuadro es musicalizado por el marco de la cama, que golpea la pared como obligándolos a los dos

a recordar lo que están haciendo. Qué hijo de puta, piensa el chico, que los ve coger y ni llega a calentarse, en ninguno de los sentidos. Se va del cuarto. Ni su amigo ni la chica que se está cogiendo su amigo se dan cuenta de la llegada del dueño de casa. El chico se sirve un whisky, se sienta frente a la computadora y en la sábana triste de su propio perfil del Muro escribe: *“es el amor, tendré que ocultarme o que huir”*. Hace clic en publicar y se ríe, pensando si alguien más entenderá el profundo sentido del humor que acaba de forzar.

/ 21 /

Hay una foto en la que está mi viejo con un casco azul en la cabeza en algún lugar de los Balcanes. Será el año noventa o noventa y uno y él está en Zagreb sentado atrás de un mortero anti-aéreo haciendo puntería con la cara relajada. Se nota por la tranquilidad de la expresión que ésa no es su tarea, que el antiaéreo estaba ahí solito porque nadie estaría atacando y aprovechó para ver cómo se veía desde la mira. Es lógico que le haya dado curiosidad, pienso, a mí también me la daría, y más si estuviera frente a un elemento que sé usar, que recibí entrenamiento para usar. Pero la foto me llama la atención porque siempre tuve a la figura de mi viejo asociada a los helicópteros, pero no a las armas. Siempre estuvo en contra de las armas, no le gustan, nunca nos mostró la suya, decía que le daba vergüenza tener que tenerla. Sin embargo estaba en casa, no sé dónde, pero en algún lugar la escondía. Una vez fuimos a lo de su prima Gloria, que estaba casada con Gustavo, otro milico pero más tradicional, amante en serio de los fogonazos y el polígono. Cuando entramos a la casa, yo tendría diez, vi en la mesa del comedor un revólver negro. Yo nunca había

visto un revólver, o sí, mentira, había visto muchos cargados en las cinturas de los soldados que estaban de guardia en Campo de Mayo, pero un revólver a merced, un revólver en la vida civil... eso nunca. Me entusiasmé, y sin mediar palabra fui hasta la mesa y lo levanté, nadie se había dado cuenta de que estaba ahí, lo tomé con las dos manos y apunté a la cabeza de mi hermano, o de Gustavo, y guiñé un ojo como midiendo. No sé si creía estar levantando un arma real o una de juguete, no me acuerdo qué habré pensado. Entonces entró mi viejo y me vio y pegó un grito tan desesperado que casi revoleo el arma, no lo hice, algo habría de conciencia, la apoyé lentamente en la mesa y al instante (al instante en verdad en que escuché el grito), entendí que estaba metido en un lío, que haberme visto así de seducido por el arma ya era una macana en sí, la hubiera levantado o no, pero encima haber apuntado, haber jugado a que podía matar a alguien, o dispararle... ésa era la única inconsciencia que como hijo menor no me podía perdonar.

De más grande pude negociar la culpa y dividirla entre mi super-yó desbocado por la guerra que me antecede, y la completa inconsciencia de Gustavo al dejar su arma ahí. Pero ver ahora esta foto en que mi viejo sonrío atrás del mortero me da vuelta la historia. Es obvio que cada padre construye lo que quiere que su hijo vea de él, pero no cuenta lógicamente con que aparezcan evidencias de la farsa. Y mi viejo vestido de verde a los veintitantos, cagándose de risa atrás de un mortero y fantaseando con bajar de un bombazo un Harrier... Eso es matar al padre, y funciona como dominó. Qué sé yo si realmente sufrió tanto la separación. Qué sé yo si no se juntó con amigos a festejar y se fue de joda. Yo hubiera hecho eso, aunque más no sea por pose. Cómo puedo saber si no alardeaba cuando joven de su derecho legal a portar un arma. Quizás era un banana que se hacía el malo y en algún momento maduró y dijo a mis hijos no los voy a dejar tocar un arma. Esas variaciones es imposible des-

cartarlas. Sé al menos que durante ese año que estuvo en la guerra de los Balcanes no tuvo que bajar ningún avión ni manejar helicópteros, que estaba como parte de una misión de paz que le servía a él para salir adelante del divorcio y a nosotros para recibir regalos de lujo como el Game Boy o el Montgomery marrón enorme que recién pude empezar a usar quince años después de recibirlo. Sé que mientras vivía en un hotel de Croacia intentaba salir con mujeres y que una vez lo invitaron otros soldados argentinos a una fiesta y le dijeron que llevara un champú, y a mi viejo le pareció un poco raro pero no quería ser descortés y por si las moscas cayó con un shampoo y una crema de enjuague, *Head & Shoulders*, y si bien no los pudieron usar para empedarse en la fiesta, al menos les sirvió de motivo de risas y cargadas durante toda la estadía en la misión. Sé que mi viejo volvió a la Argentina cuando yo cumplía seis y fue destinado a un puesto tranquilo en el edificio Libertador, y que una médica le hizo los controles de salud correspondientes y le pidió cuatro veces consecutivas que se hiciera más análisis porque si bien no saltaba nada raro en los resultados, ella insistía en que no había visto nunca a una persona tan triste en su vida.

A veces me veo escribiendo y pienso que sé muchas más cosas que mis hermanos, que la tendencia compulsiva a preguntar todo me expone a demasiados capítulos improbables. Sin embargo creo que es mejor armarlo todo y después podar las verdades incómodas. Mientras yo trato de entender cómo pude quedar tan golpeado por unos meses con Clara, mientras me convenzo de que eso no puede haber sido sino un avatar virósico del amor, que de lo contrario ya no podría tener argumentos para esperar al verdadero amor (y que incluso cada vez que uso el término me da un pudor tan grande que miro a los costados para ver si alguien se está burlando); mientras todo eso pasa y yo ninguneo a mi pasado para tener comprado el futuro, nada me protege de que una noche des-

cubra una nueva evidencia y me tenga que preguntar si no pondré demasiada fe en las historias que, si bien comprobé con el tiempo, podrían ser borradas de un plumazo por la aparición violenta de otra foto perdida.

/ 22 /

Mientras Ignacio fuma un cigarrillo abrazado a *la chica más linda del mundo* y seguramente divaga sobre la inexistencia del amor real sólo para parecer profundo y seducir a su acabado polvo, el chico mira las paredes de su departamento acumulando odio y resignación en partes iguales. Por supuesto, la realidad sale a su rescate y se para enfrente. La realidad, está claro, no es un personaje altisonante, es más bien un tipo difuso que camina encorvado como si no tocara el suelo. Ahora por ejemplo se acerca al departamento del chico y, trasmutado en sonido, se vuelve ring. El chico lo escucha. Es decir, el chico escucha el teléfono sonar y se da cuenta de que no está solo en el mundo, que todavía puede haber impostergables que lo estorben y den sentido a su vida. No piensa tan así, más bien escucha el teléfono y por algún sentido kantiano de la amistad se levanta y va a atender para que Ignacio, extasiado en el cuarto de al lado, no vea interrumpido su momento de gloria.

Lo primero que dice es hola, y dos segundos después, dos segundos de silencio después, completa: ¿quién es? Del otro lado del tubo no se escucha mucho, tan sólo una respiración agitada. Espera y finalmente una voz dice su nombre como chequeando que haya llamado a la persona indicada.

Reconoce la voz de inmediato. Está un poco más apagada que de costumbre –y no porque la costumbre de esa voz fuera estar apa-

gada, aunque sí, quizá un poco, estar apagándose—, pero igual la reconoce.

—¿Abuela? —dice.

Y la abuela responde. ¿Cómo estás nietito, cómo estás? Y el chico dice bien, bien, escribiendo. Y ella que claro, que es muy tarde, que no debió llamarlo a esas horas. Y él dice que no, que estaba despierto, que no pasa nada. Y ella que sí, que es muy tarde, que la perdone. Y la perdona, le parece más fácil perdonarla y clausurar la discusión ahí, para qué convencerla de lo otro. Después se callan. La abuela vuelve a pedir perdón, balbucea, se excusa. Le dice que la llamaron de la clínica. Y entonces lo entiende. No dice nada pero lo entiende. La conversación la sigue ella, aunque breve.

—Murió Tata.

—¿Murió?

—Sí, murió.

—¿Hoy?

—Esta tarde. Hace un rato me llamaron los médicos. Los hijos no me querían avisar.

Los hijos de Tata son los hijos de su primer matrimonio. Un clan detestable de pretendida sangre azul cuya madre, una condesa de no se sabe qué parte de Austria, cayó en desgracia tras el divorcio y se dedicó solamente a hacerles recordar su linaje a sus descendientes. Tata a los pocos años se casó con la abuela del chico, que estuvo antes casada con el abuelo de sangre. Todo esto, por supuesto, sucede antes de que él naciera, y aunque en su línea de tiempo ese hecho pareciera fundamental, la historia le muestra que a fines prácticos su futuro nacimiento poco influyó en lo que fueron haciendo de sus vidas los demás. La cosa es que el *clan sangre azul* quedó muy enojado con el segundo matrimonio de su padre y nunca lograron

acercarse hasta que llegó la enfermedad. El Parkinson en realidad se toma su tiempo, así que no fue tan drástico, la enfermedad llegó y habrán sido veinte años después, cuando Tata ya entró en la peor etapa, cuando el *clan sangre azul* dio el zarpazo. Lo declararon insano, le inhibieron los bienes (unas cuantas hectáreas de campo que pasaron a manejar ellos) y lo internaron en un geriátrico. La abuela del chico, que se divorció unos años antes para mantener las herencias separadas, se quedó sin herramientas legales para cuidar de su marido. Poco a poco la fueron alejando del todo. No la dejaban visitarlo en el geriátrico, no la dejaban acercarse al hospital, no la dejaban opinar sobre los posibles tratamientos. Detrás de la abuela, la familia entera fue siendo privada de todo contacto. En el último año, después de que se lo llevaron, nadie pudo verlo más que tres o cuatro veces. Algunas veces el chico llegaba a la puerta de la residencia y la dueña no le daba permiso para entrar. Otras estaban el hijo o el nieto y le decían que no, que le hacía mal a Tata verlo a él, o a sus hermanos, que en realidad lo estaban protegiendo de ellos. Fueron muchas crueldades juntas condensadas en un año, hasta que finalmente los meses hicieron que el chico se rindiera o se agotara. Ya no pudo ver a Tata y desde entonces se dedicó a esperar, sabiendo que iba a llegar el llamado en que alguien se lo anunciara. Murió Tata.

Cuando corta el teléfono, no sabe qué hacer. Quiere ponerse a escribir, hacer como si nada y seguir en la suya, jugar un poco al escritor desalmado del que un día van a contar que cuando murió su abuelo, él lo único que dijo fue *“qué bueno, me viene bárbaro para la novela”*. Y lo escribe en un papel para recordarlo, para forzarse un poco a serlo pero principalmente, y de esto se da cuenta, para evitar llevar el cauce de pensamientos a donde naturalmente debieran ir.

No sabe qué hacer. Puede ir a lo de su abuela y estar ahí. No cree que sirva de mucho y se hace un té. Hacerse un té después de este

tipo de noticias siempre le pareció coherente. No le pasa nada por la cabeza. No todavía. No le agarró la tristeza ni el remordimiento. Es decir, la tristeza está, había pocas personas en el mundo a las que quería como a su abuelo, pero esa tristeza no tomará forma, no todavía. Lo llama a su hermano, le pregunta si habló con abuela. Sí, le dice, tremendo.

—Sí, tremendo.

Y piensa que lo bueno, ahora que confirmó con su hermano que es tremendo, es que eso le da todo el derecho del mundo a ponerse mal. El derecho a la tristeza. Y si tiene ese derecho y ese derecho se relaciona directamente con el derecho a la angustia o a la depresión, eso significa que puede también hacer las muchas idioteces que uno no hace salvo cuando su tristeza está legitimada. Y se pregunta si él, o si el tipo que viene a ser él en la ficción, no podrá buscar el teléfono y escribirle un mensaje a Clara explicándole lo mal que está y lo mucho que se merece cuanto menos ser acompañado con un trago y custodiado mientras duerme. Pero no lo hace, por el momento no lo hace, primero porque el tipo no puede ser tan patético de seguir pensando en ella después de tanta bicicleta solitaria, y segundo porque por más lógico que suene, sería trivializar del todo la muerte de su abuelo, usarla para un pequeño oasis de consuelo que por seguro va a terminar también en la muerte o en mayor angustia. Y eso sería intolerable, angustiarse aún más porque la chica que lo consuela mientras se angustia con la muerte de su abuelo se va. Si deja que eso pase, si trae al mundo de la realidad esa falta total de jerarquías, con qué moral, o ni siquiera, con qué lógica puede dedicarse a seguir formando vínculos si todo pierde su peso por un simple, certero pero simple al fin, leve, levísimo desamor. Y no la llama, ni el chico ni el personaje que supongamos que es, nadie la llama. Y se concentra en cambio en dedicarle un homenaje que siente estar obligado a dedicarle a su abuelo, que acaba de morir y es como si

nada. Nunca antes se le había muerto un familiar. Nunca antes se había muerto nadie que él quisiera. Y se acuerda de una necrológica escrita por Martín Caparrós sobre la muerte de Tomás Eloy Martínez que lo emocionó mucho. Al principio lo envolvió la pura prosa, las palabras, pero cuando fue llegando al final ya no sabía qué le pasaba. Estaba casi llorando por la muerte de Tomás Eloy Martínez y no tenía ningún sentido. Primero porque murió varios años antes de que él leyera esa necrológica, y segundo porque nunca conoció en persona a Tomás Eloy Martínez, ni lo leyó ni había pensando en leerlo. Pero igual releía el artículo y se emocionaba, no sorprendido pero sí un tanto indignado de que se tratara de un mero efecto.

Y ahora se pone a escribir y es él quien busca ese efecto. No en un supuesto lector sino en sí mismo. Y va al cajón donde guardó el artículo y lo inspecciona, intentando registrar los recursos que lo sensibilizaron en un principio para ponerlos él ahora sobre la hoja y ver si así logra generarse la tristeza que corresponde. Supone que Tata esperaría bastante más de él. No mucha lágrima, él nunca fue un sentimental, pero sí una especie de congoja reflexiva. Cuando se morían sus amigos, Tata se encerraba en su cuarto a leer o mirar por la ventana, y por los próximos cuatro o cinco días sólo charlaba de anécdotas con ese amigo. Se le fijaba en la memoria sólo esa parte de su vida, la que había compartido con el muerto, y no se dejaba distraer por nada más. No lloraba. Una tarde incluso le leyó al chico una frase para un aviso fúnebre que iba a publicar. Era tanta la dedicación que ponía en esas pocas líneas que el chico entendió que de un modo u otro, a Tata le importaba despedir a su amigo en la hoja de un diario. Y se pone a pensar que tal vez tenga sentido corresponderle con el mismo formalismo, llamar al 0800 del diario que leía y despedirlo como él despedía. Y lo hace, y siente que como casi todas las cosas de la vida es un acto hecho más para sí mismo que otra cosa. ¿Uno piensa las palabras más lindas para qué? Si a

los muertos no se los acaricia ni se les lee. Se los despide en palabras por deficiencia. Debe ser el gesto, el bálsamo que produce hacer el gesto. Pero es tétrico, ahora que él también se suma al sinsentido se da cuenta de que es tétrico. Llama por teléfono al diario *La Nación*. Una operadora toma nota de su aviso. Lo dicta, se lo dicta a una total desconocida que se pasa el día recibiendo avisos fúnebres.

—Le recomiendo colocar un q.e.p.d para completar el renglón. Por el mismo costo puede agregar eso o lo que quiera.

Por el mismo costo. Y después lo de rigor, lo nota en el tono acostumbrado con que se lo dicen.

—¿Colocamos cruz?

Le responde que no, que Tata no creía en dios, que muchas gracias. Le dicen el importe y le piden los datos de la tarjeta. Dos mil pesos. El chico no entiende qué hace haciendo esto. Capaz es una forma de expiación, piensa, una manera de perdonarse por no haberlo visto casi todo ese último año, por haberse vuelto tan frágil que sólo escuchar su nombre lo atacaba. Por haberse sentido demasiado lejos y demasiado cerca. Por no haber logrado atravesar el palier del geriátrico con violencia y rescatarlo del abandono, o por no haberse sentado al lado suyo hasta el último día y hablar de libros como siempre, hilar sus incoherencias a puro ingenio o correrle la almohada y verlo insultar despacito a su hijo. Tendría, piensa, que haber atravesado cuantas puertas fueran necesarias y llevarlo a tomar un copetín en la confitería *Tolón*, de Coronel Díaz y Santa Fe, pedir un *pisco sour* y terminar en pedo con una copa, como aquella vez hace tantos años, y después dejarlo durmiendo en lo de su abuela, ayudarlo a caminar con su carrito, escuchar los chistes eternos que repetía hasta el cansancio y hacer como si fuera la primera vez que los decía, pelearme con su abuela porque siempre lo apuraba a comer el postre o lo retaba por decir barbaridades:

que cómo le iba a dar un licor a él, que tenía doce, o que cómo iba a leerle ese cuento, que era pornográfico... lo que fuera, todas las mañan incongruentes que tenían cuando hacían de sus vidas lo que querían.

Ahora ve el chico por qué la gente suele evitar los fantasmas. Hace meses que sólo acordarse de su abuelo lo angustia. Puede estar a punto de dormirse cualquier noche, feliz o borracho, inconsciente o lúcido, y la cara temblorosa de Tata se le aparece y pierde el foco. Es como una muerte, es una muerte, pero peor, porque durante un año no hubo muerte. Es decir, era una muerte que él sabía que estaba llegando, y simplemente la aceptó y la dejó lista para salir a la luz cuando fuera el momento. Y el momento, al parecer, es ahora. Y a su vez, el chico no pensó nunca que fuera a pasar, era una muerte que tapó de escombros y olvidó, una muerte futura imposible, como si no existiera, como si no fuera a llegarle nunca la noticia. De hecho, ahora que escucha como un rumor la voz de Ignacio en el cuarto de al lado, ahora se ilusiona y piensa que tal vez Tata siga estando vivo en su habitación de Barrio Parque, protegido por enfermeras apáticas que lo bañan y lo cuidan pero no lo quieren, ni él a ellas... Incluso debe ir a misa, lo deben llevar contra su voluntad porque él no cree ni medio, y después seguro lo dejan ahí en la cama mirando tele o con algún diario de derecha que ya ni hojea. Imagina de pronto que sigue vivo y no sabe si es peor. ¿Con quién hablaría? ¿Le darían charla sus hijos? ¿Sus nietos? ¿Entenderían que en general no le importaba nada más allá del campo, el origen de los alambrados, los molinos y las historias de Anastasio Gómez? O tal vez, si estuviera vivo, estaría demasiado sumido en su enfermedad, intervenido para no comer, rindiéndole cuentas a un goteo de suero que sería el único menú del día, día a día, sin sobremesa, sin insultar al presidente de turno ante nadie ni recordando ese cuento de Fontanarrosa. *“Los nombres del Negro... nadie elige nombres como*

el Negro". Se pregunta el chico si alguien más sabrá que opinaba eso. O que Manzi no le volaba tanto el bocho como Le Pera. ¿Sabrán alguien que su victrola le regaló algunos de los mejores momentos de su infancia? O que era un eximio jugador de croquet y de ping pong, que le enseñó todos los trucos hasta hacerlo mejor que él, y que ni el Parkinson le evitó jugarle diez partidos seguidos mientras su abuela los llamaba a comer, y lo retaba a Tata, y le rogaba al chico, y ellos seguían ahí en el galpón del campo, dale que dale con la pelotita, hasta llegar a 17 puntos, o a 21 en verdad, el único marcador válido, pero el primero en alcanzar los 17... ya lo sabían, estaba todo dicho. ¿Alguien más sabrá eso, que es imposible remontar un partido que ya llegó a los 17? No lo cree. No cree que nadie sepa ni remotamente quién fue el hombre al que tuvieron secuestrado durante un año en un cuarto repleto de cruces y palanganas. Y no sabe qué más hacer, y pone frases de despedida en el Muro y se siente un idiota leyendo los comentarios sentidos de sus amigos. Está inmóvil frente a su computadora. Cada tanto le agarran espasmos de llanto que trata de reprimir, y escucha la conversación aparentemente profunda de Ignacio con *la chica más linda del mundo* y no puede evitar reírse. Y vuelve sobre sí y se pregunta qué pensarán sus hermanos. ¿Estarán sufriendo también? Se pregunta si él mismo está sufriendo. ¿Era esto? ¿Era esto? Y no puede ni imaginarse hablando del tema con alguien. Y piensa en la tristeza de su abuela. Su abuela, con quien tiene un nivel de confianza que no sabe si nació en la diferencia de edad, en la brecha generacional, o en ese pacto ridículo que se da entre nieto y abuelo por el cual todo siempre roza el sinsentido y se vuelve cómico. No lo sabe, pero su tristeza es demoledora, la sola idea de su tristeza y su lucha maratónica contra la justicia, la idiotez y el rencor. Su odisea por seguir viendo a Tata en la absoluta imposibilidad, por seguir queriéndolo en la locura. El chico aprieta los dientes y piensa en la relación que tenían sus abuelos, alimentada básicamente a insultos muy sofisticados, maneras del amor muy ex-

trañas, romance urdido en jeringuillas y galimatías. En los cuentos de Tata, los literarios, su abuela era siempre un personaje complejo, una mujer sofisticada y culta a la que se la seducía con notas extrañas o con literatura francesa. En el día a día, Tata era para ella una especie de genio insoportable capaz de hablar horas y horas de lo mismo sin reparar en la repetición o en el cansancio del interlocutor, y se ponía nerviosa, la abuela, y apuraba los cuentos, arruinaba el remate, y Tata ya se reía, estaba más allá de todo. Una relación rara, de muchos años, muchas mañanas, mucho pasado, demasiado, mucha cultura. La sopa, el diario, el programa derecho de Mariano Grondona, las cosas del campo, la literatura y los años juntos en la universidad. Imponderables suyos de cada día. Y el chico, testigo preferido de los dos, escuchándolos cantar *El último organito* mientras Tata le decía a su abuela *qué chico inteligente, le importa saber cómo eran las cosas*, y ella que por supuesto, que era su nieto, qué se pensaba, y el chico callado, en algún punto orgulloso pero también muerto de miedo, miedo a que eso se termine, miedo a que eso también se pierda, eso también, y él no pueda más que recordarlo llorando en medio de alguna noche interminable. Miedo, ahora que lo piensa, a que fuera como todas las cosas de la vida... a que fuera igual de fuerte y luminoso y breve como el recuerdo de su risa, blanca y barbuda, en la última tarde de un otoño perdido.

Miedo, sin ir más lejos, a que un día tuviera que enterarse de esto.

/ 23 /

Primero dijo que teníamos que hablar. O dijo que tenía algo para decir, pero yo supuse que era más bien para hablarlo porque usó ese tono de gravedad que ensayaba sólo cuando tenía que cance-

lar unas vacaciones o decir que de nuevo íbamos a comer polenta. Esta vez sin embargo se lo veía un poco más nervioso. Estábamos los tres en el auto. No estoy seguro, tal vez Rodrigo no estaba. El auto era un Gol azul del noventa y cinco, lo había comprado con un crédito a ex combatientes y durante muchos años pensé que eso significaba que se lo habían regalado. Me parecía muy canchero ese auto. Una vez camino a Corrientes papá lo había puesto a ciento sesenta durante dos o tres minutos y esa imprudencia me parecía la mayor aventura posible. Lo hizo sólo una vez. El día del anuncio manejó despacio. Nos buscó en lo de mamá y al primer semáforo dijo que tenía algo que contarnos. Yo tenía once o doce. Doce. Ya sabía reconocer cuando alguien preparaba el terreno. Supuse que, de no ser que fuera que íbamos a comer polenta, mi viejo tendría alguna coreografía preparada para dar la noticia. Íbamos, calculo, por Charcas. Nos buscaba en Paraguay, retomaba por Uruguay hasta Córdoba, una cuadra hasta Paraná y dos hasta Charcas. De ahí, ocho o nueve hasta Azcuénaga. Entró el auto en el estacionamiento frente a su casa. Apagó el motor y en vez de salir del auto rodeó con su brazo derecho el respaldo del acompañante, como cuando uno se sostiene para mirar hacia atrás en reversa. Metió pausa. Juan Cruz quiso esquivar el trámite y amagó bajar. Papá dijo que esperara. Era extraño, una noticia importante que en vez de ser dada en el living la iba a disparar en un estacionamiento descubierto –el más barato de la zona– que tenía más de descampado que de estacionamiento. No había ninguna coherencia escenográfica. No es que lo pensara de esa forma, pero el instinto me indicaba que así no se dan las noticias. No contaba, lógicamente, con suficientes experiencias de vida como para saber que las noticias importantes más vale darlas en situaciones de transición, en escenarios que se vean interrumpidos prontamente por la incomodidad o por algún inconveniente técnico. Y no sabía, tampoco, que algunas revelaciones se vuelven ácido si no se las saca de encima pronto. Se dio vuelta tomando el

asiento del acompañante y lo introdujo. Vieron que... Yo los quiero como a nadie... Yo siempre voy a ser su padre... No me acuerdo qué más y la noticia: Carolina está embarazada.

Acá es cuando me gustaría que las líneas formaran una película, que las cosas se dejaran de narrar y se materializaran de pronto frente a los ojos del que mira estas palabras.

Carolina está embarazada y algunos segundos de silencio. La voz de papá vuelve: esto no significa que los voy a dejar de querer o que va a cambiar algo en nuestra relación. Esto no significa que tal o cual cosa. Y entonces sí, la incomodidad material que nos obliga a salir del auto y respirar cada uno por su lado. Nunca antes había pensado en el cagazo soberano que habrá tenido mi viejo al darnos la noticia. Unos años después, cuando nació Francisco, el último y el más feliz de nosotros, la maquina familiar ya estaba en marcha, anunciar las cosas era fácil, pero en ese entonces no. El problema no era lo que yo pensara sino que ante tanta aclaración paterna, ante tanta seguridad de que nada iba a cambiar y que había que estar contentos, yo –estimo, estimo porque no me acuerdo lo más mínimo mi reacción– habré tenido miedo. Pero no sentí ese miedo, suponiendo que lo sentí, de manera automática. Me quedé callado, no entendía muy bien, pensaba que los años en los que hay riesgos de hermanitos habían terminado. Y no dije nada. Fue mi viejo, es decir, el adulto, el que me fue indicando el camino laberíntico por el que tenían que ir mis sentimientos. A veces pienso que en la infancia uno no aprende a reaccionar frente a las cosas sino a interpretar lo que los otros esperan de esa reacción. Digo, uno ve la cara rígida del padre o escucha el tono trágico con que son dichas ciertas ridiculeces y supone –le hacen suponer– que tiene que reaccionar con la misma gravedad con que le dicen las cosas. Entonces cree que realmente es importante comer zanahoria para ver bien o no decir mentiras si queremos conservar la nariz en proporciones

respetables. Yo no sé cómo hubiera actuado ante la noticia de mi hermanito si mi viejo no repetía constantemente que nuestra vida iba a cambiar para siempre. Porque la verdad que la vida constantemente cambia para siempre, y eso no significa nada, es una frase que denota la obviedad. Subimos al departamento y estaba Carolina. Carolina era la novia de papá desde hacía algunos años. Yo me llevaba bien, la quería. Entramos y la abracé. Yo creo que estaba contento, me gustaría haberlo estado, no lo sé, a esa edad uno hace, no piensa. O tal vez piensa, pero esos pensamientos van quedando en el olvido porque si hay algo que extrañar de la infancia es la posibilidad de enfrentarnos a una vida en la que todos los errores y pecados que vayamos a cometer hasta cierta edad van a ser olvidados por nosotros y por el resto, y si no por el resto, al menos van a ser tratados como imágenes caricaturescas de la vida de otro que ya no está. A partir de que uno crece la vida se va acumulando con tanto más peso, porque alguien, otra vez, nos convence de que recordar es sano. Recordar no es más que volver a vivir lo mismo pero sin el disfrute de la experiencia. Recordar es un ejercicio insano al que soy adicto porque, quién sabe, acaso recordarlo todo sea –en su imposibilidad– la única manera de sacárselo de encima, de ya no tener más nada que recordar.

Entré a la casa y abracé a Carolina. Me miró y miró a papá como preguntando si sabíamos. Antes, entre el auto y la casa (la distancia de una calle), papá había explicado muy pedagógicamente que a un embarazo lo sucedía un casamiento, cuando no al revés. Eso me había alentado un poco, me divertía un casamiento. Lentamente, calculo entre media hora y cincuenta minutos, me fui poniendo feliz. Por esa época tenía que tomar la Confirmación, tercer sacramento al hilo que yo no elegía tomar y que tomaba. Había que buscar un padrino o una madrina, eso me divertía, suponía la posibilidad de volverse favorito para alguien y recibir, de yapa, algún regalo importante. Pero además, decía el catequista, tenía que ser alguien

fundamental. Abracé a Carolina y le pregunté si quería ser mi madrina de confirmación. Quería que estuviera contenta, quería que supiera que yo me alegraba por ella y por papá y por Bautista, que todavía no tenía ni sexo ni nombre, y quería que desapareciera ese sentimiento de culpa que sentía por no haberme alegrado automáticamente. Es que papá estaba tan nervioso, tan rígido de cara... Pero ahí, en el sí de Carolina, en su ahora sí automática manera de alegrarse y ponerse a llorar, ahí se fundía de pronto el final, el final único y definitivo a la historia paria que venía construyendo de mi viejo. Me sentí bien. Me sentí feliz. Y vi, como si la película que se forma esta vez corriera en reversa, que el vidrio de la ventana por la que había salido disparado el matrimonio de mis viejos se volvía a formar como por arte de magia. Y la ventana, esa ventana, ahora se abría para siempre.

/ 24 /

Ignacio sale desnudo del cuarto y ve al chico sentado en el sillón del living. Epa, dice, y después le pregunta qué hace ahí. El chico por supuesto hace el comentario obvio de que está en su casa, que qué hace él ahí, e Ignacio le dice que también está en su casa, y le recuerda que para algo tiene llaves. La conversación no sigue e Ignacio se da cuenta de que la cara de su amigo no es la más alegre, y le pregunta qué le pasa. Sabe, por otro lado, que no es su irrupción lo que le molesta, a eso está acostumbrado, entonces insiste en que le cuente. El chico se toma un momento para dramatizar la situación y hace temblar un poco su labio inferior antes de hablar. El recurso de todas formas no es evidentemente forzado, es decir, tal vez el labio tiembla solo, tal vez el dramatismo en ciertas situaciones es lo

que en verdad corresponde a la escena, pero para él, que lo sembró alrededor de cada nimiedad biográfica, es difícil distinguirlo.

–Se murió Tata –dice finalmente.

–¿Tata? ¿Tu abuelo?

–Sí, Tata.

–Qué gilada.

–Sí, una gilada.

–¿Y cómo estás?

–No sé, me acabo de enterar.

–¿Pero cómo no me dijiste?

–¿Cómo que no te dije? Me acabo de enterar te digo. Me acabo de enterar y te lo estoy diciendo.

–¡Pero porque te pregunté! Me tenés que avisar, no me podés dejar garchando como si nada.

–Sí, perdón.

–No, todo bien. ¿Pero vos cómo estás? Qué gilada...

La conversación, que en algún punto subió su volumen o su intensidad o algo, al parecer despierta cierto interés en el cuarto de al lado porque desde la puerta asoma el pelo primero y el cuerpo entero después de *la chica más linda del mundo*, que está desnuda ahora y hace total gala de su fama. Muestra cierto pudor cuando lo ve al chico pero no sorpresa. Hola le dice, medio riendo, sugiriendo a un tiempo el total descaro sexual de aparecerse desnuda sin vergüenza y ridiculizando un poco el hecho de que unas horas atrás ese mismo chico medio tristón hundido en su sillón había intentado seducirla.

–Hola –responde el chico.

Y después se para y le dice a Ignacio que se va a dar una vuelta en bici o caminando, no sabe, y que los deja tranquilos. Ignacio repite

qué gilada. *La chica más linda de mundo* se da media vuelta y regala una postal de despedida perfecta. Todo queda en silencio y el chico sale de su departamento.

Sigue pensando en Tata y en qué hacer con su muerte. Nadie sabe cuál es el modo civilizado de actuar frente a ella. En la India, recuerda, la gente se viste de naranja o de blanco, se pintan las caras, se rapan el pelo dejándose una colita y, luego de quemar al muerto a la orilla del Ganges, celebran. Y si no celebran, hacen como si. No está mal visto buscarle el beneficio al después, no es indecente pensar que la extinción de alguien querido les tiene que servir para algo. Aunque claro que esa celebración se sostiene, en teoría, en el destino provechoso que le espera al muerto. En Occidente en cambio la muerte toma otra forma. Nadie más justificado para el dolor que el familiar de un muerto. Nadie más doliente que la mujer o el hombre que se arrodilla junto a una tumba, y en letanía tosca le pregunta por qué a una caja de madera. Y la verdad que no hay porqué que valga, la verdad que la pregunta es absurda como cualquier intento de respuesta. Sin embargo, crecemos pensando si encontraremos finalmente a la mujer que se arrodille el día de nuestra muerte (y, con suerte, también algunos días en vida). Crecemos pensando que si nadie nos llora desconsoladamente hay algo mal, algo que desperdiciamos, porque al fin y al cabo venimos al mundo a enamorarnos y enamorar a alguien con la promesa siempre firme de provocarle a ese alguien el dolor más profundo que conoció en su vida. Pero no lo sabemos, y actuamos como chicos que aprenden el mundo. Actuamos llenos de dudas, consultando cada paso como si fuera definitivo, como si la arquitectura con que se forma el mundo estuviera esperando esos mínimos tropiezos y esa puntada precisa que calculamos por horas. La muerte es jodida porque nos llena de peso el millón de decisiones menores que deberíamos tomar como si nada. ¿Coca o coca cola *light*? ¿Café o cortado? Todo en miras del lecho de

muerte. El chico lo sabe, principalmente porque ahora camina por Palermo y es él mismo quien se está preguntando todas estas cosas. No lo hace, sin embargo, de puro maquinador. No. Lo hace porque tiene una idea entre ceja y ceja, y está buscando la forma de justificarla. Sabe, desde el segundo en que le llegó la noticia, que quiere hablar con Clara. No sabe qué quiere decirle. Sí que le va a contar sobre la muerte de su abuelo, sí que le va a describir la infancia juntos, sí que le va a contar del dolor de la abuela, pero después, cuando el volcán de dolor calle, ya no sabe qué va a decirle. Supone que el abrazo que reciba a cambio lo va a reconfortar, supone que la situación se va a imponer a la necesidad narcótica de ella, supone que el Cóndor o quién sea que ronde por ahí va a pasar a segundo plano, ¿pero después? Sabe el chico que es sólo una postergación indecorosa y que además está usando la muerte de su abuelo para llevarla a cabo, pero vuelve sobre el argumento de su impunidad y busca el teléfono. Algo tiene que aprender de todo esto, o al menos sumar al combo de muertes la mayor cantidad de agonías posibles. Piensa en una purga. Tal vez sea día de purga, como en India, como en Varanasi, la ciudad de la destrucción a orillas del Ganges, donde las cenizas de los muertos se hunden en el mismo río en que los vivos se zambullen para purificarse. El chico se aferra a esa imagen y marca el número de Clara con la misma humildad y decisión con que hace algunos meses se tiró de cabeza en ese río sagrado de la India. Está a punto de cometer un acto de fe, y el sonido que sale del parlante de su teléfono se vuelve de pronto la única interferencia entre él y dios, le da miedo estar siendo demasiado obvio en su herejía y corta, no sea cosa que si existe un paraíso, él lo esté privando a su abuelo de conocerlo. Sea así o no, decide postergar el llamado. Sabe que cuando Clara le atienda el teléfono, las cosas van a cambiar para siempre.

Suena la fanfarria del Alto Perú. Papá se despide de su carrera militar mientras generales y coroneles lo saludan disconformes con el retiro, que no es decisión de él sino del Ejército. Le estrechan la mano. Un soldado se me acerca y me saluda intensamente. Me dice vos no sabés quién es tu viejo. Le hago un chiste y le digo quién, ¿usted? Y no se ríe. Papá sigue siendo saludado por los altos cargos que –la discusión correrá por otro lado– no supieron defender lo que creían justo, pero un ascenso a esta altura –vuelve la cantinela– siempre depende de la política. Mi viejo está triste, pero como buen militar alisa su uniforme y saluda. El otro tipo vuelve a decirme: vos no sabés quién es tu viejo. Le doy la tregua y lo miro. Tiene los dientes pintados de violeta por el vino. Come una empanada. Mira por la ventana del club de suboficiales de Campo de Mayo y empieza a hablar. *“Tu viejo me sacó de Malvinas”, dice. “Yo estaba caído tras las líneas y nadie me quería buscar, había que pasar por arriba de los comandos ingleses, los Harriers patrullaban. Tu viejo se ofreció y salió”*. Me quedo callado. Me incomoda que me hablen de mis padres como suponiendo que los desprecio o que no los valoro. Se lo digo, trato de hacerle entender que un hijo no puede evidenciar la admiración, no después de cierta edad. El hombre sigue hablando sin escucharme. Ahí me doy cuenta de que no es a mí a quien le habla, no es a nadie en verdad, el tipo habla, recuerda, como lo hacen un montón de otros tipos y como mi viejo mismo en ciertas situaciones. Le hablan preferentemente al vacío, a lo que no puede responder.

Estamos ahora en un asado y papá les lee Borges a unos amigos irlandeses que vinieron a visitarlo. Les trata de explicar *Arte poética*, se los traduce, les dice que Borges tenía un gran respeto por los militares, que su familia lo era, que él siempre admiró la épica de las batallas. Lee. Cuentan que Ulises, harto de prodigios, lloró de amor al divisar su Ítaca, verde y humilde. El arte es esa Ítaca... no de prodigios. Los irlandeses asienten como quien acaba de escuchar una gran ecuación matemática y supone admirable esa álgebra. Papá se entusiasma. Uno de sus amigos me toca el hombro y se ríe: já, tu viejo, dice, la primera vez que vine acá me tuvo dos horas leyendo el *Poema de los dones*... Yo no sabía cómo decirle que odio la poesía. Le digo que lo mismo da si se lo hubiera dicho. Me da la razón y me pregunta si sé la historia de Sarajevo. También tiene los dientes violetas. Empiezo a asociar ese color a la forma involuntaria en que me llegan los cuentos.

Papá sigue con los irlandeses, que se cansan de Borges y preguntan a qué se debe el cuadro del living en el que están los Harriers disparándole a un helicóptero. Mi viejo empezará el derrotero de anécdotas de Malvinas. Generalmente cuenta las pocas situaciones ya conocidas en la familia. Cada tanto sin embargo, cuando se emborracha de más o el invitado sabe preguntar, se mete un poco más profundo. El irlandés quiere saber si alguna vez lo atacaron estando en tierra. Papá empieza, como de costumbre, hablando de otra cosa. Se pone a desarrollar teorías acerca de la hipnosis. Al rato llega al punto. Una vez lo hipnotizó un psicólogo y lo hizo recuperar un recuerdo aparentemente perdido. Suena la alarma en Puerto Argentino, los soldados ocupan sus puestos en las trincheras asignadas. Mi viejo va a la suya y se encuentra, ahí, con un oficial del mismo rango y con un teniente que, al fondo de la trinchera, está acurrucado, tomándose las rodillas. Empieza el bombardeo.

...

...

Pum...

Trtrtr... Trtrtr... Trtrtr...

...

Pum...

Pum...

...

...

Pasa la noche entera escuchando la sinfonía. Conversa con su par, Gutiérrez. Hablan de sus familias, de sus compañeros, de las misiones, de las maniobras. Se preguntan cuánto más durarán los bombardeos. Se ríen del teniente, que a la hora de dormir no para de temblar y no los deja descansar. Empiezan a ver la luz del sol. Salen de nuevo al aire libre y se reúnen con la tropa. No hubo bajas. Papá dice que nunca había pensado en esa noche. Se pone a recordar a sus hermanos de trinchera, imita el gesto de sus cabezas cuando caía un estruendo más fuerte que otro. Piensa en Gutiérrez. Pobre tipo, dice. Anduvo deprimido. La última vez que lo vio había pasado el límite de los ciento cincuenta kilos. Buscaba trabajo, una vida complicada. El teniente peor. Pocos días después de los bombardeos sale de misión piloteando su helicóptero Puma. Atacan los Harriers, le dan a las hélices y al motor. Trata de aterrizarlo, se estrellan. Él sobrevive, sale a salvo. El helicóptero sin embargo cae dado vuelta y todo el combustible del tanque se vuelca sobre la cabina trasera, calcinando en pocos segundos a todo su comando. Sobreviven él y el copiloto. Los Puma serán rediseñados años más tarde con unas barras especiales para que en caso de darse vuelta, el combustible se disperse y no se derrame hacia adentro. No sé si

el teniente llega a enterarse del avance. Pasa mucho tiempo en terapia. Intenta alguna que otra vez seguir el destino de sus compañeros. No sigue la carrera militar ni ninguna otra carrera. Como muchos otros, habitará el limbo de la locura post guerra con cierta vergüenza. Muere un día, solo y triste, aunque eso lo supone mi viejo por el hecho de que nadie se entera de esa muerte hasta varios años después, cuando alguien encuentre de casualidad su nombre en la nómina de suicidios de un club de veteranos de Carapachay.

Papá dice algo así como no me fue tan mal después de todo, o salí bastante sano para lo que fue. O no sé qué dice. Tal vez no dice nada, pero me da la impresión de que su mejor opción es analizar su vida poniendo esa trinchera como punto de partida, esa pequeña camada triangular que, aunque más no sea por comparación, lo muestra como un tipo feliz. Porque papá, creo, es un tipo feliz. Un tipo que encontró la manera de que ese pasado, el pasado que al menos yo me construyo como triste, le sirva no de ancla sino de turbina: un enorme motor que lo empuja hacia adelante, que lo aleja de lo otro. Y lo otro, por lo demás, es mi territorio. No sé por qué lo habito. Acaso porque ver a mi viejo feliz hoy me hace pensar que la fórmula puede ser fundarme un pasado de angustias para después –cuando empiece la segunda parte de la vida– poder dedicarme a disfrutar, a “ser feliz”. Digo, correr hacia adelante en marcha fúnebre como si la única manera de llegar bien a destino fuera sufriendo todo demasiado. Porque el destino, nunca de prodigios sino de verde eternidad, no es lo que se atraviesa en la odisea sino adonde se llega con todo el viaje auestas, y entonces se puede ocupar de descansar. Descansar porque ya no se es aquel, ya no se es el de la aventura.

Mientras, *el amigo dientes violeta* me cuenta la historia. En abril de 1992 comienza el sitio de Sarajevo. Los bombardeos son constantes. Algunos edificios arden cerca de sus techos, ahí donde la

terrazza se vuelve un trampolín demasiado tentador hacia la muerte. Las imágenes del fuego, como postal recurrente del infierno, hacen pensar que la ciudad va a desaparecer. No sucede, pero su población queda reducida a 64% y sus edificios, maquillados por el humo, toman forma de escombros. Algunos francotiradores aguantarán en sus puestos más de lo esperado, meses en los que se los cree muertos y en los que, a sabiendas de ese status, simplemente se dedican a demorar el encuentro de esa última bala, como soldados de resistencia escondidos en el derrumbe de lo que fue no sólo su ciudad sino también su vida. Alguien, supongo, habrá pensado antes que yo en qué les pasaría por la cabeza a esos tipos, prorrogando la muerte con el único propósito de adelantársela a algún otro. Sarajevo está en ruinas, lo mismo podría ser Zagreb o Belgrado. Las fuerzas de las Naciones Unidas hacen ejercicios de rutina. Mi padre todavía soldado se calza el uniforme y los *walkman* y sale a correr. La imagen hasta ahí es puro noventa. Imagino un *walkman* amarillo, un *cassette* de, pongamos, Phil Collins. Pone *play* y arranca. Ahí el micrófono de la cámara empezaría a registrar el sonido de la respiración, que aporta suspenso, y con ese algoritmo asmático mi viejo entra a correr entre las ruinas de Sarajevo mientras la cámara, que son también mis ojos, lo persigue desde atrás. Papá mide la distancia en kilómetros y traza una ruta. Conoce el mapa y sabe dónde hay más posibilidad de francotiradores. En lo posible, trata de evitarlos. La cámara se asusta más que él, pero es un susto un poco forzado, porque la cámara –y mis ojos– saben que él no muere ahí. La tensión está no en el riesgo, sino en los motivos que lo hacen desear esos riesgos. La tensión está en la tilinga indignación del hijo, que tiene que escuchar a un amigo del padre que en la cumbre de su borrachera le cuenta esta escena como si fuera una clave secreta del heroísmo. Papá sigue corriendo y la cámara le va perdiendo el paso. Es como si el padre, se descubre ahora, estuviera hecho de cenizas, como si fuera un fantasma entre nubes que se

aleja escuchando el *walkman* y nunca responde las preguntas que la cámara, el hijo, le hace en la persecución. El plano queda fijo. El padre se aleja más y más, hasta perderse en el horizonte último de una calle sin nombre. La cámara se queda mirando a su alrededor, intentando de algún modo ser ella la que corre el riesgo de andar sola por Sarajevo. Se ven entradas de edificio sin puertas ni ventanas, sólo los marcos irregulares y algunos amontonamientos de madera astillada. Cada veinte o treinta metros se puede encontrar una mancha negra perfectamente circular, que se aclara en el centro y se extiende hacia los lados en forma de cresta punk. A los costados de las manchas no hay nada que mantenga su forma. En los escombros empieza a moverse una sombra, una presencia, algo así como un fantasma. La cámara va al encuentro. No sé por qué avanza, por qué vino avanzando hasta acá. La voz del amigo de mi viejo va desapareciendo cada vez más. Mi viejo sigue entreteniéndolo a los irlandeses. Y yo, sin saber por qué, persigo a un fantasma en algún lugar de los Balcanes con la ilusión de salir yo también de esa guerra, y de las propias. Los fantasmas, una vez muertos, sirven para recordar aquello por lo que ya no se sufre. ¿Pero cómo terminar con lo que no existe? Vuelvo de Sarajevo, Malvinas o Palermo, y descubro que a los fantasmas hay que matarlos en el idioma en que fueron concebidos. Se los mata con el tono, con el ritmo, con el mismo crisol oxidado que los iluminó la primera vez. A los fantasmas se los mata invitándolos a pasar al living, dándoles café con masas, volviendo a tener su edad, su perfume, hasta sus mismos sentimientos. Se los mata llegando tan lejos en su corazón que hasta dudamos de querer matarlos, les decimos *I'm your father* y los vemos llorar, y lloramos con él, pero con la mano en la espada, con el túnel dispuesto para hacerlo extender debajo suyo. Se los mata sólo después de haber pensado al menos dos veces que quizá el fantasma somos nosotros. Se los mata cuando ya molestan de tan familiares que se vuelven. Y se adopta su idioma, el lenguaje en que los concebimos por prime-

ra vez, los símbolos que fueron nuestros símbolos cuando éramos aquel, y como en un rito, como si fuéramos a una bruja berreta del conurbano, le hablamos tiernamente con sus palabras y le decimos que ya está, dulce demonio, que ya fue suficiente materia pendiente y que ahora, corazón de ajo mediante, ya no será parte de nuestra existencia.

A los fantasmas, digo, se los mata contándoles su historia.



uno
dos
/ tres /



Ahora suena *Hero*. Mariah Carey al taco y la cara de mi viejo diciéndome: escuchá mijó, escuchá. Yo me río mientras el estribillo va a lo más alto y me pregunto si sirve de algo ridiculizar mis ganas de gritar, o de llorar, o de abrazar al primero que se me cruce, porque a veces no me interesa hablar sino sólo abrazar. Pero ahí me agarra la culpa porque siento que eso es un gesto meramente romántico, una demostración de entrega demasiado evidente que debería evitarse. Como sea, mi viejo sigue el hilo de la canción y me explica que cuando se separó de mamá estaba tan triste que desarrolló herramientas técnicas para levantarse el ánimo. Una de esas herramientas era escuchar esta canción y decirse a sí mismo que podía, que era un héroe, pero no por haber estado en Malvinas o en los Balcanes o en la Antártida, no, era un héroe porque aun en la mayor de las oscuridades era capaz de seguir adelante, buscando esa fuerza interior que todos tenemos dentro. A las claras, sus otras herramientas de supervivencia eran los libros de autoayuda.

—Vos los criticás porque nunca los leíste, mijó. No los veas como literatura, son otra cosa. De snob que sos nomás te estás perdiendo una buena ayuda —me dice ahora, mientras me lleva en su auto al mío.

—¿Una buena ayuda para qué?

—Para no estar siempre así, triste.

—Yo no estoy triste viejo, vos estás triste.

—Yo estoy golpeado, que es distinto. La diabetes, el retiro, las cosas raras del casamiento de tu hermano... Son golpes, tristezas puntuales. Vos estás triste en los ojos.

—Qué poético viejo.

—Papá es un boludo, ¿no?

Mientras se corre del carril del medio hacia el izquierdo y se digna a pasar un Renault 12 que echa humo hasta por el espejito, lo miro y me quedo pensando si hay alguna diferencia entre estar triste y estar golpeado. Yo, que siempre tuve mucha estima por mis estados de ánimo, solía pensar que eran los golpes los que me ponían triste. *Kind of blue*, como dice el jazz. Después resultó que era al revés, que es el estado el que te orienta a buscar los golpes. Una especie de entrenamiento engañoso, un mecanismo por el cual la mente piensa que acumular golpes nos vuelve inmunes. Pero, valga la paradoja, uno no se endurece con el tiempo, se ablanda.

—Es la mejor manera de disipar el dolor, mi chino. Un cuerpo blando amortigua el pelotazo.

—Claro, por eso los gordos son siempre más felices.

—No jodas con eso mijo, es jodida la obesidad, hay que cuidarse.

—No jodo. ¿No viste que los gordos son siempre más alegres? Mi amigo *El Gordo* es el tipo más feliz que conozco.

—Pero tu amigo *El Gordo* no es gordo. Era gordito en el colegio y le quedó el apodo.

—Y la alegría... ¿Sabías que se casa?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Bueno, te lo cuento. Se casa. Y con una mina fenomenal encima. Es un capo el gordo.

—Y si te parece un capo por casarse con una mina fenomenal por qué no buscás vos una mina fenomenal y te dejás de embromar siempre con minas no fenomenales.

—No viejo, es que eso no es para mí. Digo, me encantaría, pero no me sale, si no tiene un poco de vértigo la cosa se me desintegra.

—Mirá, a vos que te gusta pensar en grande: Joyce decía que como él era una mente demasiado compleja, necesitaba una compañera llana. Y que por eso se había casado con una camarera, que entre los dos la ecuación cerraba perfecto.

—Eso es machismo disfrazado de intelectualidad viejo.

—Lo que quieras, pero el tipo se dio cuenta de que buscar siempre una mina rebuscada no le servía de nada.

—Yo no las busco, las encuentro.

—Peor aún.

Vuelve a poner *Hero* y no dice nada. Lo tararea apenas, en un sutil acto de invitación a la reflexión. Aunque poco tiene de sutil. Es raro mi viejo con esas cosas, tan amigo de las metáforas a nivel estructural, y tan literal para las pequeñas cosas. Él lo sabe: cuando analiza su vida piensa en términos homéricos, busca el quiebre en el que falló y se refugia al final en las teorías posmodernas de la hombría. Su vida es una gran gesta que acompañó los cambios de paradigma del pensamiento. Hasta el divorcio sostuvo la trama clásica. Se inició, pasó la prueba y volvió a reclamar el amor de su mujer. A los pocos años tuvo que readecuarse. Ser hombre, empezó a pensar entonces, tal vez sea aceptar la derrota, o ver en esa derrota la verdadera prueba tras la cual, ahora sí, se volvería merecedor del premio. El hombre, que aguanta estoico aun después de haber aguantado estoico, ya no debe ser el bruto de la espada sino el ser sensible que entiende los vericuetos del amor. Papá, hombre llano y hombre metafórico, lo entendió a tiempo. Hoy tiene su premio en sus dos mil metros cuadrados de Pilar. Una vez por semana comemos juntos y trata de pasarme la posta, de acortarme un poco el camino para evitarme sufrimiento. Pero sabe que por un atajo u otro siempre

voy a caer en las grietas que sólo se remachan con el tiempo. Digo, sabe lo obvio: que la juventud está compuesta, principalmente, por juventud. Yo también lo sé, pero me molesta cantidad pensar que después de días y días de reflexión la respuesta sea algo tan obvio y cliché como la palabra juventud, que de divino tesoro ni medio, todavía. Me molesta pensar que los dramas son sólo problemas menores que no atravesaron suficiente tiempo, y que la única salida de un ansioso es dejar de mirar el reloj. Yo siempre creí ser un nostálgico pero lo que soy es un ansioso. Soy tan afecto a las revoluciones emocionales que las fuerzo una tras otra, tras otra, tras otra. Y a todo quehacer rutinario le pongo tanto peso. Miro por la ventana: *Esteves va a la tabaquería*. ¿Leíste ese poema, viejo?

—Pessoa, ¿no?

—Sí, Pessoa.

—Muy bueno.

—Me gusta porque en un momento se pregunta a sí mismo si es un genio y se responde que seguramente haya otras personas en el mundo preguntándose lo mismo, y que eso solo ya anula la posibilidad de ser un genio.

—Es bueno, pero es falaz.

—Claro que es falaz, él era un genio.

—Vos y tus tristes ídolos.

—Ídolos tristes en todo caso.

—¿Sos consciente que son parte de un mercado? Entronizan la tristeza para que los angustiados también compren.

—Epa viejo, esas teorías anticapitalistas no te las conocía.

—Anti no, me parece perfecto que lo hagan, pero vos sos mi hijo y te quiero ayudar.

–O estás con el capitalismo o no estás con el capitalismo viejo. No metas a los hijos en esto.

–En serio mi chino, no me gusta verte siempre triste. Esta chica no te merece, nadie merece que alguien esté triste por culpa suya.

–Es que la culpa no es de los otros viejo, la culpa es mía, ella en todo caso es la excusa del momento.

–Si fuera sólo una excusa no estarías triste. ¿Te viste la cara? No tiene sentido buscarle razones a todo. A veces no va y no va.

–Ya me lo dijiste eso. Ya sé. No va, quedate tranquilo.

–¿Sabés lo que tenés que hacer? Llamarla por teléfono y decirle que no va más, que este sistema no va más. Y que le deseás lo mejor pero que ni aparezca.

–Y que se vaya bien a la re concha de su madre.

–No, mijo, como un caballero.

–Estoy jodiendo viejo.

–Pero en serio. Es más, si querés la llamamos ahora, yo me quedo con vos. Eso es lo que tenés que hacer. Eso es ser macho: aceptar que no te quieren, mijo.

–Soy re macho entonces.

–No, aceptarlo y dejarlo ir. Vos lo aceptás con obstinación, que es como no aceptarlo. Como que te diga que acepté la diabetes pero sigo comiendo azúcar.

–O que aceptaste el retiro pero querés que tus oficiales vayan al casorio de tu hijo...

–Dejate de embromar, mijo. En serio, llamala y decíselo en voz alta. Te va a hacer bien.

–No sé viejo, es rarísimo esto, cómo la voy a llamar con vos al lado...

—Ya sé. Ahora paro y la llamás solo, pero hagamos algo.

Papá sale en el primer puente que ve. Busca un lugar tranquilo y después de verificar que no hay ladrones alrededor (no sé por qué cree que mirar para todos lados lo protege de algo), apaga el auto y me mira. Se saca el cinturón de seguridad. Imagino lo que viene y me da miedo. Me dice que me tengo que querer un poco más, que ahí está el secreto, y arrastra la palabra *secreeeeto* como si al decirla se descifrara algo. Las secuelas de tanta lectura autoayuda, pienso, pero no le digo nada. Lo miro y me resigno, lo va a hacer, una vez más, como aquella vez, una vez más pero esta vez conmigo. Me mira a los ojos, desabrocha mi cinturón de seguridad y, mientras se golpea el pecho con la mano, me dice: vamos juntos. Y entonces vamos.

—Yo, yo, yo, yo, yo...

/ 26 /

—¿Sentiste dolor alguna vez?

—Sí, claro, todos lo sentimos.

—¿Todos?

—Sí, todos.

—¿Sentiste cómo cada uno de los símbolos de la felicidad va siendo reemplazado por algo vacío?

—Sí, supongo que sí.

—¿Sentiste la tristeza que eso trae?

—Sí.

—¿Sentiste a tu amor propio comprimirse y deprimirse, y que se te pudra el olor del porvenir?

–Sí.

–¿De verdad sentiste desaparecer todo en tu interior, y que ni el sentido que siempre intuiste tuviera sentido?

–Sí.

–¿De verdad? ¿Sentiste el vacío de haber ofrecido hasta tu carne? ¿Y que el corazón, colgando de dos venas raquílicas, lata apenas para seguir esperando?

–Sí, digamos que sí.

–¿Sentiste que alcanzabas la perfección por alguien, y que al ofrecerla se te reían en la cara? ¿Qué habías entregado tanto que ya ni existías para recibir la recompensa?

–Sí.

–¿Sentiste cómo el mundo se te pone de cabeza?

–Sí.

–¿Sentiste el sonido que toman las tragedias cuando se vuelven excusas para resolver tu vida?

–Sí.

–¿Sentiste el olor suave de su perfume desvanecerse cuando tu ojo te demuestra en la mañana que ya no está ahí?

–Sí.

–¿Sentiste al amor irse sólo después de haber tomado forma?

–Sí, eso también lo sentí.

El chico ahora está tirado en un banco de plaza y mira a Clara, que a su alrededor da saltitos livianos como si fuera un baile de purificación. Cada tanto se detienen en medio de la danza, sus miradas flotan hasta encontrarse, y en el surco de las dos bocas se dibuja algo así como una tregua. El chico tiene un cuaderno en la mano y está

escribiendo preguntas que hace en voz alta para que ella responda. Ninguno de los dos sabe cuál es el propósito del otro. El chico internamente siente que muere, que ya no aguanta la propia carga de su tristeza y que tiene que detenerse, pararse frente a sí mismo y dejar de creerse mito. Piensa en Ulises, que llega a Ítaca y no la ve a Penélope. ¿Pero si la viera? ¿Si en vez de una carta de despedida ella estuviera ahí esperándolo pero no para dar paso al amor sino para juntarse tiernamente a terminar su historia? Yo sé, Ulises, que recorriste el mundo por mí, yo sé que te resististe al canto de las sirenas, sé que mataste a cuanto demonio haya existido... pero no te quiero, Ulises, apenas te conozco. Y Ulises, devastado, le dice que fue todo por ella: las ninfas, los tritones, las sirenas. No, le dice Penélope, fue todo por vos, a mí tampoco me conocés, nuestro amor fue un invento para tener un propósito. Ulises la mira, se pregunta de dónde sacó una frase como ésa. Estuve leyendo mucho mientras esperaba, le explica. Y lloran, no saben muy bien por qué pero lloran. Pasan juntos toda la noche discutiendo, charlando más bien, contándose algunas cosas que pasaron y las novedades de la familia. La tía Rita se casó, podés creer... Y Ulises que no, que no lo puede creer, que qué loco, y Penélope que sí. Y siguen, cada tanto vuelven a su historia. Ella, comprensiva, está dispuesta a charlar todo el tiempo que Ulises necesite. Una y otra vez vuelve a explicarle que no, que su amor no existe, que fue todo una obra maestra de su mente. Ulises de a poco lo va entendiendo, y para distraerse se dedica a contarle aventuras. Ella se fascina con las hazañas de su ex hombre, y no disimula ni la admiración ni el encanto, pero son sólo eso, fascinación y encanto. Ulises no lo sabe, por momentos incluso cree que puede ser cierto que su amor haya sido un invento, pero que ahora que están juntos las cosas son verdaderas, y se ilusiona con estar conquistándola ahí, en ese mismo momento en que se despiden. Penélope le pesca al vuelo la ilusión y lo detiene. Somos amigos Ulises, nada más, no te confundas. Vuelve a entristecerse, no está acostumbrado a que

le digan que no, pero comprende. Durante diecisiete días seguidos charlan bajo un árbol de cerezas del que cada tanto se desprenden frutos que van regando el suelo. Algunas se queman con el sol, o son aplastadas en mínimas caminatas circulares. Con el correr de los días las cerezas en el piso van pintando el paisaje de rojo, como si todo en derredor sangrara. Sin embargo, Penélope y Ulises van haciéndose cada vez más amigos. Al día diecisiete, sin haber dormido, no habiendo dejado de hablar nunca, recibiendo una y otra vez las explicaciones amorosas de ella, Ulises se pone de pie y se despide. Le dice que finalmente lo entendió. Le da un largo abrazo y un beso en la frente. Carga su espada al hombro –en el movimiento, sin querer, casi le saca un brazo a Penélope, y tiene que detenerse dos minutos más para disculparse–, pero vuelven a quedar en paz y entonces sí, Ulises y Penélope se alejan para siempre.

El chico piensa que sería un lindo final para la historia, aunque Ítaca perdería mucho valor, a menos, claro, que nadie lo supiera, que todos pensarán que realmente la felicidad se encuentra ahí. Vuelve a mirar su cuaderno y piensa si Ulises le habría hecho esas preguntas melodramáticas a Penélope. Clara no se da cuenta de todo esto porque sigue bailando y cantando en una de las pendientes de Plaza Francia. El chico la mira y la ve hermosa. Sonríe y se felicita, pero ya no con la satisfacción de las estrategias certeras. Se felicita porque necesitaba hacer lo que hizo. Pocas horas atrás el chico recibió la noticia de la muerte de su abuelo. No supo cómo reaccionar pero después, cuando el cuerpo fue dirigiéndose a la acción, salió a la calle y fue a visitar a su abuela. La vio triste y resignada. Hablaron del poema *Límites* de Jorge Luis Borges, y ella dijo que ya no tenía con quién consultar esos viejos recuerdos de la juventud, que de todas formas ya pocas veces se le daba por consultarlos pero si tuviera la necesidad antes podía hacerlo, ahora ya no. El chico le dijo alguna cosa que se le ocurrió, probablemente no habrá servido de mucho,

pero tomaron el té y ella se fue a descansar. Él volvió a salir a la calle, deambuló por ahí, sintió otra vez la culpa de pensar que la muerte y el dolor le daban derecho a llamarla a Clara. Asociar dolores, pensó, es como ignorarlos, porque la equidad de la tristeza ante hechos dispares ridiculiza el sufrimiento, y otra vez, de eso se trata. O no. La cosa es que el chico deambuló sin hacer nada concreto hasta que llegó a la bóveda de su abuelo en el cementerio de la Recoleta, pero la bóveda, gigante, estaba cerrada. Se sentó al pie de la escalerita y se puso a escribirle una carta a su abuelo. Mientras, un contingente de turistas japoneses pasaban por delante de él y la guía les explicaba que esa bóveda donde estaba sentado el chico era la más grande del cementerio. Los japoneses, mitad impresionados, mitad incómodos por la figura del chico triste sentado en los escalones, levantaron sus cámaras y retrataron el momento. Como fuera, el chico pasó ahí unos minutos hasta que sintió que todo lo genuino que tenía para hacer estaba hecho, y apoyó la cabeza contra la puerta de hierro y luego se fue caminando taciturno. Perdido en los pasillos de la Recoleta, volvió a buscar su teléfono y le escribió a Clara contándole que su abuelo había muerto, que estaba paseando por el cementerio y que le gustaría verla. La respuesta llegó rápido y se encontraron en uno de los bancos de Plaza Francia. Se dieron un abrazo y ella se puso a bailar a su alrededor. El chico se acostó en un banco y sacó su cuadernito. Mirando bailar a Clara, se puso a escribir una larga lista de preguntas.

—¿Ahora que murió mi abuelo me vas a querer?

—No más que antes.

—¿Ahora que estoy triste por un motivo, me vas a entender?

—No más que antes.

—¿Ahora que sabés que ante un imponderable te llamo a vos, te vas a hacer cargo de lo que me pasa?

—No más que antes.

—¿Ahora que ya sabés que me enamoré de vos, te vas a alejar de mí?

—No más que antes.

El chico piensa en soltar. Deja el cuaderno al costado y dice en voz alta que ya está, que no aguanta más, que siente que llegó cinco veces a Ítaca y nunca la encuentra. Clara le pregunta qué es Ítaca. El chico le explica, le hace todo el cuento, dice frases rimbombantes y por un segundo, otra vez, otra vez, siente que la conquista, pero Clara vuelve a reírse de esas ilusiones y lo mira con amor de madre. *Cómo te cuesta soltarme, eh...*, le dice en un momento, y el chico se sorprende, le parece que la ecuación es exactamente al revés.

—A mí no me cuesta soltarte, simplemente que no quiero. A la que le cuesta dejarme ir es a vos.

—¿A mí?

El chico prefiere no responder porque lo entiende solo, y algunas conclusiones es mejor no enunciarlas nunca, aun siendo unos enfermos incurables de la verbalización. Entonces Clara se le acerca y le acaricia el pelo. ¿Querés un abrazo?, le pregunta, y sin mediar palabra se lo da. Por primera vez el chico siente que Clara es clara. La abraza fuerte, le dice que va a extrañar a su abuelo, que solo no puede, que muchas veces pensó que el día en que Tata muriera él iba a poder llorarlo abrazando a una mujer que lo cuidara. Clara lo aprieta un poco más fuerte y le presiona el lóbulo de la oreja con los dedos. ¿Y no es lo que está pasando? ¿Quién creés que te está *aprietando* la oreja?, le dice. El chico suelta una respiración que sale con lágrimas de la boca. Apretando, la corrige, se dice apretando. Ella se ríe y le dice que es un imbécil. Y vos una bruta, retruca él. Y se quedan callados, abrazados en Plaza Francia mientras los japoneses sacan fotos a la bóveda más grande de Recoleta.

Entretanto, como cada segundo de su vida, el chico sigue pensando y pensando. Lo hace feliz haber dismantelado la estrategia, haberle escrito a Clara y haberlo dicho todo. Le hace feliz estar siendo abrazado, y lo hacen infinitamente feliz esas conversaciones tontas en las que él se siente un genio anónimo de la retórica. Sin embargo, los pensamientos le recuerdan una y otra vez que está abrazando a alguien que se va. Pero entonces siente la respiración de Clara en su oído y se reconforta, y piensa que todos nos estamos yendo siempre, de unos y de otros, porque de eso se trata el baile. Piensa en la única clase de salsa que tuvo en su vida, que fue un fracaso rotundo llevado a cabo con la única intención de levantarse a una chica, pero tuvo un corolario práctico en el que nunca había reparado. Su maestro colombiano en un momento lo separó de la pista y le dijo que para hacer buenos trucos, para que ella gire y gire y caiga en tu mano, lo único que hay que hacer es soltarla... *“Si no, no hay baile marica, si no, no hay baile”*. Y el chico que claro, que si no, no hay baile. Ahí está ahora repasando esas palabras, pensando súbitamente en su única clase de salsa. Recuerda de pronto las pocas escenas de amor que conquistó con Clara, y piensa que la está abrazando ahora mientras su abuelo se muere un poco más cada segundo. Y que a pesar de todo, por más que piense y piense y piense, no va a llegar a resolverlo nunca, pero tampoco hay nada que resolver. Se aleja. La mira. Le pide perdón por ser tan sensiblero y tan pesado. Y ella, de nuevo, con la risa más comprensiva de toda Plaza Francia, con el pelo recogido hacia arriba para terminar en rasta, le pone un dedo debajo de los ojos y le dice que saque esa carita de chinchudo. El chico la mira, quiere besarla. En cambio, escribe su última pregunta.

—¿Podemos pasar diecisiete días hablando hasta que lo entienda?

—Podemos, Joaquín, claro que podemos.



*Este libro se terminó de imprimir
en el mes de noviembre de 2015
en la Ciudad de Buenos Aires,
Argentina.*

